

AMÉRICA LATINA: DE CRISIS Y PARADIGMAS

La teoría de la dependencia
en el siglo XXI

Adrián Sotelo Valencia



Primera edición: 2005

© Adrián Sotelo Valencia
© Universidad Obrera de México
© Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
© Universidad Nacional Autónoma de México
© Plaza y Valdés, S. A. de C. V.

Derechos exclusivos de edición reservados
para Plaza y Valdés, S. A. de C. V. Prohibida
la reproducción total o parcial por cualquier
medio sin autorización escrita de los editores.

Plaza y Valdés, S. A. de C. V.
Manuel María Contreras, 73. Colonia San Rafael
México, D.F., 06470. Teléfono: 5097 20 70
editorial@plazayvaldes.com

Francesc Carbonell, 21-23 Entlo.
08034 Barcelona, España
Teléfono: 9320 63750 Fax: 9328 04934
pyvbarcelona@plazayvaldes.com

ISBN: 970-722-375-8

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Es necesario retomar el hilo del pensamiento crítico de izquierda allí donde alcanzó su punto más alto. Se impone, de hecho, empeñarse en la construcción de una teoría marxista de la dependencia, recuperando su primera floración de los años veinte y la que se registró a partir de mediados de los sesenta...Retomar el hilo de la dependencia significa reencontrar lo mejor del pensamiento de izquierda, sin que esto suponga de manera alguna que ella aporte respuesta suficiente a la problemática actual. Por ello, se hace necesario asumir la teoría de la dependencia de modo creador[...]sometiéndola a una revisión radical, lo cual comienza por la crítica de las concepciones metodológicas al funcionalismo, que envían la obra de algunos de sus autores, así como la de ciertas tesis importadas del arsenal desarrollista.

Ruy Mauro Marini (1992)

AMÉRICA LATINA: DEPENDÊNCIA E INTEGRAÇÃO, SP, BRASIL URGENTE.

No olvidar la posibilidad de peligro en tiempos de paz, no olvidar la posibilidad de ruina en tiempos de prosperidad, no olvidar la posibilidad de caos en tiempos de orden

I Ching (**Libro de las mutaciones**), escrito por el emperador Fu-Hsi (2852-2738 a. n.e)

Introducción

En el presente libro evaluo la vigencia de la teoría marxista de la dependencia (TMD) para el siglo XXI y realizo un balance sobre sus limitaciones y alcances. Para ello me remonto a sus orígenes, a su trayectoria histórica en las décadas de los sesenta y setenta a través de sus principales representantes y a la fase de su agotamiento estructural funcionalista que permeó sus métodos y enfoques teóricos en ese periodo. Finalmente, abordo las nuevas proyecciones que dicha teoría tendrá que asumir para analizar y explicar el acontecer contemporáneo de nuestros países y sociedades y agilizar los procesos de superación de la crisis estructural y civilizatoria del modo de producción capitalista en escala universal.

Nunca antes había sido tan compleja la relación entre la teoría y la realidad social, esta última referida a las sociedades contemporáneas y la manera en que evolucionan, en el contexto de los grandes sistemas económicos y políticos que han existido: esclavismo, feudalismo y capitalismo-imperialismo.

Además, esta complejidad —teórica y científica— se diversifica debido a la enorme preponderancia que el pensamiento dominante ha adquirido sobre las formas —culturales— subordinadas del pensamiento teórico y crítico latinoamericano, en particular el marxismo, que había

ofrecido el examen más certero y profundo de las contradicciones del capitalismo mundial y latinoamericano.

Como es sabido, históricamente dicho pensamiento atravesó por distintas etapas, desde la época colonial y la postindependentista, hasta la moderna y la que hoy se ha abierto con la globalización del capital prácticamente en todas las sociedades y comunidades humanas del planeta.

Pero, desde la década de 1980 (cuando el neoliberalismo emerge y se consolida como régimen hegemónico, se imponen las economías de mercado y se privatizan la dimensión social y las empresas públicas del Estado) un conjunto de autores llamó la atención en documentos, seminarios y eventos académicos sobre la existencia de una "crisis teórica", sobre la cual no existe un consenso respecto a su significado, y no puede existir, entre otras razones, debido a que cada quien opina desde su particular ideología y desde la óptica en que capta y emite juicios de valor.

De esta forma tendríamos, por lo menos, dos corrientes. La derecha, por un lado, opina que esta crisis es producto de una "sobreideologización" de las ciencias sociales y del pensamiento (responsabilizando por ello al marxismo en general). Por otro lado, para distintas corrientes, que van desde la izquierda revolucionaria hasta las reformistas y socialdemócratas, dicha crisis sería el resultado de fenómenos adversos como el dogmatismo, la inadecuación teórica de conceptos y categorías al momento histórico de

reflexión y análisis; el efecto ideológico en el estado de ánimo debido al fracaso de los procesos revolucionarios latinoamericanos, particularmente en Nicaragua; la desintegración de la Unión Soviética y el "fin" de la Guerra Fría. Estos eventos colocaron (aparentemente) a Estados Unidos como potencia imperialista hegemónica y "unipolar" en el plano de las relaciones internacionales aunque, debo reconocer, en la actualidad existe al respecto una fuerte polémica (cf. por ejemplo, Arrighi, 2001; Aguirre, 2003; Veraza, 2004 y Brenner, 2004: 19-36).

La revolución tecnológica, científica e informática también habría influido, sobre todo a través de la gran difusión de los medios de comunicación, para crear una *ilusión óptica* unidimensional en individuos y grandes masas sociales respecto a que las contradicciones globales del sistema (guerras, lucha de clases, enajenación, pobreza, dependencia y neocolonialismo) habrían sido definitivamente superadas y que sólo haría falta "integrar" más al capitalismo mediante la globalización para que éste accediera a satisfacer las crecientes exigencias y necesidades de una sociedad cada vez más despojada por el sistema.

De aquí que, una vez logrado un "consenso social amplio" al respecto —entre los líderes iluminados de la intelectualidad y los representantes del sistema capitalista—, quien se opusiera a esta integración (movimientos obreros, indígenas, campesinos, autonomías étnicas, guerrillas con

base popular como en Colombia con las FARC y en México con el movimiento zapatista, movimientos alternativos...) necesariamente estaría atentando contra el "interés general" y contra la mal llamada "comunidad internacional" (la burguesía y las empresas norteamericanas, alemanas, francesas y británicas). Sistematizada por los órganos de contrainsurgencia del Estado imperialista y elaborada como doctrina geomilitar, esta idea daría origen —después de la primera Guerra del Golfo en 1991— a la "lucha contra el terrorismo", cuya máxima expresión doctrinaria, fanática y criminal, encabezada por el gobierno de George Bush hijo, es la "guerra preventiva" en curso aplicada en Irak y Afganistán. Ésta significa el ataque militar inmediato y fulminante contra cualquier nación, comunidad, grupo o individuo que, a juicio de los estrategas del pentágono y de la Central de Inteligencia Americana (CIA), representen un "peligro" para los intereses nacionales y estratégicos de Estados Unidos y sus "aliados".

De esta forma la contrarrevolución y la lucha abierta contra el comunismo que se extendió entre 1960 y 1990 (desde la época del presidente Kennedy, quien la inauguró) se convirtieron en guerra y lucha contra el "terrorismo" (1990-2005) a partir de los ataques contra Afganistán e Irak (Sotelo, septiembre-octubre de 2001; 24 septiembre de 2004 y 12 de abril de 2004). Como se sabe, en la actualidad Corea del Norte, Irán, Cuba, Colombia y Venezuela, entre otros,

figuran en la mira de ataque de Estados Unidos, y la lista podría crecer. Debo agregar que todo va a depender de cómo se resuelva la ocupación de Irak, así como de la respuesta militar y popular contra dicha ocupación por parte del movimiento de resistencia en ese país.

En los años sesenta y setenta del siglo pasado el foco de atención de la TMD fue la contradicción entre dictadura y revolución. Este tema centralizó los debates de esa época y dio origen a una extensa literatura sobre esta problemática. Más adelante, a partir de mediados de la década de 1980, cuando empiezan a surgir regímenes que reivindican la "fórmula de la democracia" como "alternativa" frente al militarismo, la dictadura y el autoritarismo, el tema central que será objeto de análisis y de intenso debate (altamente ideologizado por cierto) será justamente el de la democracia. Fue sin duda Lechner quien sistematizó este giro —que se extremó hasta la derecha— dado por la intelectualidad latinoamericana, cuando expresó que: "Si la revolución es eje articulador de la discusión latinoamericana en la década del sesenta, en los ochenta el tema central es la democracia" (Lechner, 1986). Es así como esta última desplazaba, en tanto realidad y necesidad histórica, al socialismo y por ende a la clase obrera como sujeto histórico de transformación. Las clases sociales, fundamentales en la construcción teórica y política del marxismo, quedaron así desplazadas y diluidas, a lo sumo, en "factores secundarios", accesorios, en beneficio

de presuntos (nuevos) "sujetos y movimientos sociales" que ahora representaban a los "nuevos protagonistas de la democracia" (véase Mires, 1993 y Weffort, 1992: 98-105), cuya realización dependía de factores subjetivos como la voluntad, el consenso entre distintos "sectores" para alcanzar acuerdos o, finalmente, de la buena disposición de los gobernantes.

Pero el problema de fondo de esta concepción, que avivó las exiguas fogatas ideológicas del neoliberalismo, radicaba en que la democracia se opuso, como concepto y proceso excluyente, al tema de la revolución y del socialismo, sin haber una razón ni justificación lógicas para proceder de esta forma ni en el plano teórico, del método o del análisis político-social. En otras palabras, no hay tal exclusión entre democracia y socialismo (en todo caso es una exclusión ficticia apta para las doctrinas metafísicas); sino que, por el contrario, existe una correcta relación dialéctica entre ambos: no puede haber democracia sin socialismo, ni socialismo sin democracia sin que ambos se derrumben.

Para coronar esta tarea de tergiversación en beneficio de un solo concepto (la democracia) llegó el "novedoso" tema de la globalización (Flores y Mariña, 1999 Gonçalves, 2002)), importado desde los círculos de negocios, de las revistas y agencias de publicidad norteamericanos en la década de los noventa, que apasionó intensamente a intelectuales,

académicos, publicistas, instituciones y editoriales de prestigio.

De tal suerte que después de las palabras mágicas democracia y globalización^{TP1PT} pronunciadas por el *Intelligent system* —a las que se añadieron más tarde conceptos míticos como sujetos sociales, gobernabilidad y alternancia, multiculturalismo y pluralidad, imaginarios sociales y subalternidad— ya no quedaba ni sombra de la revolución; por lo menos, en el sentido que tuvo como transición del capitalismo al socialismo en el pensamiento latinoamericano y en las luchas sociales de los años sesenta y setenta del siglo pasado.

Por su parte las corrientes funcionalistas (la teoría de la modernización y el dualismo estructural) asumieron esta problemática como transición de las sociedades tradicionales a las industriales y avanzadas, mientras que el estructuralismo (en su versión desarrollista y neo-desarrollista) elaboró el esquema centro-periferia y el "desarrollo hacia dentro" para intentar explicar los problemas del subdesarrollo y del atraso, recurriendo para ello al instrumental keynesiano y, en menor medida, al neoclásico.

¹ Me parece interesante la definición de Gonçalves (2002: 133) de este concepto de "globalización" como "acontecimiento simultáneo de tres procesos: aceleración de los flujos internacionales, intensificación de la competencia internacional e integración creciente entre los sistemas económicos nacionales".

La vertiente ortodoxa de los partidos comunistas (endogenismo de factura stalinista) se encargaba de plantear la transición del feudalismo —supuestamente existente en América Latina desde la época colonial, aunque Gunder Frank se encargó de demostrar la falsedad de esta tesis— al capitalismo mediante una alianza de clases con la "burguesía progresista" para "aislar" a los liberales terratenientes y conseguir así el tránsito al socialismo.

A partir de la década de 1980 el panorama del pensamiento teórico y crítico latinoamericano va a cambiar: se hará todavía más confuso y complejo, entre otras razones, debido a que la vertiente ortodoxa del marxismo de los partidos comunistas (la mayor parte de los cuales más tarde se convirtieron a la socialdemocracia) desapareció. Por su parte, el estructural-funcionalismo quedó prácticamente desfasado de la escena intelectual como "paradigma competitivo" al no cumplir con sus "predicciones" anunciadas en la dinámica del sistema de "estratificación social ascendente", puesto que se enfrentó, más bien, a la proletarización, marginación y extrema pobreza de la mayoría de las poblaciones latinoamericanas.

Se dirá entonces que el vacío fue rellenado con el advenimiento del "neoestructuralismo" y con el "poscolonialismo" que surgieron en el curso de la década de 1990. El primero, centrado en la idea de reestructurar el viejo paradigma desarrollista, pero a la luz —y en

concordancia— de las señales que emite el neoliberalismo. El segundo, en función del posmodernismo europeo y norteamericano, propone leer e interpretar eclécticamente a América Latina en los estrictos marcos culturales, posmodernistas y antirracionalistas desdibujando la idea y la razón histórica de aquella monumental construcción histórica que José Martí bautizó como *Nuestra América*.

En este contexto, ¿qué se puede decir de la TMD?

En este libro sostengo la idea de que los paradigmas dominantes de la actualidad (neoestructuralismo, poscolonialismo y neoliberalismo) corresponden a la superestructura ideológica, psicológica, y cultural de la sociedad capitalista e imperialista contemporánea, por más que a veces presenten "rasgos progresistas" en sus elucubraciones teóricas. Por esto, de ninguna manera representan una alternativa cognoscitiva y libertaria para el grueso de la población y de la sociedad. Más bien fortalecen y perfeccionan al Estado, al capital y a sus empresas sin alterar las relaciones sociales, la propiedad privada y la explotación del sistema.

Es por ello que, temáticamente, la TMD debe crear categorías y conceptos dentro del metabolismo revolucionario de transformación social y política que le permitan analizar profundamente la actual etapa en que se encuentra el capitalismo en tanto modo de producción hegemónico en escala mundial, sus características y contradicciones, así

como el significado que tiene la globalización en sus comportamientos, estructuras y dinámicas.

Pero en la medida en que subsisten como nunca (la dependencia y el subdesarrollo, con la consiguiente producción de atraso y de todo tipo de atrocidades para la población que éstos generan en los países periféricos), fenómenos que fueron objeto de estudio de las ciencias sociales en el pasado, la reflexión anterior los tiene que considerar, y abordarlos seriamente, en el nuevo contexto marcado por la globalización y la crisis capitalista de larga duración, el imperialismo renovado y hegemónico de la posguerra fría, los procesos de regionalización e integración, la extensión de la ley del valor y de la superexplotación del trabajo como mecanismos para contrarrestar las profundas dificultades y desigualdades que acarrearán la sobreproducción y sobreacumulación de capital, en gran parte, derivadas de los nuevos métodos de organización flexible del proceso de trabajo y de la aplicación de tecnología automatizada.

Por último, si bien el tema de la revolución no puede ser el tema central de las ciencias sociales en los términos del debate de los años sesenta y setenta, sí lo tiene que ser para la TMD en el contexto del estudio, análisis y tendencias de los procesos de cambio y transformación social a partir de sujetos históricos concretos, bien definidos y actualizados (clase obrera, campesinado e indígenas y otros sectores como los estudiantes y los movimientos altermundistas) que se

planteen como objetivo estratégico la lucha por alcanzar niveles superiores de vida, de trabajo y de sociedad en un marco histórico complejo que no puede ser ya el de la vieja sociedad burguesa en decadencia.

Si para ello es necesaria la revolución, los pueblos y sus fuerzas sociales y políticas tendrán que decidirlo, pero no como en el pasado, cuando los que decidían eran los "caudillos iluminados", la burocracia de los partidos políticos o la de las organizaciones generalmente controladas por el Estado capitalista burocrático.

Este libro ofrece un esbozo de las crisis, valoraciones y paradigmas de las ciencias sociales en general y, en particular, de la TMD en el siglo XX; mas no brinda una visión acabada ni mucho menos una respuesta a todas las interrogantes, lo que por otro lado es tarea colectiva que tendrá que ser asumida por generaciones de latinoamericanos.

La estructura del libro está dividida de tal manera que el primer capítulo ofrece un panorama global del pensamiento latinoamericano en la última parte del siglo XIX y en la primera del siglo XX.

El segundo capítulo trata de las principales corrientes del pensamiento latinoamericano más importantes que florecieron en América Latina después de la Segunda Guerra Mundial, en el transcurso de la segunda mitad del siglo XX.

El tercer capítulo se ocupa de la llamada "crisis teórica" que afectó a las ciencias sociales, al marxismo y a la TMD en el transcurso de la década de los ochenta.

Partiendo del gran periodo que comienza con el triunfo de la Revolución Cubana (1959...), el cuarto capítulo esboza la estructura teórica y metodológica de la TMD con el objeto de plantear más adelante cuáles serían sus características en la época actual.

Por último, el quinto capítulo reflexiona sobre cuál podría ser el universo y horizonte de la TMD en la época de la globalización del capital, de la supremacía del pensamiento neoliberal ("pensamiento único") y de la indiscutible presencia del neoimperialismo encabezado por Estados Unidos en la estructura jerárquica de las relaciones internacionales entre las naciones y los Estados.

Si este libro logra suscitar debate y reflexión considero que los objetivos principales que me propuse se habrán cumplido cabalmente.

1

Teoría y realidad en el pensamiento social latinoamericano

Introducción

El presente capítulo se concentra en la idea de que el pensamiento teórico y crítico latinoamericano experimentó tres etapas importantes a lo largo del siglo xx. En la primera, que abarca la segunda mitad del siglo xix hasta antes de la Segunda Guerra Mundial, hubo un predominio del positivismo que asumió rasgos autóctonos. En la segunda etapa, que despegó de la Segunda Guerra Mundial hasta finales de la década de los setenta resalta la autonomía lograda por dicho pensamiento latinoamericano y sus distintas corrientes teóricas frente a los paradigmas de los países avanzados (“originalidad de la copia”, como la deno-

minara F. H. Cardoso en tono un poco absolutista). Por último, durante las décadas de 1980 y 1990 retrocedió y se cuestionó severamente la autonomía de dicho pensamiento; lo que pone a la orden del día la necesidad de recuperarla, si es que se quiere analizar y comprender a profundidad la naturaleza de la fenomenología latinoamericana inserta en el proceso de globalización del capitalismo que liderea el imperialismo estadounidense.

Una autoevaluación necesaria

Evaluar la teoría de la dependencia es una tarea compleja si se considera que en el transcurso de su evolución el pensamiento latinoamericano atravesó por distintas etapas históricas hasta que finalmente se impuso en la región el pensamiento conservador neoliberal, por lo menos desde la década de los ochenta hasta nuestros días.

Aparentemente una de las consecuencias de ese desplazamiento del pensamiento crítico por el neoliberalismo¹ fue la de desvirtuar —y desfasar— el pensamiento latinoamericano y sus principales corrientes teóricas en el análisis, comprensión, explicación y ela-

¹Aquí retomo la definición de Gonçalves (2002: 134) de *neoliberalismo* como “revitalización de la ideología centrada en una mayor libertad para las fuerzas del mercado, menor intervención estatal, desreglamentación, privatización del patrimonio público, preferencia por la propiedad privada, apertura al exterior, énfasis en la competitividad internacional y menor compromiso con la protección social”.

boración de propuestas de transformación histórica y de cambio social en la población latinoamericana. Estos esfuerzos negativos, como se expone más adelante, provienen de la influencia de la academia norteamericana y de sus corrientes neopositivistas, posmodernas y funcionalistas que en los últimos años han cobrado auge e interés entre el público de los países subdesarrollados como, por ejemplo, el concepto de *choque de civilizaciones* del profesor Samuel P. Huntington, miembro del Consejo de Seguridad Nacional de la Casa Blanca.

De manera análoga a lo que aconteció en el curso de la primera década del siglo xx, en el lugar que ocupaban las ciencias sociales y el pensamiento crítico latinoamericanos dentro de los centros académicos y científicos resurgió una suerte de eurocentrismo y norteamericanismo anglosajones renovados con pretensiones de “epistemología global”. Lo anterior supone innecesario todo esfuerzo endógeno de elaboración de categorías, conceptos e hipótesis propias con fuerza interpretativa y transformadora, como había ocurrido en la formación histórica de las ideas y del pensamiento en América Latina por lo menos en los últimos doscientos años.

Lo nacional, regional y latinoamericano (dimensiones articuladas dentro del contexto mundial) son hoy pensados y caracterizados con paradigmas y marcos teóricos elaborados en los centros intelectuales dominantes del capitalismo central (para una crítica véase Fernández, 2003-2004: 93-113, donde analiza la corrien-

te poscolonialista que pretende ignorar la historia social *propia* del continente). Ideas como “tercera vía”, “democracia” o “governabilidad” (*governance*), “choque de civilizaciones” y “trayectorias laborales”, se presentan como las rutas de investigación de todo “análisis científico”, de acuerdo con los cánones elaborados en los centros hegemónicos del capitalismo central.

Los países latinoamericanos permanecen substancialmente en un marco de atraso económico-social, a pesar de los avances científico-técnicos y de la adopción de perfiles modernistas, y su fisonomía resulta distinta respecto de la forma como se estructuraron históricamente, en especial durante las décadas de los sesenta y setenta del siglo xx, que fue justamente el periodo más fructífero de elaboración de la teoría de la dependencia, hasta su culminación en la formulación (inacabada) de la TMD.

Para evaluar la vigencia de esta teoría en el siglo xxi es necesario partir del análisis de las condiciones históricas en que surgió hace más de treinta años. Porque la génesis de toda teoría o corriente de pensamiento se desenvuelve bajo determinadas condiciones que están imbricadas en la realidad social, económica, política, histórica y cultural de su contemporaneidad.

Por ejemplo, el surgimiento del hegelianismo, en el siglo xix, fue una respuesta sistemática a las condiciones existentes peculiares de la Europa y la Alemania de esa época. El idealismo alemán es incomprensible sin la irrupción de la Revolución francesa, que trasladó el

eje de la explicación y organización del Estado y la sociedad desde las ideas religiosas o metafísicas a una base racional —ya no “externa”— sobre la existencia del mundo y de la historia (Marcuse, 1998).

De la misma forma, no se puede comprender la peculiaridad del pensamiento latinoamericano y de la teoría de la dependencia sin antecedentes históricos tan significativos como el colonialismo, la gesta independentista responsable del proceso de formación de los Estados nacionales (1810-1850), el subdesarrollo y el atraso (1850-2005); condiciones que de manera directa o indirecta van a influir en autores, teorías y corrientes de pensamiento en el transcurso de la historia.

El positivismo que surgió, se desarrolló y entró en crisis entre el último tercio del siglo XIX y el primer decenio del XX en México y en América Latina (véase Zea, 1984) tuvo una expresión completamente distinta a su matriz original europea, derivada del pensamiento de Augusto Comte y Herbert Spencer. En efecto, como dice el filósofo cubano Pablo Guadarrama:

La evolución del positivismo siguió en sentido general caminos divergentes en Europa y en América Latina, puesto que aquí, donde las transformaciones burguesas estaban lejos de haber obtenido su coronación y, más bien, constituían un imperativo histórico, el positivismo debía desempeñar en consecuencia, una función social progresista (Guadarrama, 1986:24. Para la recepción del marxismo en América Latina a través del positivismo véase Fonet-Betancourt, 2001).

El *arielismo*, como una filosofía local que surgió en Uruguay a principios del siglo xx bajo la autoría del escritor uruguayo, periodista, ensayista y maestro José Enrique Rodó (1871-1917), fue un subproducto de la influencia del positivismo norteamericano. Pero a pesar de ello su perspectiva crítica denunció el materialismo norteamericano de la época al caracterizarlo de “imperio de la materia” (o reino de Calibán), cuyo utilitarismo habría aprisionado a los valores morales y espirituales de la época. *Ariel* también es una denuncia y un rechazo a la imposición de los valores y costumbres norteamericanos (*american way of life*) en las sociedades latinoamericanas que, más adelante, en la segunda mitad del siglo xx, se convertirán en “técnica” y “método científico” para comparar y erigir “modelos ideales”, siendo Rostow (1974) uno de los más fieles impulsores de este procedimiento, como se expone más adelante.

Posteriormente, teorías como la marxista (Mariátegui, 1976 y 1959), de la modernización y el cambio social (Germani, 1968), de la dependencia (Marini, 1973; Bambirra, 1978; Dos Santos, 1969: 11-133 y 2002), la estructuralista (CEPAL, 1998), neoestructuralista (Guillén, 1997), la neoliberal (Gunder Frank, enero-marzo de 1977: 61-90) y la poscolonialista (Fernández, 2003-2004: 93-113) surgieron y se desplegaron en condiciones más avanzadas de la etapa expansiva de la industrialización, la urbanización y modernización de las sociedades latinoamericanas, de las concurrentes crisis

económicas de las décadas de los años sesenta y setenta del siglo xx, y del posterior agotamiento de los patrones de acumulación y reproducción del capital que condujeron al “triumfo” del neoliberalismo en la escena académica e intelectual.

En el plano de las ideas, esa variedad de corrientes, perspectivas y enfoques teóricos expresa la complejidad de la realidad latinoamericana y de las distintas interpretaciones ideológicas y de clase social respecto a la dinámica de la sociedad y de sus peculiares transformaciones. El pensamiento latinoamericano es, así, un mosaico heterogéneo de ideas, teorías y métodos de investigación que buscan comprender la naturaleza de nuestros países y sociedades en un contexto histórico global enclavado en las vicisitudes de la expansión del capitalismo mundial, así como de las condiciones propias, locales y regionales de cada país en particular. El enfoque teórico y la manera en que se abordan esas cuestiones (método), es lo que le confiere el barniz específico a cada una de las corrientes de pensamiento.

Autonomía del pensamiento social latinoamericano: positivismo y liberalismo

Existe consenso entre la mayor parte de los investigadores latinoamericanos respecto a que las ciencias sociales asumieron un carácter institucional después de la

Segunda Guerra Mundial, bajo la influencia del pensamiento occidental europeo, pero manteniendo su autonomía.²

Como dice Sonntag (1989a: 70):

...la masiva institucionalización de las ciencias sociales en la gran mayoría de los países latinoamericanos ocurrió paralelamente con el periodo de expansión capitalista global después de la Segunda Guerra Mundial y la subsiguiente modernización de las sociedades latinoamericanas [...] Coincidió pues con la puesta en marcha del cepalismo y de sus ciencias sociales concomitantes como paradigmas, mas también con los esfuerzos por mantener o renovar el marxismo. Se instauraron cátedras y carreras universitarias, se crearon centros de investigación en instituciones universitarias, se enviaron los primeros egresados a estudios de posgrado en el exterior. Este proceso, modestamente comenzado en los cuarenta, fue acelerándose en los cincuenta y, sobre todo, en los sesenta, después de la reformulación que condujo al segundo momento del cepalismo.

En el ámbito institucional, hasta antes de ese periodo —el de la Segunda Guerra Mundial— lo que se tenía era un *pensamiento latinoamericano* liberal equivalente a un sistema de ideas precientífico y premo-

²Sobre la influencia del positivismo y del liberalismo como paradigmas “eurocentristas” en América Latina, véase el libro de Bagú, 1971. He desarrollado el resurgimiento contemporáneo de este pensamiento en mi ensayo, 1993: 323-344. Esta autonomía, su existencia o inexistencia, pone en entredicho las tesis centrales de la teoría poscolonial, la cual sostiene que el pensamiento latinoamericano global ha sido víctima del eurocentrismo. Véase más adelante, capítulo 2.

dero;³ un pensamiento cuyo método se basaba más en la especulación, la filosofía y la jurisprudencia que en el método científico occidental centrado en la observación y predicción, hegemonizado por el positivismo como representante de las clases conservadoras y terratenientes.

Solamente la —más o menos rápida— imposición del proyecto oligárquico por las clases dominantes en los diferentes países hizo que la ideología “liberal” y su base teórica, esto es: el positivismo, llegaran a ser, sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX y hasta las primeras décadas del actual, hegemónicas en el sentido de una virtual exclusión de las manifestaciones de otras corrientes del pensamiento social (Sonntag, 1989a: 18-19).

Será posteriormente cuando se consoliden las ciencias sociales en la región sobre esa base metodológica a la que se agregarán la estadística y la matemática. De esta forma:

...la década de los sesenta inicia una suerte de época de oro de nuestras ciencias sociales, que por primera vez dejan de

³Debo aclarar que de ninguna manera considero “inferior” al pensamiento existente antes de la institucionalización de las ciencias sociales, así como al conjunto de ideas recreadas en torno a él; por el contrario, el *corpus* epistemológico que se desprende de dicho pensamiento con autores de la talla de Martí, Simón Bolívar, Morelos, Julio Antonio Mella, Enrique José Varona, Mariátegui o Sarmiento, es tan sólido que en muchas ocasiones supera con creces a las mismas ciencias sociales que a veces se muestran incapaces para explicar en profundidad la dinámica, los fenómenos sociales y humanos sin distorsionarlos.

ser una mera caja de resonancia de lo que se dice en Europa o Estados Unidos para configurar su propia problemática y hasta pretender elaborar su propia teoría: la de la dependencia. Esas ciencias sociales están además altamente politizadas y en un interesante vaivén dialéctico contribuyen, a su turno, a dar asidero científico a las tesis de las diversas organizaciones políticas (Cueva, 1986: 33).

Desde el punto de vista de las ciencias sociales, este fenómeno se puede catalogar —parafraseando a Germani— como el tránsito de una ciencia social de tipo tradicional a una de tipo moderna basada en el método científico de investigación y observación. Tránsito que coincide con las políticas de modernización e industrialización impulsadas por la burguesía industrial (dependiente) y el Estado latinoamericano desde la década de los sesenta y que desplazaron por lo menos formalmente al viejo sistema oligárquico-terrateniente.

En virtud de este último proceso y al influjo de la necesidad de consolidar el poder económico y político de las clases sociales emergentes —las clases medias y altas en las ciudades y la misma burguesía industrial en ascenso en este periodo— sobre el proletariado, la clase obrera y los sectores populares, las corrientes del liberalismo y el positivismo fueron desalojadas paulatinamente, en tanto expresiones ideológicas de los intereses materiales de las clases oligárquicas y terratenientes asentadas en el patrón de reproducción capitalista primario-exportador que habían dominado el panorama in-

telectual de la región durante la segunda parte del siglo XIX.

De esta forma, el predominio de los estudios filosóficos y de jurisprudencia de los *pensadores* y los *ensayistas* (cuyas ideas enciclopédicas se movían por los contornos y contenidos de las ciencias sociales, humanas y filosóficas, abordando la más diversa gama de temas y problemáticas desde las económicas hasta las culturales, jurídicas y filosóficas) cedió el paso a los estudios científico-empiristas caracterizados, según Gino Germani, por “...la incorporación de las orientaciones teóricas y metodológicas de la sociología contemporánea” de inspiración funcionalista (Germani: 1964: 2).

El pensamiento latinoamericano enfrentará estas corrientes para construir nuevos marcos teóricos y metodológicos que analicen, interpreten e investiguen los fenómenos de la realidad social, así como los contenidos y temas de las ciencias sociales para adaptarlos a las —nuevas— vicisitudes de la historia latinoamericana.

Esta articulación entre realidad y pensamiento social constituyó, desde el principio, una característica *sui generis*; por lo menos desde el siglo XIX el pensamiento latinoamericano —y, posteriormente, las ciencias sociales después de la Segunda Guerra Mundial— *vinculó* la actividad teórica con la realidad histórica de nuestros países y sociedades. Así, Sonntag (1989a: 36) afirma que “...aún con el estructural-funcionalismo como marco teórico-conceptual, se estuvo en la búsqueda de

aproximaciones más propias a la realidad latinoamericana, al igual que el cepalismo desde sus inicios”.

De esta manera, se originó un rico pensamiento social latinoamericano estrechamente ligado al estudio del acontecer social, a los problemas candentes que enfrentaba la región y al proceso histórico de crisis y transformación del modo de producción capitalista. Como expresa Alarcón (septiembre de 2001: 63): “el interés por desarrollar una nueva Sociología debe estar en el pueblo, en la comunidad, sus angustias, esperanzas y utopías, sin menoscabar los desafíos de la época”.

Junto a la unidad de la praxis con la teoría, en la mejor tradición marxista del pensamiento latinoamericano, destaca su *autonomía* frente a todas las formas de eurocentrismo, particularmente en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, que forjó una concepción global del acontecer latinoamericano en el contexto mundial, primero con el teorema *centro-periferia* elaborado por la CEPAL y, más tarde, con la teoría del imperialismo y la marxista de la dependencia. Como expresa Ruy Mauro Marini:

...sólo se puede hablar del surgimiento de una corriente estructurada y, bajo muchos aspectos, original de pensamiento en la región a partir del informe divulgado por la *Comisión Económica de América Latina*, de las Naciones Unidas, en 1950. La importancia de la teorización que allí comienza reside en la novedad de algunos de sus planteamientos —aunque, a veces, sólo parecieran nuevos por el desconocimiento del marxismo que caracterizaba entonces

a nuestra vida intelectual— y en la gran repercusión que ella ha alcanzado tanto en el plano académico como político. El análisis de las concepciones cepalinas es pues indispensable a quien desee conocer la evolución del moderno pensamiento latinoamericano (Marini, 1993: 57).⁴

La teoría de la CEPAL, junto con el estructural funcionalismo y el marxismo ortodoxo, constituyen las fuentes de inspiración más importantes de las ciencias sociales latinoamericanas (Sonntag, 1989a). Uno de sus frutos fue haber alcanzado, relativamente, cierta autonomía cognoscitiva en el plano de las ideas frente a la supremacía del pensamiento de los centros intelectuales del capitalismo avanzado: Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Autonomía que precisamente hoy se encuentra seriamente cuestionada por su sumisión al imperialismo cultural; además de haberse distanciado de éste para elaborar sus principios y resultados, abrió camino para que en el curso de las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta se consolidaran las principales corrientes teóricas: el estructuralismo, el funcionalismo y el marxismo, así como diversas expresiones, tales como la teoría de la modernización, la articulación de modos de producción y la teoría de la marginalidad social (Nun, 2001), el “dualismo estructural” y, finalmente, la teoría de la dependencia en sus tres vertientes fundamentales: marxista, no marxista y reformista.

⁴Para consultar la corriente cepalina véase Rodríguez (1993), y para la marxista Cueva (1986:25-37) y Fornet-Betancourt (2001).

Conclusión

Cualquier ciencia o disciplina social que se precie de serlo aspira a construir su autonomía cognoscitiva, de no ser así (como parece estar ocurriendo hoy en día en América Latina), difícilmente puede desarrollarse, cumplir con sus cometidos y producir resultados a la altura de la explicación que exige el proceso histórico. Las dificultades son inmensas, los obstáculos mayores, pero no se puede renunciar a reivindicar un pensamiento propio, si bien imbricado en las corrientes mundiales, sin tener que pagar las consecuencias totales de quedar huérfanos de teoría y víctimas de un eurocentrismo y anglosajonismo que sólo miran por los intereses del imperio.

La hora del pensamiento latinoamericano reclama la recuperación de su capacidad crítica y la restitución de sus cualidades éticas y libertarias. De no ser así, se convertirá en una caja de resonancia de cuanto se hable en el Norte.

2

Paradigmas y corrientes teóricas del pensamiento latinoamericano (1950-2005)

Introducción

A mediados de los años setenta los críticos de la teoría de la dependencia (particularmente en su vertiente marxista) auguraron su temprana defunción; sin embargo, no lograron anularla como alternativa teórica, metodológica y analítica frente a las demás corrientes de pensamiento. Por el contrario, ésta se encuentra en buenas condiciones para restituirse creativamente y dar cuenta de la nueva situación de los países atrasados y subdesarrollados en el contexto de la asombrosa expansión universal del modo capitalista de producción al despuntar el siglo XXI.

En este capítulo se realiza una breve exposición de las principales corrientes de pensamiento que despun-

taron en América Latina en la segunda mitad del siglo XX. El propósito de estas líneas es evaluar la naturaleza y características de la TMD respecto al potencial analítico y explicativo de los principales fenómenos que emergieron del proceso contradictorio de globalización del capital en la región. Por último, es de interés para el autor evaluar la posibilidad de que la teoría de la dependencia pudiera fusionarse con otros paradigmas, como la teoría del sistema mundial.

Las teorías del desarrollo en el ámbito de las ciencias sociales latinoamericanas

Sin duda, las teorías del desarrollo son un genuino reflejo de la reorganización del mundo capitalista después de la Segunda Guerra Mundial bajo la incontrastable supremacía de Estados Unidos, en tanto centro del imperialismo mundial tras haber desplazado al imperialismo inglés.

Desde el punto de vista ideológico, el objetivo de dichas teorías consistía en justificar el dominio de los pueblos y naciones que arribaron a la historia mundial con los procesos de descolonización y mediante la lucha por la constitución de sus Estados nacionales.

En ese periodo se creó un nuevo mundo en los contornos del sistema capitalista, a partir de la crisis del colonialismo histórico, particularmente de Gran Bretaña, Francia, España, Portugal y Holanda, y del desen-

cadenamiento de poderosos movimientos políticos de descolonización, que culminarán en la formación de lo que se llegó a conocer como Tercer Mundo (en la terminología oficial), y en el surgimiento del mayor conglomerado humano de la historia: la República Popular China.

Los nuevos países y sus Estados-nación (unos capitalistas y otros socialistas), a diferencia de las naciones históricamente industrializadas, se caracterizaron como “subdesarrollados”, por oposición a los autodenominados “países desarrollados” del *centro* histórico del capitalismo. Para marcar esa diferenciación se utilizaron *métodos de medición cuantitativos* que establecen las fronteras existentes entre ambos grupos de países con base en las teorías del desarrollo, de factura neoclásica y funcionalista.

La teoría del desarrollo capitalista en el pensamiento de Rostow

Entre los autores norteamericanos, fue Rostow (1974) quien mejor expresó la teoría del desarrollo —que posteriormente asumirán pasivamente en América Latina las corrientes más proclives al liberalismo y al conservadurismo— que permite comprender conjuntamente esta perspectiva de las ciencias sociales, la cual dominó en el curso de las décadas de los cincuenta y sesenta, no sólo en Estados Unidos sino en otros países del mundo.

En este punto, vale la pena detenerse un momento en el análisis de la obra clásica de este autor, *Las etapas del crecimiento económico, un manifiesto no comunista*, ya que expone las ideas más acabadas respecto a la formulación de la teoría del desarrollo.

Para Rostow el proceso de desarrollo se divide en cinco etapas lineales y sucesivas que son: *a*) la sociedad tradicional, *b*) las *condiciones* previas para el impulso inicial o *despegue*, *c*) el impulso inicial propiamente dicho, *d*) la madurez, y *e*) el consumo de masas de bienes y servicios por la población (Rostow, 1974: 16).

Rostow señala que la “etapa premoderna y preindustrial” de la “sociedad tradicional” agrupa:

...a todo el mundo prenewtoniano: las dinastías en China; la civilización del Mesoriente y el Mediterráneo; el mundo de la Europa medieval. Y agregaremos a éstos las sociedades posnewtonianas que, durante algún tiempo, permanecieron intactas y sin ser movidas por la nueva capacidad humana de manejar regularmente su circunstancia para su propio beneficio económico (1974: 17).

En cuanto a la segunda etapa, condiciones previas para el impulso inicial, que el autor sitúa históricamente en la Europa Occidental de finales del siglo xvii y principios del xviii (Rostow, 1974: 18), menciona que son sociedades que se encuentran en un “proceso de transición”, el cual entiende como el paso de una sociedad tradicional a una moderna —tema este que, por cierto, va a ser objeto de estudio de las corrientes funcionalistas

adoptadas por autores como Gino Germani y Aldo Solari, y que se analizan más adelante (p. 65 y ss).

La tercera etapa se identifica propiamente con el despegue económico que, según Rostow, consiste en un proceso donde se superan definitivamente todos los obstáculos y resistencias que frenan el desarrollo permanente del capitalismo, el cual se produce en “progresión geométrica” y “...se transforma, por decirlo así, en parte integrante de sus hábitos y de su estructura institucional” (Rostow, 1974: 20). De acuerdo con el autor, el impulso inicial se deriva del avance tecnológico y de la formación del capital social fijo, elementos que nunca explica ni ahonda en su origen histórico. El país que ejemplifica este proceso de despegue, como menciona Marx, es la Inglaterra de finales del siglo XVIII y principios del XIX (Rostow, 1974: 21). Para otros países, como Francia y Estados Unidos, Rostow sitúa su despegue antes de 1860; el de Alemania, en el tercer cuarto del siglo XIX; el de Japón, después de 1875 en adelante; el de Canadá y Rusia, 25 años antes de la Primera Guerra Mundial (1914), mientras que el de la India y China ocurrió hasta la década de los cincuenta del siglo XX (Rostow, 1974: 21).

Por deducción, siguiendo esta trayectoria, el despegue de algunos países latinoamericanos como Brasil, México, Chile o Argentina se puede situar justamente en este periodo porque coinciden, *grosso modo*, con el proceso de industrialización por sustitución de importaciones que dejó atrás a la vieja economía primario-

exportadora; aunque no la desmanteló, sino que la refuncionalizó en el contexto de la expansión del capitalismo.

La cuarta etapa, de madurez, que surge tras el impulso inicial, constituye para Rostow (1974: 21) un proceso de “progreso sostenido” del capitalismo que generaliza y aplica la tecnología al conjunto de los sectores productivos que constituyen la economía. En términos generales, se pasa de una situación en donde una buena proporción del ingreso nacional (entre 10% y 20%) que se invertía en importaciones, se invierte ahora en la sustitución de las mismas, lo que posibilita la producción masiva de mercancías destinadas a la exportación hacia los países avanzados.

Este proceso de madurez, según el autor, ocurre alrededor de 60 años después del impulso inicial o *despegue* y constituye la *etapa plena* del capitalismo.

Al respecto dice Rostow (1974: 22):

...en su aspecto formal podemos definir la madurez como la etapa en la cual la economía demuestra su capacidad para desplazar las primeras industrias que propiciaron su impulso inicial, y absorber y aplicar, efectivamente, sobre un amplísimo conjunto de sus recursos a —o a su totalidad— los frutos más adelantados de la tecnología considerada entonces como moderna.

Este proceso ocurrió en un lapso de 60 años en países como Alemania, Inglaterra, Francia y Estados Unidos a finales del siglo XIX y principios del XX. El lapso

que transcurre entre el periodo inicial y el de madurez depende, concretamente a decir del autor, de la naturaleza de la aplicación de la tecnología al monto de capital y su constante acumulación. Pero no explica la naturaleza de la tecnología ni la del origen del capital, que Marx encuentra en la acumulación originaria de capital; lo que implica teórica, histórica, política y empíricamente un proceso de separación violento del productor directo (trabajador, campesino, artesano o comunidad) de la propiedad de sus medios de producción y la conversión resultante de su fuerza de trabajo en mercancía ($c+v+p$), donde c es igual que capital constante, v es igual que capital variable y p es igual que plusvalía.

Como un complemento del concepto marxista de acumulación originaria, que se remonta al proceso inicial de separación violenta de los productores directos de sus medios de producción, Harvey (2004) introduce el concepto de acumulación por desposesión para explicar los procesos contemporáneos de acumulación y reproducción en curso en el contexto de la privatización de los recursos públicos en la mayor parte de los países subdesarrollados del Tercer Mundo.

Por último, Rostow denomina la quinta etapa como la de consumo de masas de bienes y servicios duraderos. Representa el advenimiento y consolidación de la *sociedad industrial avanzada* (From *et al.* 1987), del Estado de bienestar (Jessop, 1999) y del fordismo basado en la cadena de montaje y que tiene en la industria

automovilística su expresión más acabada (Coriat, 1985 y Arenas, 2003).

En el siguiente párrafo resume Rostow (1974: 25) su concepción sobre la evolución económica del capitalismo:

Una sociedad tradicional inicia su modernización con un periodo de transición, en el cual se crean las condiciones previas para el impulso inicial, en respuesta, generalmente, a la intrusión de una potencia extranjera, coincidiendo con ciertas fuerzas nacionales que contribuyen a la modernización; el propio impulso inicial; la marcha hacia la madurez que, por lo general, abarca aproximadamente la vida de dos generaciones más; y luego, por último, si el aumento del ingreso ha logrado igualar la difusión de la maestría técnica (lo que [...] no es necesario de inmediato), la desviación de la economía en plena madurez hacia el abastecimiento de bienes y servicios duraderos de consumo (así como el Estado benefactor) para su creciente población urbana —y, posteriormente, a la suburbana.

Si bien existen diferencias entre los autores que abrazaron las teorías del desarrollo, su denominador común se sintetiza en *dos* tesis que influirán en las ciencias sociales, incluso hasta nuestros días, sobre todo en lo que concierne al método para comparar sociedades industriales desarrolladas y sociedades subdesarrolladas y dependientes.

La primera de ellas consiste en la idea de que el subdesarrollo es una *etapa previa* necesaria para alcanzar las *pautas* del capitalismo *pleno*. Se desprende la tesis

de un *continuum* (Marini, 1994a: 137) en un proceso lineal donde el subdesarrollo constituye, *en sí*, la antesala necesaria que es preciso superar. Esta es la idea clave de la concepción desarrollista del *take-off*, que expresa la necesidad de reunir condiciones de la primera etapa (del subdesarrollo) para poder *despegar* posteriormente y alcanzar la plenitud del capitalismo.

La segunda tesis es cuantitativa y determinista: se expresa en un conjunto de parámetros formales para medir el subdesarrollo, utilizando índices como *alfabetización, nutrición, natalidad y mortalidad, ingreso per cápita, niveles de pobreza, tasa de formación de capital fijo y productividad*. Convertidos posteriormente en modelos matemáticos, estos parámetros expresan el *nivel* en que se encuentra una sociedad en relación con la trayectoria que marca el *continuum* evolutivo.

De esta forma, la línea divisoria entre países avanzados y subdesarrollados comprende simplifcadamente parámetros cuantitativos de la sociedad, de acuerdo con la siguiente sentencia:

La tesis del círculo vicioso de la pobreza sugiere una clara distinción entre países desarrollados (ricos) y subdesarrollados (pobres), basada en amplias diferencias en las rentas per cápita de estos dos grupos claramente distintos. Además, se sigue de la tesis que estas diferencias de renta per cápita tienen que aumentar, porque mientras los países desarrollados progresan los países subdesarrollados están estancados o, incluso, retroceden. De ahí la sugerencia de una desigualdad internacional de las rentas siempre en aumento,

que familiarmente se denomina la constante ampliación de la brecha (Bauer, 1985: 49).

Los autores neoclásicos del desarrollo no explican las causas que provocan esa constante ampliación de la brecha, verdadero nudo gordiano de cualquier teoría seria con pretensiones de cientificidad. En general, autores como Arthur Lewis y Collin Clark a lo sumo llegan a apuntar como *causas* del subdesarrollo el bajo nivel tecnológico, la insuficiencia de las inversiones y la corrupción de los gobiernos. Bastaría, entonces, corregir esas deficiencias para alcanzar la etapa de desarrollo (Jaguaribe, 1992: 39). En este sentido, países como México estarían en la cima de la plenitud del paradigma.

Traducidas en ecuaciones sociales y en modelos ideales, estas teorías se reducen a las dimensiones cuantitativas que surgieron después de la Segunda Guerra Mundial como reacción ideológica y política de los centros de poder del capitalismo para justificar el nuevo orden poscolonial, dominado por el sistema imperialista encabezado por Estados Unidos.

Más adelante las teorías del cepalismo y las de la modernización tendrán una gran influencia al tratar de explicar —sin conseguirlo plenamente— la naturaleza del desarrollo; de manera particular, bajo la idea evolucionista de la modernización a partir del tránsito de una sociedad tradicional a otra desarrollada o del paso del “desarrollo hacia fuera” al “desarrollo hacia adentro”.

Analicemos, pues, estas corrientes de pensamiento: la teoría de la dualidad estructural y la de la modernización y el cambio social, ambas encuadradas en el pensamiento sociológico funcionalista que despuntará en las décadas de los sesenta y setenta del siglo xx.

El dualismo estructural

El dualismo estructural es una variante de la antropología cultural del desarrollo, aunque su origen data de principios del siglo xx en torno a la cuestión indígena (Quijano, 1989: 30 y Yoichi Itagaki, junio de 1968), la cual promueve:

La modernización de las condiciones económicas, sociales, institucionales e ideológicas del país. Esto, además de traer consigo la posibilidad de tensiones y de crisis, se manifestaría, durante cierto lapso por una situación de dualidad estructural. El tema de la modernización y la noción de dualismo estructural inspiraron el grueso de la producción sociológica y antropológica de ese periodo —los años cincuenta— (acotamiento del autor) (Marini, 1992: 72).

Como se sabe, la teoría de la dualidad estructural se remonta a principios del siglo xx, mientras que en América Latina su difusión corresponde al trabajo de Jacques Lambert (1970). Desde cierta perspectiva, esta teoría se emparenta con la teoría del *enclave* (Cardoso y Faletto, 1969 y Bamberger, 1974) en la *fase histórica* que

los desarrollistas denominan “desarrollo hacia afuera”. En ésta, las sociedades y economías constituyen espacios económicos que, desde la perspectiva de la acumulación de capital y de la dominación política, son verdaderas prolongaciones de los territorios extranjeros (una especie de *zonas francas* o *fábricas para el mercado mundial* de la actualidad).

La característica sobresaliente del dualismo estructural radica en la concentración de las unidades altamente productivas en espacios restringidos del territorio nacional, donde se asientan los enclaves económicos evolucionados que concentran los frutos del progreso técnico. Al respecto, Pinto (1985: 39-40) señala:

No sólo se concentraron en el sector exportador y en sus satélites los aumentos visibles de productividad, sino que éstos, por diversas razones, no consiguieron irradiarse “hacia atrás”, hacia el *hinterland*, que continuó viviendo en el pasado “económico”. Un mapa de la actividad productiva a principios de siglo habría mostrado con claridad una serie de manchas, generalmente cerca de las costas, incrustadas y en cierto grado aisladas de la masa territorial circundante.

Manchas que corresponden al polo capitalista desarrollado, mientras que los supuestos espacios aislados (tradicionales del interior, los *hinterland*), vegetan en el polo subdesarrollado, atrasado o, en el peor de los casos, feudal.

Como se verá en seguida, la dualidad estructural presenta al subdesarrollo como la antípoda del desarrollo y

pretende explicar por qué esa condición no ha sido todavía superada: justamente porque existen relaciones atrasadas que lo frenan, razonamiento completamente tautológico.

Estas corrientes de pensamiento parten del supuesto metodológico de que hay clases sociales no capitalistas —campesinos, terratenientes e indígenas— que tienen mucho peso en la sociedad, que éstos deben transformarse paulatinamente bajo el influjo de fuerzas sociales progresistas, tales como la clase obrera, las clases medias y la burguesía, pero con el apoyo del Estado.

Hay *dualidad estructural* porque, supuestamente, esos países poseen estructuras capitalistas y no capitalistas que coexisten entre sí, pero que se conectan a través de sus relaciones con la metrópoli (Frank, 1991), versión que se encuentra tanto en las corrientes funcionalistas como en las del materialismo histórico de corte stalinista y ortodoxo (Quijano, 1989: 31), como la coexistencia de los modos de producción; con la salvedad de que en ésta última existen relaciones *intra*, modos de producción en el interior mismo de la nación.

Para superar la dicotomía desarrollo-subdesarrollo se necesita modernizar la sociedad y permitir que el capitalismo transforme las relaciones económicas y sociales atrasadas y, al mismo tiempo, generar una estructura de país *plenamente* capitalista, con sus correspondientes relaciones sociales y jurídicas de este tipo: propiedad privada, impulso a las fuerzas productivas y sistemas políticos avanzados. De esta forma, en sínte-

sis, se podrá concluir el proceso de modernización para superar el subdesarrollo (Sotelo, julio-diciembre de 1990, pp. 49-58).

Por lo general, en los países latinoamericanos donde se expresó con más vigor la modernización del sistema económico y social (México, Brasil y Argentina), éste asumió la forma de industrialización por sustitución de importaciones para impulsar los mercados internos de consumo y de trabajo, proceso que ocurrió en dos etapas, entre 1930-1950 (fase simple) y 1950-1982 (fase compleja). El genuino resultado de este movimiento fue el traslado del eje de acumulación de capital hacia las actividades industriales, en detrimento de la agricultura, la minería y los servicios tradicionales.

El dualismo no explica la naturaleza del atraso histórico de los países subdesarrollados y dependientes; no repara en sus causas y dinámicas, a pesar de que estas determinaciones influirán su futuro tanto en la época posterior a la independencia (1810-1850) —y en el siguiente periodo relativo a la formación, consolidación y crisis de la economía terrateniente primario-exportadora (Cueva, 1993)— como en el siglo xx, que verá el ascenso y la crisis de la industrialización, así como el surgimiento del neoliberalismo y de la desindustrialización (Sotelo, 2004).

Al igual que la mayoría de las teorías neoclásicas, el dualismo estructural no ofreció una respuesta al problema del por qué persiste el subdesarrollo y el atraso en las sociedades latinoamericanas, a pesar de haber

sido puestas en práctica por los Estados la mayor parte de las políticas de modernización, antes y después de la segunda mitad del siglo xx. Fue el profesor francés, Jacques Lambert, máximo exponente de esta corriente de pensamiento, quien intentó ofrecer una respuesta a estas cuestiones. En seguida se abordará el análisis de su obra principal: *América Latina, estructuras sociales e instituciones políticas* (1970), ya que ella ofrece un panorama global de esta perspectiva teórica.

Evolucionismo y desarrollo lineal en la tipología del desarrollo de Lambert

En la primera parte de esta obra (1970: 77-113), Lambert construye una tipología evolucionista que aplica a las distintas etapas históricas de América Latina. Por lo que conviene hacer un análisis de dicha tipología para extraer los elementos —y el alcance— de sus postulados sobre la explicación del atraso y el subdesarrollo en las condiciones específicas de la región latinoamericana.

Lambert encuentra que estos problemas tienen como *causa* la pervivencia de estructuras tradicionales y arcaicas que los generaban y reproducían, como se puede deducir del siguiente párrafo de su libro:

El inmovilismo de sus estructuras caducas ha sido la causa de que la América Latina haya visto su evolución económi-

ca y social disociada de la de Estados Unidos y Europa Occidental. Para la mayor parte de la América Latina, el siglo XIX ha sido un siglo perdido, incluso para los países más favorecidos —Argentina, Brasil, Chile, México, Uruguay— fue, en todo caso, la primera mitad del siglo la que se perdió. Al final del siglo XIX, los Estados Unidos estaban más poblados que toda la América Latina y, mientras 80 millones de norteamericanos eran ricos e instruidos, 60 millones de latinoamericanos permanecían en buena parte iletrados y miserables. La América Latina se había convertido en un mundo subdesarrollado, sobre todo en relación con Europa central y la América anglosajona, que se habían transformado tan rápidamente (Lambert, 1970: 35).

Lambert clasifica veinte países de América Latina en tres grandes grupos en función de dos criterios: *a*) que estén constituidos en pequeñas comunidades cerradas y *b*) integrados de manera más o menos coherente en sociedades nacionales progresistas (¿?).

En el primer grupo de países, que el autor caracteriza de desarrollados o relativamente desarrollados, figuran Argentina y Uruguay. El segundo grupo, constituido por los países subdesarrollados, caracterizados por la existencia de pequeñas comunidades autárquicas y aisladas, comprende a Perú, Ecuador, Paraguay, Nicaragua, El Salvador, República Dominicana, Guatemala, Honduras, Bolivia y Haití. Por último en el tercer grupo, también denominado de los países desigualmente desarrollados, figuran Chile, Venezuela, México, Brasil y Colombia. Además de estos tres grupos, Lambert identifica a Costa Rica, Panamá, Cuba, Puerto Rico,

Jamaica y Trinidad y Tobago como situaciones de excepción porque esos países, de acuerdo con el autor, dependen de las metrópolis europeas. Esta clasificación pondera el contenido político y sociológico, más que el económico, como cimientos de construcción de su tipología (Lambert, 1970: 77-81). A la vez, cada uno de estos grupos admite en su seno ciertas características. Es así como, mientras el primero posee una estructura arcaica y una menor población, la del segundo grupo es evolucionada y esto le permite caracterizarlos como no subdesarrollados, “más en el sentido relativo de países menos ricos y menos industrializados que los Estados Unidos o que los más avanzados países de Europa” (Lambert, 1970: 79).

Como se puede observar, Lambert utiliza el método comparativo que integra dentro del modelo ideal a países imperialistas como Estados Unidos, Inglaterra o Francia para contrastarlos con los que pertenecen al ámbito de la periferia de la economía capitalista mundial.

Los países del tercer grupo son propiamente los países dualistas, porque poseen grandes extensiones territoriales, numerosa población y mantienen una combinación de formas arcaicas de organización social que coexisten con las más evolucionadas.

En la página 80 de su libro, Lambert presenta un cuadro sinóptico donde consigna las características de los tres grupos de países latinoamericanos que sirven para estructurar su clasificación. De esta forma, utiliza

indicadores como superficie, población, tasa de natalidad, expectativa de vida, crecimiento demográfico, renta per cápita, porcentaje de la población urbana, porcentaje de clases medias, porcentaje de población integrada a la nación, calorías per cápita y analfabetos mayores de 15 años.

Estos diez indicadores construyen la tipología de Lambert, al mismo tiempo que son los soportes de la explicación de las diferencias históricas, estructurales y sociales de los distintos países y grupos de países latinoamericanos, a la vez que sustentan la concepción de dualismo estructural que se despliega en los años sesenta en el pensamiento latinoamericano.

En síntesis y de acuerdo con el dualismo estructural:

...cada país de América Latina está compuesto por dos sociedades: la rural y la urbana. Ellas son diferentes, y en parte independientes, aunque vinculadas en un mismo marco político-administrativo. Cada una de ellas tiene su propia dinámica. Ambas se yuxtaponen, manteniendo entre sí relaciones externas, parciales y tangenciales. La coexistencia constituye el dualismo estructural, y expresa un estadio intermedio o forma híbrida, resultante del paso de una vieja sociedad a otra que prueba que aún no ha emergido o no funciona en plenitud. Las diferencias se presentan en términos de estructuras y dinámica, de productividad, de ingreso, de aptitud para generar, absorber y difundir transformaciones (Lambert, 1970: 80).

El meollo de esta concepción radica en que no se explica la vinculación de ambas sociedades (la urbana

y la rural) con el marco político-administrativo, el cual en los países latinoamericanos se encuentra fuertemente influido y sobredeterminado por los intereses políticos y estratégicos de los países centrales a través, por ejemplo, de las relaciones comerciales y diplomáticas, de la legislación internacional, de las presiones de los Estados y las empresas imperialistas o, finalmente, mediante la presión militar. En todo caso, la vinculación entre ambos se da a través de los lazos que los atan al poder político de dichos países o bien mediante la acción política de las elites y las burocracias internas que operan en los países subdesarrollados.

Kaplan critica esta concepción de Lambert cuando ve en ella una simplificación extrema de un proceso histórico, de suyo, sumamente complejo. Su planteamiento es el siguiente:

El esquema es criticable, ante todo, por la simplificación histórica y sociológica que le es inherente. Pretende atribuir exclusivamente al caso de América Latina y del Tercer Mundo un rasgo de toda la historia humana [...] la concepción del dualismo estructural supone, por el contrario —implícita o explícitamente— que los países latinoamericanos se desarrollan, o deben desarrollarse, por imitación de los procesos de los países capitalistas avanzados, con etapas, secuencias y rasgos similares. Se da así prioridad al dinamismo de los factores exógenos, y se juzgan las particularidades estructurales como desviaciones. La sociedad urbana es identificada con el desarrollo y la modernización, y la sociedad rural como su enigma. No se establece una correlación precisa entre el concepto de sociedad tradicional y de sociedad

moderna, por una parte, y las situaciones sociales definitivas y explicativas de ambas, por la otra; ni con las etapas socioeconómicas fundamentales. Los procesos de transición de una sociedad a la otra tampoco son explicados. Se subestima el papel de los grupos sociales y de las fuerzas políticas (Kaplan, 1985: 56-57).

En el fondo, la limitación más importante del dualismo estructural radica en su incapacidad para explicar, dialéctica y dinámicamente, el proceso transicional que ocurre cuando una sociedad constituida y articulada en fuerzas políticas, en clases sociales y en lucha de contrarios, decide iniciar un proceso de transición desde una situación de ausencia de desarrollo (o *antidesarrollo*) a otra donde aquél se estimula y se consolida en el contorno del capitalismo.

A esta tarea, supuestamente, estaría abocada la teoría de la modernización y del cambio social.

La teoría de la modernización y del cambio social

Si el dualismo estructural es una teoría que floreció en el transcurso de los años cincuenta y sesenta con gran influencia del estructural-funcionalismo norteamericano que pretendía explicar y adaptar las estructuras del cambio a las características del modelo de la sociedad occidental, la de la modernización —que “cubre el ciclo del predominio parsoniano en la investigación so-

cial latinoamericana” (Quijano, 1989: 30)— se interna y compromete más con la estructura cognoscitiva y académica de las ciencias sociales y humanas latinoamericanas, por lo que aquí se le da un tratamiento autónomo.

Gino Germani, intelectual de origen italiano avecinado en la Argentina, es el principal representante de la teoría de la modernización; entre sus obras destacan *La sociología en la América Latina* (1964), *Economía y sociedad en una época de transición* (1968) y *Sociología de la modernización* (1969). Según Kahl (1986), quien realiza una biografía intelectual de Germani, ve la mejor contribución original de este maestro de la sociología en la combinación certera que hace de la tradición teórica europea clásica con los nuevos métodos en la investigación empírica que se realizaron en Estados Unidos por aquella época (Kahl, 1986: 117).

Ligado a la CEPAL, otro pionero de esta escuela es Medina Echavarría con obras tan importantes como *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico de América Latina* (1969). En este libro, Echavarría analiza las consecuencias sociales del desarrollo económico —tema parcial o francamente ausente por aquel entonces entre los economistas de la región— y plantea el problema de la relación entre economía y sociedad en América Latina, cuestión que en la sociología clásica había sido central. Según este autor, es necesario separar estos ámbitos para luego encontrar los mecanismos de oposición y refuerzo mutuos del proceso de desarrollo. En esta concepción, Echavarría se

muestra firmemente influido por la *sociología comprensiva* de Max Weber (1964), en particular por su obra *Economía y sociedad*, que el mismo Medina tradujo para el Fondo de Cultura Económica en 1944.

La *sociología científica* de la modernización —versión estructural-funcionalista del capitalismo y el cambio social— define el desarrollo como el tránsito de la sociedad tradicional a la sociedad industrial moderna, en el sentido expuesto por Rostow. Conforme aquélla se aproxima a ésta última mediante el proceso de modernización —donde el modelo occidental *euro-norteamericano* es el paradigma a alcanzar—, la sociología científica extiende tres líneas que corresponden a las necesidades de investigación de la sociología norteamericana en ese periodo.

En primer lugar, desarrolla estudios de carácter descriptivo para conseguir datos primarios sobre la estructura económica y social en aspectos tales como las características de la industrialización, el empleo, la urbanización, la movilidad y la estratificación social (eje central de las teorías funcionalistas). En segundo lugar, reúne y clasifica datos relativos a aspectos de educación, capacitación profesional, movimientos migratorios, participación política y circulación de elites. Por último, analiza los aspectos psicológicos con el objeto de medir el sistema de estratificación social y detectar las actitudes, afines o contrarias, del cambio social influido por las clases dominantes.

La articulación empírica de estos tres niveles, basados en la objetividad del conocimiento, en la neutralidad valorativa y, en menor medida, en cuestiones ideológicas, tiene como objetivo conocer la propensión de una sociedad para asimilar los valores y conductas propias de la sociedad industrial (sociedad de consumo) mediante el abandono del atraso y la superación valorativa de la sociedad tradicional: de sus costumbres, leyes, tradiciones y ordenamientos.

El método de análisis del funcionalismo sociológico *describe* ese proceso mediante el “efecto demostración”, que consiste en el impacto que en los países periféricos acarrea la difusión de las pautas de producción y de consumo y los estilos de vida de los países industriales. Destaca también el “efecto de fusión” que irradian los países industrializados en la estructura económica, social y político-cultural de los países subdesarrollados a partir de la transferencia de actitudes e ideologías (fenómeno de asimilación de las culturas subalternas por los valores e ideologías hegemónicas, generalmente a través de los medios de comunicación).

En esta misma línea, al referirse a las sociedades que se modernizan y a los elementos que una teoría social debe integrar, Apter afirma que: “La solución de la dependencia externa y su disolución interna constituyen, en nuestra opinión, el problema político concreto más apremiante de las sociedades que se modernizan” (1974:55).

De esta problemática general se deriva el objetivo central de la sociología de la modernización: considerar un sistema político en términos del equilibrio entre desarrollo y orden. La meta política es la armonización de ambos y su maximización; en esta forma pueden servir como guías de la evaluación de la actuación de los sistemas reales.

Orden y desarrollo son el objetivo político de la modernización, la cual es definida como etapa previa de la industrialización de las sociedades que se modernizan.

En este contexto, la obra de Germani (1968, especialmente la parte I, capítulo 3) es de singular importancia por el hecho de haber sido, junto con Aldo Solari, uno de los pioneros latinoamericanos de la escuela estructural-funcionalista (una introducción a esta temática se encuentra en Boils y Murga, 1979; acerca del punto de vista del funcionalismo norteamericano, Apter, 1970), donde la dicotomía desarrollo-subdesarrollo actualiza la obra de este maestro de la sociología, sobre todo en una región convulsionada por las recurrentes crisis económicas, sociales, políticas y por los problemas inconclusos de transición e integración, agudizados por los intensos embates de la globalización y la regionalización del sistema capitalista a escala planetaria.

Si bien en la década de los sesenta se produce una crisis inédita de la sociología latinoamericana y del desarrollismo —gestados en la década anterior—, el paradigma estructural-funcionalista seguirá influyendo por un tiempo más en el análisis, determinando en gran parte

las políticas públicas y las del capitalismo privado. Como afirman Cardoso y Weffort (cit. en Boils y Murga, 1979: 65):

...la referencia al mundo desarrollado parece ser aún la constante, y la postura teórica dominante continúa siendo, mucho más de lo que sería esperable considerando la insistencia en la importancia de las singularidades, la de un continuo entre subdesarrollo y desarrollo o entre “sociedad tradicional” y “sociedad moderna” o, aún, entre precapitalismo y capitalismo.

En las décadas de los cincuenta y sesenta la dicotomía sociedad tradicional-sociedad moderna disimula las políticas públicas y del capital privado tendientes a superar el subdesarrollo a través de la modernización de las estructuras socioeconómicas y de los sistemas políticos a fin de arribar a la fase plena de industrialización. Por lo menos, ésta era la creencia en aquella época, cuando el panorama rural y los valores tradicionales eran considerados como baluartes de un *continuum social* costumbrista que daba la sensación de ser eterno y que, por ello, no sería tocado por la modernidad .

En los años cincuenta esa dicotomía justificó la modernización por parte del Estado y sus *políticas públicas* articuladas con la dinámica de inversión del capital privado (nacional y extranjero) con pretensiones de superar la condición periférica, cuando en realidad lo que ocurría era la consolidación del capitalismo dependiente. En la siguiente década, en plena crisis de este mode-

lo, esa dicotomía fue trasladada por la CEPAL al modelo centro-periferia en donde —ahora— el enemigo a vencer era la dependencia externa. Durante los setenta y en la década siguiente, en un periodo de estancamiento y crisis, la fórmula ideológica de la modernización adquirió relevancia, desde la óptica de los gobiernos y de las clases dominantes, en los programas de reestructuración capitalista y de modernización de los aparatos productivos a la sombra del neoliberalismo (véase Sotelo, 1993a).

En México, Brasil, Argentina, Chile y Colombia, para mencionar los países más representativos, la reconversión industrial, el aumento de los índices de productividad, el crecimiento de la urbanización, el cambio hacia el mercado mundial, el endeudamiento externo y la crisis permanente interna de las sociedades de clases han sido fenómenos que enfatizaron los problemas de estabilidad política y las contradicciones del sistema capitalista pero que, en buena medida, justificaron la instauración de dictaduras militares y de los Estados de contrainsurgencia (García *et al.*, 1978).

En síntesis, lo que justifica un análisis crítico de la obra de Germani es el hecho de profundizar en un sistema teórico-abstracto, el estructural-funcionalista, cuya influencia fue decayendo y entrando en desuso conforme se fue profundizando la crisis del patrón de acumulación capitalista dependiente en el curso de la década de los setenta, deteriorando el sistema de estratificación social. Pero sobre todo, es en la década de los ochenta

cuando francamente las políticas de Estado, supuestamente encaminadas a superar el subdesarrollo y la dependencia, no hicieron más que debilitar la industrialización y anunciar la entrada, con bombo y platillo, de las políticas neoliberales de desindustrialización, privatización y apertura externa que prevalecen en nuestros días.

La teoría de la modernización y del cambio social en la obra de Germani

Para Germani, la dinámica de la estructura social, en proceso de cambio, solamente se capta mediante un método de percepción del mundo sociocultural integrado por un conjunto de partes relacionadas entre sí.

Al respecto, la hipótesis general indica que "...cada parte está vinculada a todo el resto de manera que cualquiera de ellas puede producir modificaciones en todas las demás en mayor o menor medida".

La noción de estructura implica la hipótesis de la interrelación entre las partes: "... el propósito del análisis mismo reside en verificar y establecer el carácter, la dirección y la intensidad de la relación existente".

Bajo el manto de su *modelo teórico* (ideal), la teoría de la modernización supone que el cambio social se gesta por la modificación de cualquiera de las partes (estructuras parciales o globales), para lo que establece tres

tipos fundamentales de interrelación de la estructura social:

- I. Interrelación como simple interdependencia de las partes.
- II. Interrelación como ajuste o desajuste de las partes.
- III. Interrelación como adecuación de las partes de la estructura a un sistema de valores centrales que constituyen la estructura global misma.

Estos tres niveles de interrelación caracterizan los diferentes cambios que se operan en una sociedad. Con referencia al primer punto, Germani dice que “...una modificación en alguna de las partes tendría modificaciones en las demás partes, modificaciones de intensidad, dirección y extensión”.

Para el segundo nivel, Germani utiliza los conceptos *función* y *disfunción* como hipótesis en el análisis del proceso de cambio de un tipo de estructura global a otra. Por *funciones* Germani entiende aquellas consecuencias observadas que contribuyen a la adaptación o ajuste de un sistema dado; recíprocamente se definen como *disfunciones* aquellas consecuencias observadas que disminuyen la adaptación de un sistema social.

El juicio de funcionalidad, que incluye las categorías *función*, *disfunción* y *no función*, distingue entre el punto de vista del observador y el punto de vista del objeto observado (la famosa dialéctica objeto-sujeto).

El primero permite la función latente, que son las consecuencias *conocidas* del observador e ignoradas por los participantes, mientras que el segundo es la función manifiesta referida a las consecuencias que sí son conocidas por los participantes en el sistema.

En el tercer nivel Germani indica la integración valorativa, que es la coherencia interna que mantienen las distintas partes de la sociedad con el sistema de valores centrales (de la sociedad occidental) que definen a las sociedades humanas. Esta integración puede ser de ajuste, normativa o psicosocial.

Para Germani nuestra época es en esencia una *época de transición*. Vislumbra el cambio social como un proceso normal manifiesto de carácter permanente en donde los cambios se producen a un ritmo vertiginoso, ya no como en épocas anteriores en que tardaban siglos, sino violentamente, de tal modo que la intensidad del cambio es dramáticamente vivida por los hombres, que deben “ajustarse a él como un proceso habitual”.

Apoyado en la teoría de Rostow, Germani agrega:

...en algunos países y continentes esta transformación se halla muy avanzada, en los países que hoy se suelen denominar “desarrollados”; en otros se halla en marcha o recién ha empezado. Si Inglaterra tardó 140 años para pasar de la fase que Rostow llama *take-off*, el despegue en el desarrollo económico, hasta la fase actual de consumo de masas, estos lapsos se reducen a 60 años para Australia, Rusia, etc. Esta aceleración del ritmo no afecta solamente al proceso económico, sino que abarca todos los aspectos del cambio.

Sin dudar de la legitimidad de estas hipótesis que efectivamente ocurren en el proceso histórico, aquí se cuestiona la ausencia de una explicación de las *causas* que provocan la aceleración del ritmo del cambio o del “despegue” (*take-off*), porque éste es utilizado, también por los autores desarrollistas, como paradigma para establecer sus tipos y secuencias que supuestamente delimitan y explican, en el plano económico, social y cultural, las diferencias sustanciales entre las sociedades avanzadas y las subdesarrolladas. Sistema de ideas que, de tanto repetirse, se convierten en verdades absolutas que son asumidas pasivamente por los ciudadanos.

Al parecer, el problema radica en el hecho de que la dinámica económica se considera como una consecuencia afectada y no como *causa* del ritmo de aceleración de los cambios. Ello significa, en contraposición a los postulados de la teoría marxista, que la estructura del capitalismo *no* es la causa determinante de las superestructuras de la sociedad, sino que cualquier relación de tipo social (teoría de la interrelación humana), sea objetiva o subjetiva, puede producir el cambio y la modificación de las estructuras parciales o globales. De esta forma, resulta indiferente que su impulso original provenga de la religión, la cultura o la tradición, que de la economía o la estructura de clases. Esto es congruente con la concepción funcionalista de los tres niveles indicados más arriba donde los aspectos subjetivo y psicológico desempeñan un rol determinante.

Queda en pie una interrogante: ¿qué es lo que produce el cambio y la modernización de la sociedad? y, finalmente, ¿cómo se produce la diferenciación entre sociedades desarrolladas y no desarrolladas?

Para responder a estas interrogantes, Germani utiliza la idea de transición que, por cierto, es extremadamente descriptiva, tanto que ni siquiera permite elaborar una hipótesis cercana a un verdadero análisis. En efecto: “lo típico de la transición, la coexistencia de formas sociales que pertenecen a diferentes épocas, imprime un carácter particularmente conflictivo al proceso que es inevitablemente vivido como crisis”. Conflicto que, por lógica, tiende a perpetuarse porque la transición histórica se desarrolla muy lentamente; las diferentes fases del cambio y los diversos intereses sociales de comunidad, clan, casta o clase, no se superan nunca del todo, sino que se subordinan al interés victorioso (por ejemplo, de los caciques, de los terratenientes o de la burguesía) y se van arrastrando a su lado siglo tras siglo. Así sucedió en el periodo poscolonial con las relaciones serviles y esclavistas heredadas de la colonia en la mayor parte de las sociedades latinoamericanas (Halperin, 1972): un poderoso proceso acompañado de sus respectivos cambios en la conciencia, en las actitudes y las costumbres de los hombres y las sociedades y del cual muy bien da cuenta el *Facundo* de Sarmiento (1970) con su dicotomía entre civilización y barbarie.

Adelantando un tema que se expondrá más adelante, no se trata, sin embargo, de una coexistencia de formas

sociales y de modos de producción que pertenecen al pasado y son vividos como crisis —sociedad tradicional *versus* sociedad moderna o feudalismo *versus* capitalismo, por ejemplo— como se desprende de los textos de algunos teóricos marxistas estructuralistas, entre los que destacan Althusser (1974), Cueva (1993) o Poulantzas (1985). Se trata de un proceso histórico-social de transición global internacional dinamizado por las contradicciones del sistema capitalista y por la pugna de intereses irreconciliables que se encuentran —lucha de clases, si se quiere, aunque suene con severidad a los finos oídos de la posmodernidad— bajo específicos sistemas de dominación.

Los cambios de orden subjetivo en las actitudes, en el pensamiento, en una palabra, en todas las formas de la conciencia social y humana, son considerados como cambios propios de lo que Germani llama estructura de la personalidad. Así, aquello que se identifica como desarrollo económico no es otra cosa que este mismo cambio en la estructura de la personalidad y no puede ser de otra forma ya que, para el autor, ese proceso se entiende como el tránsito de una sociedad tradicional a otra desarrollada. Es el modelo dicotómico que marca una diferencia entre el estado inicial y el final o tendencial.

Esa dicotomía postula que la sociedad tradicional está basada en una economía de subsistencia, en tanto que la sociedad industrial funciona en una economía expansiva dinamizada por una creciente aplicación de

las técnicas modernas, del sistema monetario y financiero y por la producción e intercambio de mercancías.

Estos dos modelos de sociedad se describen en función de las modificaciones operadas en tres niveles o principios básicos de la estructura social:

- a)* El tipo de “acción social” que despliegan individuos o colectividades, también denominados “agentes” o “actores”.
- b)* La actitud frente al cambio, que puede ser propositiva o negativa.
- c)* El grado de especialización de las instituciones (burocracias y tecnocracias, elites normativas, partidos políticos y profesionistas).

El primero supone la capacidad de un individuo o colectivo para ejercer influencia sobre otro(s) y modificar su conducta. El segundo, su actitud para promover o enfrentar el cambio social y, el tercero, el proceso de racionalización de la sociedad y del Estado; en una palabra, el tránsito de la sociedad de tipo tradicional a la de tipo racional-legal (modernidad) que corresponde cronológicamente a la sociedad burguesa.

Es importante señalar que la teoría de la acción social es el soporte de la construcción funcionalista de la teoría de la sociedad que considera al individuo aislado como un sujeto productor de un hecho social. Criticada esta teoría por Laurin-Frenette (1985, 2ª ed.), identifica al mismo tiempo tres corrientes teóricas en su interior.

Denomina la primera como *corriente del poder*, que parte de Max Weber y se prolonga en autores como Lenski, Aron y Mills. La segunda corriente, caracterizada como *problemática del estatus*, tiene su origen en Parsons y Shumpeter y continúa con autores como Warner, Barber, Tumin y Wesolowski. Por último, la del *conflicto social* se origina con Darhendorf y continúa en autores como Touraine, Buckley y Galbraith. Lo importante es que para Laurin-Frenette estas tres corrientes tienen en común la teoría de la acción social como la pieza maestra para establecer los criterios que definen cuando una sociedad es o no desarrollada.

En este contexto, los cambios en la sociedad van acompañados de sus respectivas modificaciones; se modifica el tipo de acción social: del predominio de las acciones prescriptivas se pasa a un énfasis en las acciones electivas de tipo racional que suponen la libertad y la voluntad del individuo; de la institucionalización de lo tradicional se pasa a la institucionalización del cambio y la modernidad para afianzar el proceso económico, y de un conjunto relativamente diferenciado de instituciones se transita a una diferenciación y especialización crecientes de las mismas, cuya expresión es el surgimiento del Estado y de la burocracia moderna.

Pero, a pesar de estas verificaciones empíricas de la teoría funcionalista de la modernización, sigue en pie el problema central: ¿cuál es la causa fundamental del crecimiento y del desarrollo y, por ende, de la diferenciación entre los países avanzados y los no desarrolla-

dos? ¿Qué es lo que produce la transición y el cambio social?

Germani —y con él los funcionalistas— sostiene que un cambio en las actitudes de las mujeres y los jóvenes, por ejemplo, además de crear un conflicto con la autoridad patriarcal (delincuencia, drogadicción, expresiones de la moda), puede considerarse como un efecto de la modernización porque pone en tela de juicio al sistema legal de valores vigente.

Los cambios subjetivos que operan en un individuo en cualquier época y que se expresan en diversos planos de su vida social —cultural, religiosa, en el arte o en la conducta—, en una coyuntura histórica determinada como puede ser la colonia o la independencia, entran en conflicto con las estructuras de dominación establecidas y, consecuentemente, con los intereses de los individuos, grupos o clases portadores de la hegemonía (para este concepto véase Gramsci, 1975, Anderson, julio-septiembre de 1977: 5-57 y Cueva, 1984: 31-39). Esto sucedió en el Renacimiento (período que se extiende del siglo XIV al XVI) frente al sistema feudal en decadencia y con la nueva conciencia nacionalista de los grupos criollos frente a la corona española en la época de la independencia de América Latina. Son cambios que, si bien tienen su especificidad interna y estatuto propios, se ubican en una dimensión histórica más amplia: la que deriva de *procesos civilizatorios* complejos en función del desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad y de sus correspondientes superestructuras (Ribeiro, 1975 y 1976).

Ante la ausencia de una explicación dialéctica congruente con el proceso histórico, Germani recurre a la noción de *asincronía*: un fenómeno sociocultural inherente al cambio, que consiste en la incongruencia de las estructuras parciales que expresa la no correspondencia entre la integración funcional normativa institucionalizada y la integración psicosocial. De este modo hay *asincronía geográfica* —de donde surge el subdesarrollo según Germani—, *asincronía institucional*, *asincronía social* y *asincronía motivacional*.

En el análisis dicotómico de la sociedad, la *asincronía* se resuelve en el efecto de demostración que implica la tendencia de los países no desarrollados a alcanzar pautas de consumo y de cultura vigentes en los desarrollados.

No obstante, el *efecto demostración* no anula la coexistencia de formas sociales antagónicas, las refuncionaliza en la forma más desarrollada (el capitalismo) en virtud del *efecto de fusión*: fusión entre actitudes precapitalistas y capitalistas en relación con la actividad económica industrial. Así, por ejemplo, se sintetiza la fusión entre el modo aristocrático de la vida señorial latinoamericana y el modo de consumo propio de la sociedad industrial avanzada (una ilustración de este fenómeno se encuentra en Halperin, 1972).

El análisis dicotómico de la sociedad, en función del efecto de fusión, condujo a la elaboración de la Teoría de la Coexistencia de los Modos de Producción que, al comprobar supuestamente una *dualidad estructural*

desde la óptica del marxismo, abrió el debate en torno al carácter feudal o capitalista de los países latinoamericanos (esta polémica está compilada en Assadourian *et al.*, 1973) que giró alrededor de los conceptos *modo de producción* y *formación económico-social*. En la vertiente ortodoxa del materialismo histórico este fenómeno de *coexistencia* condujo a algunos autores a hablar de coexistencia de modos de producción y a elaborar categorías analíticas para fundamentar el carácter feudal de la región (para una réplica véase Marini, 1973 y Gunder Frank, 1974 y sobre el origen, Mariátegui, 1976).

La concepción del cambio

La teoría de la modernización concibe el cambio social en términos desarrollistas utilizando el *análisis comparativo* (dicotómico) desde un crecimiento y recorrido de actividades que supone la transición de un tipo de funciones adscriptivas, difusas, particularistas y afectivas, correspondientes a la sociedad tradicional, a uno universalista (vendedor-cliente), de desempeño (elección) específico, afectivamente neutral, correspondiente a la sociedad industrial moderna y urbana.

Los términos *sociedad tradicional* y *sociedad industrial* operan como polos opuestos, como dos sociedades que se contraponen y se excluyen mutuamente, y donde ésta tiende a asimilar a aquélla. La debilidad de

dicha concepción radica en que no fundamenta teórica ni metodológicamente el proceso causal y circunstancial en virtud del cual se genera la diferenciación entre países capitalistas desarrollados (industriales) y países dependientes y subdesarrollados (tradicionales).

Para obtener el perfil teórico final de la concepción funcionalista que aquí se critica es necesario analizar cómo se explica la dinámica interna del cambio social. Y para ello Germani se desplaza desde "...la comunidad local a la noción de transferencia de lealtades y al proceso de participación creciente". ¿Qué significa esto?

Que mientras en la sociedad tradicional iletrada (o no histórica) la comunidad local es la base territorial de la nación, en la sociedad industrial esta base está constituida por la nación:

Uno de los rasgos del desarrollo es su carácter expansivo que implica el cambio permanente, el progreso tecnológico, el continuo avanzar de la frontera [...] A medida que el proceso continúa, todas las regiones y grupos marginales van quedando incluidos en la nueva forma de civilización [...], los lazos que ataban a la comunidad local se destruyen: ya sea por obra directa de la industria, o como repercusión de otros cambios en la estructura social.

Esta apreciación germaniana es en extremo importante para comprobar el proceso de formación de la modernidad capitalista y del Estado nacional en América Latina, no sólo "por obra directa de la industria", como asevera Germani (cuya expansión se acusa en las me-

trópolis a partir de la segunda mitad del siglo XIX), sino por la peculiar inserción de aquélla en la economía capitalista mundial y por las condiciones internas, culturales y sociopolíticas que aceleran su integración.

En otras palabras, la formación económico-social latinoamericana, tradicional, patriarcal, atrasada, es un elemento de la constitución de las modernas sociedades capitalistas de Occidente (“el subdesarrollo es producto del desarrollo del capitalismo mundial”).

Una vez puesto en marcha el proceso de modernización no todas las regiones y grupos marginales van quedando incluidos en la “nueva forma de civilización”, como afirma Germani, sino que se van desarticulando y subsumiendo en las nuevas estructuras dominantes del poder económico y político-ideológico que corresponden a la nueva civilización humana (capitalista) que es preservada y reproducida por el Estado.

Consumado este proceso, particularmente durante la primera mitad del siglo XX, se introduce un nuevo elemento relativo a la *estratificación social* para explicar la dinámica interna del cambio social: la participación creciente —mediante la movilidad social ascendente— permite la transferencia de pautas de consumo, de la clase media a sectores cada vez más vastos de la sociedad, a través del consumo de masas (el fordismo periférico en la terminología de Lipietz), el cual es estimulado por las grandes concentraciones demográficas y urbanas.

La desintegración de la pequeña comunidad local que originó, según Germani, una nueva unidad psicológicamente significativa, se dio en los estratos que eran portadores de las nuevas formas de vida, principalmente en la burguesía en ascenso.

Dice Germani: “En Occidente la transición fue acompañada por el surgimiento de un sistema valorativo particularmente adecuado a la sociedad industrial[...]la afirmación del individuo y de su autonomía, la primacía de la razón, el énfasis sobre la libertad y la igualdad”.

Ese sistema valorativo afianzó el triunfo de la sociedad industrial sobre la sociedad tradicional, reafirmó la oposición del campo y la ciudad, el tránsito de la comunidad local a la nación, del sistema político monárquico a la democracia representativa, y erigió a la razón por encima del dogma y de los prejuicios religiosos. La sociedad de masas reemplazó a la economía de subsistencia y afirmó al individuo como el nuevo sujeto político que jurídicamente era igual y libre ante la ley.

Estas antinomias, en el contorno epistemológico de la teoría funcionalista de la modernización, no responden a un proceso histórico que dé cuenta verdaderamente de la concatenación dialéctica de los fenómenos sociales. Por el contrario, dan fe de un conjunto de hechos históricos empírica y formalmente registrables, y cuya *lógica* responde a la acción del individuo aislado y a la manera cómo, supuestamente, se interrelacionan las *partes* de la estructura con la estructura global de la sociedad capitalista.

Se trata, pues, de un cambio concebido como *pro-medio tendencial* que avanza hacia un *todo* empíricamente establecido: el que configura la sociedad occidental capitalista y constituye el modelo ideal prototipo del funcionalismo, el cual autores como Rostow erigen en paradigma civilizacional.

De tal suerte que en la transición y el cambio todas las sociedades no desarrolladas avanzarán, inexorablemente, hacia el paradigma de la plenitud económica, siempre y cuando asuman los símbolos de la modernidad de las sociedades avanzadas: las grandes ciudades, la construcción de ultramodernos edificios inteligentes, el acceso a la educación, a la tecnología (Internet), al automóvil —como acto de prestigio social—, la construcción de supercarreteras y supermercados, así como de modernos medios de comunicación e información.

De esta forma, la teoría de la modernización pretende explicar racionalmente el acontecer histórico de las sociedades latinoamericanas, desde la época colonial hasta la constitución propiamente dicha de sociedades capitalistas estructuradas en naciones-Estado en vías de desarrollo. Pero lo que no toma en cuenta es que mientras no abandonen dicha condición su permanencia como tales será inevitable, y su destino manifiesto estará siempre determinado por el acontecer histórico de las sociedades avanzadas de Occidente.

Por último, la teoría de la modernización crea una ilusión óptica, mediante la información que recaba de la realidad empírica de los países capitalistas occiden-

tales y construye su teoría y método de exposición para aplicarlos a las sociedades subdesarrolladas. Después deriva, lógicamente, la evolución histórica de éstas en función de su trayectoria lineal (acelerada o tardía) para asumir finalmente el perfil de las sociedades occidentales, donde Estados Unidos figura como el paradigma por alcanzar.

Para cerrar este apartado, se destacan tres elementos de crítica a la teoría de la modernización.

En el plano teórico, esta teoría proyecta una construcción ahistórica de la realidad latinoamericana porque es asumida como un simple reflejo del pasado histórico de los países capitalistas desarrollados (el impulso inicial). Por lo tanto, sus categorías y conceptos simplemente se ajustan a las características nativas de nuestros países y se perfilan en función del paradigma occidental representado por el “excepcionalismo norteamericano” (la frase corresponde al título de un libro de Lipset, 2000).

En segundo lugar, el método empírico construye su *objeto* y lo convierte en modelo ideal, y transfigura metafísicamente a la sociedad en una pluralidad de individuos-sujetos que supuestamente son los artífices de la acción social, generadora de instituciones.

El tercer elemento es histórico-social y refiere las características del proceso histórico y el papel que los individuos, grupos y clases sociales desempeñan en él; algo que el funcionalismo no contempla en su marco de análisis.

Por otra parte, la teoría de la modernidad no asume que el régimen capitalista es anárquico y contradictorio porque, como revela la experiencia histórica, tarde o temprano provoca colapsos económicos y políticos en escala mundial, regional, nacional y local que se traducen en depresiones, guerras, catástrofes ecológicas y nucleares.

Las crisis estructurales afectan a largo plazo la reproducción del sistema capitalista y generalmente la reacción de las clases empresariales es contenerla mediante cargas onerosas que recaen sobre la sociedad y los trabajadores, y, en última instancia, utilizando la represión y el exterminio de los opositores (contrainsurgencia y guerra preventiva como dos estrategias eficaces de la dominación del capital).

La socialización de las fuerzas productivas, a lo que contribuye la tecnología, entra en contradicción con las relaciones de propiedad y de apropiación predominantemente privadas y mercantiles. Estos hechos, de manera involuntaria, estimulan las luchas de clases y el cambio —o retroceso— social en múltiples direcciones. Una de estas luchas propone estimular la organización de las clases populares y de los trabajadores hasta llegar a construir instancias políticas que eleven cualitativamente la conciencia de clase así como crear instrumentos de lucha en sindicatos, partidos políticos o vanguardias revolucionarias.

Políticamente, esta organización se traduce en una lucha constante por la conquista del poder político y

la aceleración del cambio social en un entorno preponderantemente agresivo impuesto por las clases dominantes (terratenientes, caciques, burguesías, paramilitares o burócratas).

Económicamente, la acción popular dirige su esfuerzo a lograr un conjunto de demandas tendientes al mejoramiento de sus condiciones materiales de vida y de trabajo, así como a afianzar su participación dentro de la estructura social para garantizar la satisfacción de sus necesidades básicas en materia de salud, educación, recreación, vivienda y alimentación.

Culturalmente, las masas aspiran a alcanzar niveles superiores y universales de educación (primaria, secundaria o de nivel medio) para desarrollar sus potencialidades culturales y espirituales y, de este modo, trascender las múltiples formas de enajenación social e individual que las diversas ideologías de las sociedades burguesas y dependientes generan.

Estas contradicciones del capitalismo dependiente se expresan en la realidad contemporánea de las sociedades latinoamericanas. El hecho de que el objetivo preliminar de la sociología de la modernización (que buscaba el equilibrio y la integración del sistema político como paso previo de la industrialización y de la autonomía del capitalismo) no sólo nunca se cumplió, sino que hoy adquiere un matiz trágico frente a la profundización y redefinición de la dependencia estructural. Ésta se expresa en múltiples fenómenos como el endeudamiento externo y en la imposibilidad para reconvertir las

economías internas de los países latinoamericanos en verdaderos sistemas industriales, modernos, integrados, capaces de contrarrestar la dependencia y el *antidesarrollo* (para este concepto véase De la Peña, 1999).

En tanto economías tradicionales, “el bloque de los países centroamericanos y del Caribe y algunos andinos como Bolivia y Ecuador” se encuentran todavía en la época de transición. Otros como México, Brasil, Chile o Argentina superaron esta etapa compleja durante la segunda parte del siglo xx al convertirse en sociedades urbanizadas y semindustrializadas que, sin embargo, al despuntar el siglo xxi mantienen su condición de atraso, subdesarrollo y dependencia. De esta forma, ni la transición, como asegura el funcionalismo, ni la nueva fase de integración a la economía mundial implicaron al menos una disminución de los riesgos de crisis de legitimidad y estabilidad de los sistemas políticos (las guerrillas en los sesenta y los movimientos sociales y populares en los ochenta y noventa). Tampoco el proceso de modernización aumentó los niveles de vida de la población. Al contrario, los resultados de las políticas capitalistas, aplicadas en América Latina en el último periodo de industrialización sustitutiva de importaciones (1950-1982) y más aún en el periodo neoliberal (1982-2005), profundizaron la dependencia, el atraso y el subdesarrollo (véase PNUD, 2004). Resultados que reflejan una traslación de la problemática estructural-funcionalista (en términos de transición de la sociedad tradicional a la sociedad industrial) a una nueva proble-

mática más compleja y abigarrada, que pone el acento en el concepto *transición* en términos de la contradicción capitalismo-socialismo. Un constante proceso dialéctico del capitalismo latinoamericano, que reproduce diversas fases de atraso tanto en aquellos países que aún permanecen en los marcos permisibles de las sociedades tradicionales, pasando por otros que aunque desarrollaron sus estructuras sociales, políticas y de urbanización, y alcanzaron altos coeficientes de industrialización, se mantienen dentro de férreas estructuras de la dependencia, como es el caso de México, Brasil, Chile, Argentina o Colombia.

Otra línea de la transición —que había comenzado con el triunfo de la Revolución cubana, pero que fue fracturada con el derrumbe de la Unión Soviética y del bloque socialista a finales de la década de los ochenta del siglo pasado— caminaba en dirección de romper con las estructuras de dominación del capitalismo dependiente en Guatemala, El Salvador y Nicaragua. Entre otros factores, el fracaso obedeció a la burocratización de los procesos revolucionarios y a la entrada de las vanguardias en el juego electoral formal, tendido hábilmente por Estados Unidos después de haber impulsado la guerra de baja intensidad, la cual prácticamente duró una década hasta conseguir sus objetivos contrainsurgentes estratégicos.

Un caso inmerso en ese proceso, pero cualitativamente distinto, es el experimentado por los países del Cono Sur (Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay). És-

tos transitaron desde regímenes militares implementados por el capital transnacional y las oligarquías locales hacia nuevos regímenes llamados democráticos, civilistas, basados en democracias representativas burguesas. Aquí, la democracia parece suplir la necesidad de la revolución como fórmula del cambio social. Pero aún es muy temprano para establecer un juicio definitivo, y allí está el caso colombiano para demostrarlo con la vigencia de la guerrilla más antigua en la región, aglutinada en tono a las FARC o el caso más reciente, el de Venezuela, donde la democracia restringida cedió el paso a la legitimación política en las urnas a través de la figura del plebiscito del gobierno de Chávez frente a los intentos desestabilizadores y golpistas de Estados Unidos y de la autoproclamada oposición.

De esta forma, el avance económico y el cambio social en América Latina contemporánea representan cada vez más un proceso político-social que depende tanto de las políticas del capital y del Estado como de la manera de imponerlas e implementarlas en la sociedad a través de la coerción y el consenso (hegemonía en la terminología de Gramsci, véase Cueva, 1984: 31-39) o mediante su combinación. También son definitivas las múltiples formas en que los sujetos (el pueblo, los trabajadores, el campesinado), algunos agrupados en movimientos sociales, se organizan políticamente para influir —y en algunos casos modificar y romper— el curso de la historia, ya sea en los contornos de las estructuras del capitalismo dependiente (ciclo oligárquico,

populista, dictatorial o demo-neoliberal) o en nuevas estructuras de poder (socialismo y democracia).

Sonntag (1989) sintetiza los aportes y diferencias de teóricos de la modernización como Germani y Echavarría cuando escribe:

Gino Germani presentó en 1963 un estudio acerca de esa transición, en el que incluye una contraposición de los tipos ideales de la sociedad “tradicional” y la “industrial” [...] discute los problemas de la transición en una forma bastante más sofisticada que otros estudiosos que se inscriben en tal escuela de pensamiento [...] Igualmente, Medina Echavarría, en el seno mismo de la Cepal, desarrolló planteamientos similares, aún cuando más ricos en diferenciaciones conceptuales y teóricas, probablemente en virtud de su mejor conocimiento no “filtrado” por las interpretaciones parsonianas y estructural-funcionalistas de la sociología europea de la década de los veinte y de la segunda posguerra.

Las teorías que se acaban de analizar se encuadran en modelos ahistóricos y matemáticos y no aprehenden los aspectos cualitativos y sociales del desarrollo histórico del capitalismo en condiciones de dependencia estructural, que es su *especificidad*. Esta tarea la emprenderán otros paradigmas —el cepalismo (Cardoso, 1989: 175-215) y la teoría de la dependencia— como expresiones particulares adaptadas a las problemáticas específicas de América Latina en el concierto internacional.

El desarrollismo cepalino

Derivada de las teorías de factura neoclásica, pero con fuertes ingredientes keynesianos, otra corriente de pensamiento que tendrá una gran influencia en las ciencias sociales es el desarrollismo. Éste se asocia al surgimiento de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), dependiente de la ONU, a finales de la década de los años cuarenta, bajo la figura sobresaliente de uno de sus fundadores: el doctor Raúl Prebich (Rodríguez, 1993, octava edición).

Cabe señalar que en este periodo existen otras expresiones teóricas, tales como el funcionalismo, el marxismo no académico articulado a los partidos comunistas y una serie de expresiones filosóficas enmarcadas en los ensayistas y pensadores, dentro de campos tan diversos como el derecho, la antropología o la psicología. Cada una de estas expresiones venía formulando sus planteamientos desde las décadas anteriores, como se constató en el primer capítulo de este libro.

Dentro de las alternativas teóricas de la década de los cincuenta destacan las tesis de los economistas estructuralistas de ese organismo internacional. Su propuesta central consiste en el “desarrollo hacia adentro” y en la reducción de la dependencia externa. Tesis que se confronta con la teoría tradicional del comercio exterior de factura ricardiana (CEPAL, 1969), la cual sostiene que la división internacional del trabajo especializó

a los países latinoamericanos para producir y abastecer materias primas y alimentos a los países industrializados desde mediados del siglo XIX.

Los postulados de la teoría ricardiana del comercio internacional son los siguientes:

- a) El aumento de la productividad en los centros productores de los países industrializados llegaría a compartirse, con ventajas adicionales, con los países dependientes debido a que el progreso técnico se difunde con mayor vigor y amplitud en la producción de tipo industrial.
- b) La demanda de productos primarios (importaciones) crecería en proporción directa al incremento de los ingresos de los centros industriales, estimulando las exportaciones y los ingresos de los países subdesarrollados.
- c) En la medida en que se reforzara ese modelo *primario-exportador* quedaría garantizada la evolución económica de estos países en forma más equilibrada y similar a la de los centros industrializados.

En respuesta a este esquema simple de división internacional del trabajo cimentado en la especialización productiva para el mercado mundial, la CEPAL diseñó un modelo de “desarrollo hacia adentro”, cuyo eje es la creación de la industria latinoamericana mediante su diversificación en ramas, sectores y áreas productivas.

El Estado debería intervenir y poner en práctica, mediante planificación, políticas agresivas y dinámicas de sustitución de importaciones para estimular los mercados internos a través de la expansión de la demanda de las clases sociales, sobre todo, de las urbanas potencialmente poseedoras de un poder de compra forjado por la industrialización y por la política distributiva del Estado.

Se originó así un nuevo patrón de reproducción capitalista como resultado del proceso de transformación estructural de los sistemas económicos y de una respuesta política frente al creciente deterioro del intercambio comercial con el exterior (intercambio desigual en la versión de la TMD).

Por otro lado, existía una arraigada creencia en la posibilidad de conseguir la autonomía del capitalismo latinoamericano mediante la intervención estatal, la sustitución de importaciones y el fortalecimiento de los mercados internos con ayuda de la tecnología. En auxilio de esta estrategia deberían impulsarse sindicatos fuertes, burguesías vigorosas, salarios reales con poder de compra y articulaciones virtuosas de los sectores productivos con los agrícolas.

Asimismo, la mayoría de los autores entendía la dependencia, en el espíritu de la concepción etapista y lineal de Rostow, como una etapa más en la sucesión lineal para alcanzar la *fase plena* del capitalismo. Esto no fue así.

En efecto, como dice Agustín Cueva (1993: 193):

El añorado desarrollo nacional autónomo no fue, en efecto, más que una quimera. La economía latinoamericana no logró desarrollar un mecanismo autónomo de acumulación, puesto que ésta siguió dependiendo en última instancia de la dinámica del sector primario exportador y de sus avatares en el mercado internacional.

El resultado de la aplicación de políticas desarrollistas, en los sesenta y setenta, no sería tanto la conquista de esa autonomía pregonada por la burguesía y sus intelectuales orgánicos, sino el afianzamiento de la *dependencia* y de los *desequilibrios estructurales* que afloraron durante ese periodo en el conjunto de los países de la región. Al entrar en crisis las tesis autonomistas de la CEPAL entraba también en crisis la concepción teórica y política que ese organismo tenía del sistema capitalista. De hecho, la crisis que se precipita desde mediados de los sesenta y en el curso de los setenta será la antesala para el surgimiento del *neodesarrollismo*.

El neodesarrollismo

Como corriente importante de pensamiento, la teoría de la dependencia tendrá que enfrentar dos enfoques importantes: el *neodesarrollismo* y el *endogenismo* para, finalmente, encarar al neoliberalismo en el curso de los años setenta y en la primera mitad de los ochenta.

Es importante señalar que para Frank (1991: 35) el estructuralismo cepalino, el marxismo de los partidos

comunistas y el neoclasicismo se ponen en un mismo saco ya que “*todos* compartían la visión de que el subdesarrollo era original o tradicional. Todos postulaban que el desarrollo podría tener lugar a través de reformas graduales en sociedades y/o economías actuales, donde el sector moderno se expandiría y eliminaría al sector tradicional”.

Pero más allá de esas características comunes, que también comparte con la teoría de la modernización, el neodesarrollismo surgido a mediados de los años setenta, evolucionó en ese periodo paralelamente al endogenismo, pero con una trayectoria diferente a éste. Un conjunto de autores con inclinaciones socialdemócratas retornan al desarrollismo y al marxismo gracias a autores como Steindl, Kalecki y Hilferding. Sostienen que es posible alcanzar la plenitud del capitalismo, su autonomía, incluso en situaciones de subdesarrollo y dependencia. Ligado a la burguesía industrial, el neodesarrollismo recurre a los expedientes cepalinos del pasado para justificar una nueva ofensiva ideológica.

Los elementos en que basa su estrategia son los siguientes:

- a) La ofensiva reformula el cepalismo como alternativa a la teoría de la dependencia —particularmente contra su vertiente marxista— y en menor medida frente a las nacientes ideas neoliberales.
- b) La burguesía busca afirmar su dominación en el plano nacional y mejorar su posición internacio-

- nal en una suerte de *subimperialismo* en países fuertes como Brasil, Argentina y México, aunque con proyecciones geopolíticas diferentes.
- c) Para el logro del punto *b)*, la burguesía recluta a viejos desarrollistas como Prebich, Furtado, Aníbal Pinto, Aldo Ferrer, María da Conceição Tavares, Francisco de Oliveira y otros autores como Rolando Cordera y Carlos Tello, incluyendo a quienes —como el futuro presidente del Brasil, Fernando Henrique Cardoso— habían militado en las filas de la dependencia dentro de la vertiente reformista y socialdemócrata.
 - d) De la misma manera que el endogenismo, el neodesarrollismo sobresalta las condiciones estatal-nacionalistas del capitalismo latinoamericano en el concierto internacional.
 - e) De lo anterior surge su postulado central: la creencia en la autonomía del capitalismo expresa las aspiraciones más sentidas de la burguesía industrial latinoamericana en el contexto internacional y regional frente a las burguesías transnacionales de los países avanzados. Claro que esta tesis en ningún momento suponía romper o superar la dependencia, como se aprecia más adelante sino, a lo sumo, alcanzar ciertas formas de asociación con el capital internacional para forjar *burguesías dependientes asociadas*.
 - f) Por último, con el fin de lograr la adhesión a su causa, la burguesía levanta la consigna de promo-

ver una mejor distribución de la renta-ingreso a favor de las clases populares.

El endogenismo

El endogenismo necesariamente tiene que analizarse a través de las corrientes marxistas y del materialismo histórico que se desarrollaron en América Latina desde finales del siglo XIX y en la segunda parte del XX, hasta su virtual desaparición en la década de los ochenta y su práctica conversión en partidos políticos socialdemócratas.

Esta corriente también conocida como marxismo ortodoxo (Sonntag, 1989a: 36), en la historia del pensamiento latinoamericano se caracteriza por ponderar los factores internos —lucha de clases, acumulación *primitiva* de capital, Estado y oligarquías— como los fundamentales en cualquier explicación de los fenómenos histórico-sociales; mientras que los factores externos —imperialismo, acumulación y división internacional del trabajo, comercio mundial, entre otros— desempeñan un papel secundario en dicha explicación.

Por ello conviene diferenciar el marxismo ortodoxo del dogmatismo, ya que en la mayor parte de los casos, al mismo tiempo que es causa de confusión, es éste último el que caracterizó las teorizaciones de los partidos comunistas latinoamericanos a lo largo de su historia, y que provocaron una verdadera tergiversación del marxismo y de los planteamientos de sus creadores.

En su *Historia y conciencia de clase*, escrita en 1923, Lukács (1969: 2) aclara que el marxismo ortodoxo:

No significa reconocimiento acrítico de los resultados de la investigación marxiana, ni “fe” en tal o cual tesis, ni interpretación de una escritura “sagrada”. En cuestiones de marxismo la ortodoxia se refiere exclusivamente al *método*. Esa ortodoxia es la convicción científica de que en el marxismo dialéctico se ha descubierto el método de investigación correcto; que ese método no puede continuarse, ampliarse ni profundizarse más que en el sentido de sus fundadores.

A diferencia de la ortodoxia que opera a nivel del método de investigación y de exposición, el dogmatismo (dentro del marxismo, el funcionalismo o el estructuralismo) sustituye mecánicamente y sin mediaciones la realidad empírica e histórica por el cuerpo de ideas, conceptos, postulados e hipótesis que obran en los sistemas de ideación elaborados en altos niveles de abstracción. Ello conduce, como dice Marini (1973:13), a sustituir “el hecho concreto por el concepto abstracto” (dogmatismo) y a remontar cualquier posibilidad de análisis concreto, empírico y objetivo de la realidad. Dicho por los autores de esta corriente, quienes

ponían en un mismo plano el concepto de modo de producción, a partir del cual Marx plantea su estudio, y el de formación social, en tanto que forma histórica de realización de aquel concepto, obligando a la búsqueda de fases de desarrollo que —como, por ejemplo, la manufactura— ni siquiera han llegado a cristalizar plenamente en muchos de los países dependientes (Marini, 1995: 37).

Para Sonntag (1989a: 43), la estrategia del marxismo ortodoxo:

...enfoca primeramente la problemática de la existencia de las relaciones de producción y propiedad feudales y de su superación, básicamente en el campo y la agricultura, para en seguida visualizar la explotación por el imperialismo. En términos concretos, ello significa la necesidad de llegar a una reforma agraria que implique la destrucción del latifundismo y la entrega de las tierras a los campesinos [...] y la urgencia de nacionalizar las empresas de los enclaves del imperialismo. Esto debe ser el resultado de una revolución. Los protagonistas de la misma son los explotados, esto es: una alianza entre los campesinos y obreros, eventualmente con la inclusión de la pequeña burguesía [...] con la presencia de la burguesía local en la alianza.

A partir de aquí la estrategia de los partidos comunistas consiste en realizar la revolución democrático-burguesa, seguida de una lucha contra el imperialismo. Paulatinamente, a través de etapas —concepción lineal y etapista de la historia— se desarrollaría plenamente el capitalismo y se llegaría a realizar la revolución pacífica socialista mediante una lucha antimperialista y democrática.

A la expresión teórica de esta estrategia práctico-política se le denomina endogenismo, y constituye una reacción de la intelectualidad ligada al marxismo histórico y dogmático de los partidos comunistas de orientación soviética y maoísta. Su punto de partida se expresa en los siguientes términos:

...es la acumulación primitiva del capital en esas economías —dependientes— a la que debe seguir, de acuerdo con el esquema de Marx, las fases manufacturera y fabril, en un proceso que se entrelaza y se articula con otros modos de producción que preexisten al capitalismo. El imperialismo constituiría una variable a ser introducida *ex post*, una vez entendida la particularidad de la formación social estudiada (Marini, 1992: 93).

El endogenismo, en particular el de los historiadores, se concentra en el análisis de las condiciones históricas y las contradicciones internas del capitalismo latinoamericano, a las que le confiere el predominio (Semo, 1975; Bartra, 1974; Cardoso, Ciro y Brignoli, 1979). En efecto, en su crítica a la teoría de la dependencia, Agustín Cueva asegura que el método que explica las formaciones particulares a partir de su articulación con la economía mundial, tiene “limitaciones inherentes a ese prurito inveterado de explicar el desarrollo interno de cada formación social a partir de su articulación con otras formaciones sociales, en lugar de seguir el camino inverso” (Cueva, otoño de 1974:74).

Por el contrario, para Cueva el método correcto para la comprensión de la naturaleza de las formaciones sociales latinoamericanas es justamente el opuesto, lo que queda claro cuando se pregunta: “¿No será más bien la índole de nuestras sociedades la que determina en última instancia su vinculación al sistema capitalista mundial?” (Cueva, otoño de 1974: 75).

Otros autores comparten la visión *endógena* de la articulación de los modos de producción. Tal es el caso,

por ejemplo, de Fernando Arauco quien, refiriéndose a las contribuciones positivas de Marini le cuestiona sin embargo que:

...se localizan en el análisis de este ciclo, pero la explicación global de su funcionamiento debe tomar en cuenta adicionalmente —si es que pretende fijar toda su causalidad estructural— la problemática que está siendo tratada bajo la denominación general de articulación de modos de producción (Arauco, 1974: 84).

En la década de los setenta, autores como Bartra (1974) utilizaron conceptos diferentes, como el de *subcapitalismo*, compartiendo al mismo tiempo la teoría de la articulación de los modos de producción, que es una versión althusseriana y balibariana del dualismo estructural en el contexto del materialismo histórico. Aquí es oportuno señalar la diferencia que existe entre dualismo estructural y articulación de modos de producción. Mientras que en el primero las estructuras o polos capitalista y precapitalista están desconectados entre sí, pero articulados a través de la metrópoli, en la segunda se articulan estrechamente (dos modos de producción, *v. gr.*, el feudal y el capitalista) en el seno de una misma formación económico-social, originando así el fenómeno de *coexistencia* de distintos modos de producción (cf. Assadourian *et al.*, 1973. Para las tesis antifeudalistas, el libro de Frank, 1974 y la réplica en Laclau, 1978).

Con base en estas consideraciones teóricas, muchos creen ver en el marxismo histórico la contrapartida ideológica del pensamiento (burgués) de la CEPAL, en la medida en que —se presume— postula los intereses ideológicos de la clase obrera. Así, Bambirra (1978, p. 16) dice: “Sabemos que las tesis de los Partidos Comunistas correspondían al pensamiento hegemónico de la clase obrera y las de la CEPAL al de la burguesía industrial nacional latinoamericana”.

Para otros, es la fuente de inspiración de las ciencias sociales en la región durante el primer decenio y medio después de la Segunda Guerra Mundial (Sonntag: 1989a: 37). Es probable que sea ambas cosas a la vez. Lo cierto es que su influencia se remonta al surgimiento de los partidos socialistas (más tarde comunistas) a principios del siglo xx, tal como el Partido Socialista Obrero de Chile en 1912, fundado por Luis Emilio Recabarren, o el Partido Comunista Mexicano, creado en 1919, y los posteriores partidos comunistas en Brasil (1921), Cuba (1925), Guatemala (1925), El Salvador (1930) y Perú (1930), afiliados a la III Internacional.

Después de la Segunda Guerra Mundial la línea ideológica de los partidos comunistas retorna hacia una férrea ortodoxia que subraya los aspectos más mecanicistas y reaccionarios del marxismo stalinista, enfatizando la escatológica Teoría de las Etapas que plantea una sucesión lineal en la historia de los modos de producción de las sociedades humanas: esclavismo, feudalismo, capitalismo y socialismo, por los que —indefectiblemente—

te— tienen que atravesar. Concepción mecánica y metafísica que, dicho sea de paso, es la responsable total de la falsa identidad interpuesta entre el marxismo y el soviétismo, entre la filosofía marxista viva y creadora de Marx, Engels y Lenin y la visión acartonada y rígida de la burocracia soviética que dominó en la ex URSS hasta 1989.

Los elementos esenciales de este marxismo latinoamericano, en su diagnóstico del atraso y de la estrategia para superarlo, se sintetizan en los incisos siguientes:

- a) Parten de una trayectoria evolucionista y mecánica de sucesión de modos de producción señalados, que necesariamente deberá conducir primero al socialismo y, más tarde, al comunismo, sin que nunca (con excepción de Marx) se haya explicado la diferencia entre ambos.
- b) Los países latinoamericanos se encuentran en transición entre el feudalismo y el capitalismo, por lo que se hace necesario acelerar esta transición para que éste último entre en crisis y provoque su “banarrota”.
- c) Dada la existencia de una estructura económica tridimensional integrada por un sector agrario feudal o semifeudal, un sector capitalista y uno imperialista o transnacional que coexisten en el seno de un modo de producción, es preciso lograr la alianza con el sector más progresista: “burguesía” industrial en ascenso.

- d) Las clases explotadoras son la burguesía imperialista, la burguesía local y los terratenientes u oligarquía, mientras que las clases sociales oprimidas son el campesinado, los obreros proletarios y la pequeña burguesía.
- e) El sistema político opera por la alianza entre el imperialismo y los terratenientes.
- f) En función del punto b), para liquidar el feudalismo se hace necesario impulsar la reforma agraria y promover el cambio en alianza con la burguesía local. Se tiene el caso de la revolución democrático-burguesa por la vía pacífica, cuya máxima expresión fue la experiencia de la Unidad Popular en Chile (1970 y 1973) y sus desastrosos resultados tras la dictadura militar, así como la derrota de todo intento por instaurar el socialismo debido a que, como dice Cueva (1984: 38), “la experiencia chilena fracasó en gran medida por llevar su vocación democrática hasta sus últimas y casi suicidas consecuencias” (para la *vía chilena*, véase Marini, 1976).

Sin menoscabar los méritos que haya desencadenado su acción, la historia del marxismo endogenista de los pcs latinoamericanos es la historia de sus alianzas con la burguesía dependiente, que procesaban como alternativa para aislar al enemigo principal —las clases terratenientes y feudales— y posteriormente transitar al socialismo. Cuestión que nunca ocurrió en América

Latina, como atestigua la historia de las luchas de clases y de las revoluciones que se desplegaron en el curso del siglo xx.

El neogramscianismo de izquierda y de derecha

Esta corriente de pensamiento constituye una particularidad en los procesos políticos e ideológicos que emergieron en América Latina en el curso de la década de los setenta, particularmente con la crisis estructural del patrón de acumulación de capital de industrialización por sustitución de importaciones y el agotamiento definitivo de las fórmulas desarrollistas y neodesarrollistas, así como del funcionalismo sociológico de la modernización, que dará entrada a la emergencia del neoliberalismo.

En ese sentido, el contexto político e ideológico del surgimiento del (neo)gramscianismo es expresión tanto de la ola de dictaduras militares (1973-1985) que sacuden a América Latina, y cuyo ciclo lo inaugura el golpe militar de Brasil en 1964, como el del eurocomunismo (expresión de la crisis de la izquierda en Europa) que tiende a desvirtuar al socialismo realmente existente durante la década de los setenta.

Ambos acontecimientos, particularmente la caída del gobierno de la Unidad Popular y el golpe militar en Chile, acarrearán una nueva reflexión teórica del acon-

tecer latinoamericano en un plano predominantemente político. Y es aquí que Gramsci cae como “anillo al dedo” a una cierta intelectualidad para realizar esta labor.

En términos generales, se advierte que el gramscianismo, al decir de un autor, es la “oportunidad para salir del marxismo sin renunciar al ideal socialista” (Rajchenberg, 1995: 283), fórmula que expresa con bastante claridad la renuncia explícita de un gran número de intelectuales a la teoría marxista (que se reforzará con el neoliberalismo y con la caída del socialismo soviético a finales de la década de los ochenta), para asumir la más variada gama de posiciones ideológicas y políticas, tanto frente al capitalismo como al socialismo.

Ubicado en el estricto plano de la superestructura ideológica, el neogramscianismo —en la gran mayoría de los casos tergiversando los planteamientos originales de Antonio Gramsci— acuñará conceptos tales como Estado, sociedad civil, hegemonía, occidente-oriente, guerra de posiciones, bloque histórico y clases subalternas, entre otros, para trasladarlos —a veces mecánicamente— a la realidad latinoamericana en una presunta explicación de fondo de la fenomenología política.

Sin embargo, más que contribuir a tal propósito durante ese período (décadas de los setenta y la primera mitad de los ochenta), esta corriente de pensamiento nubló aún más los problemas y contradicciones en que se debatían los países latinoamericanos. En efecto, dice Agustín Cueva (junio de 1986: 34):

Dicha corriente sembró una enorme confusión en América Latina, y contribuyó al desarme ideológico de muchos sectores de izquierda, en el momento en que mayor firmeza requeríamos para combatir a un imperialismo cada vez más prepotente y agresivo. Entre otras cosas, nos hacía perder esa conciencia tercermundista con que nos habíamos enriquecido en los sesenta; ahora aun teóricamente se presupone nuestra pertenencia a aquello que Gramsci denominó “Occidente”. No faltó quien vaticinara que a la vuelta del milenio países como México, Brasil y Venezuela ingresarían al club de los desarrollados. En esos sueños andábamos cuando la crisis de 1982 nos deparó el duro despertar que conocimos: muy distintos al redil de los subdesarrollados y ni siquiera con la cabeza erguida.

Por su parte, Marini (1995:39-40) apunta que el neogramscianismo surgió como crítica de las organizaciones e ideologías (de raigambre leninista) que hegemonizaron la “vía chilena al socialismo”, y dicha corriente asumió la tesis central de que la lucha por el poder no presupone la conquista previa del aparato de Estado, sino que constituye un proceso que concluye con esa conquista; lo que conducirá a legitimar el marco de la legalidad como la vía idónea para avanzar, estrictamente mediante el proceso electoral, a la instauración del socialismo.

De hecho, figuran dos perspectivas del neogramscianismo: una, de izquierda, que levantó la polémica del carácter fascista o no fascista de las dictaduras militares y en la que participaron autores como Theotonio Dos Santos, Agustín Cueva y Pío García; y la segunda,

de derecha, que más bien discutió el problema del Estado desde la perspectiva del Estado autoritario, en función de las tesis del contractualista Norberto Bobbio. Autores como Fernando Henrique Cardoso, Guillermo O' Donnell, Juan Carlos Portantiero o Norbert Lechner se encaminaron en esta dirección (para este tema, además del trabajo citado de Marini, véanse Portantiero, 1995: 261-275 y Pereyra, 1995: 277-288).

En la década de los años ochenta el neogramscianismo —de la misma forma que el endogenismo— sufrirán los embates de la crisis económica y los efectos político-ideológicos del surgimiento del proceso formal de democratización del Estado capitalista, concomitantemente con el paulatino declive de las dictaduras; fenómenos que incidirán sobre la entrada en desuso de éstos paradigmas para ceder su lugar a la afirmación de las variadas fórmulas ideológicas del neoliberalismo.

La heterogeneidad estructural

Esta corriente de pensamiento pretende dilucidar la especificidad del capitalismo en los países atrasados y dependientes.

Para Rodríguez (octubre de 1998), es sin duda Raúl Prebisch quien realmente formuló el concepto de heterogeneidad estructural. Dice Rodríguez:

El pensamiento estructuralista latinoamericano le debe a Aníbal Pinto el haber precisado el concepto de heterogenei-

dad estructural y, sobre todo, el haber puesto de manifiesto su importancia para el análisis del subdesarrollo o de la condición periférica. Sin embargo, el concepto de heterogeneidad es anterior a sus trabajos: está planteado ya en la obra fundacional de Prebisch y en el *Estudio Económico de América Latina* de 1949 [...] pero es Aníbal Pinto quien lo precisa y profundiza en dos artículos de la primera mitad de los años sesenta, que se funden más tarde en uno solo.

De acuerdo con Quijano (1989:30), el concepto de heterogeneidad estructural iba dirigido contra el dualismo del funcionalismo antropológico, inmerso en la teoría de la modernización y en las diversas interpretaciones de la vertiente ortodoxa del materialismo histórico que caracterizaron el pensamiento latinoamericano, en términos de una ficticia pugna entre feudalismo y capitalismo, como vimos anteriormente.

Además, hay que señalar que el concepto de *heterogeneidad estructural* tiene dos vertientes. La primera se desprende de visiones renovadas del marxismo mientras que la segunda surge en el seno de corrientes keynesianas y estructuralistas ligadas a la CEPAL.

Desde la perspectiva de un marxismo no ortodoxo y más bien socialdemócrata, a finales de la década de los cincuenta y en el transcurso de los sesenta, Córdova y Michelena (1977) desarrollan en Venezuela el concepto heterogeneidad estructural “para referirse a la coexistencia y compenetración de diferentes modos de producción en una misma formación social, y con una nueva interpretación de la dependencia” (Sonntag, 1989a: 47).

Heterogeneidad y dependencia se conjugan en el universo capitalista de la periferia porque, al decir de Kaplan (1985), la heterogeneidad estructural significa un peldaño más avanzado en el proceso capitalista de economías más integradas, que acusan mayores coeficientes de avance industrial diversificado en el contexto del “desarrollo hacia adentro”, o fase más compleja del proceso histórico de industrialización de la economía latinoamericana.

La segunda vertiente la encabezan Raúl Prebisch y Aníbal Pinto en múltiples trabajos. En términos generales, plantean que la heterogeneidad supone el paso del “desarrollo hacia afuera” (1850-1930) al “desarrollo hacia adentro” (1930-1982), lo que refuerza la *heterogeneidad estructural* en el espacio mismo de las economías modernizadas:

Heterogeneidad histórica, en que conviven unidades económicas representativas de fases separadas por siglos de evolución, desde la agricultura primitiva, a veces precolombina, a la gran planta siderúrgica o de automotores montada a imagen y semejanza de la instalada en una economía abierta” (Pinto, 1985: 43).

A diferencia del dualismo estructural que aísla lo tradicional de lo moderno, la idea esencial de la heterogeneidad radica en la posibilidad de coexistencia de ambas dimensiones en un mismo espacio nacional o regional, aunque la segunda paulatinamente se vaya marginando hasta convertirse en informal. El planteamiento de Pinto es el siguiente:

Por un lado habría que recordar lo que se ha llamado “heterogeneidad estructural” de las economías (y la sociedad) latinoamericanas, esto es, la convivencia a nivel regional y nacional de sistemas o modalidades que corresponden a etapas muy diferentes de desarrollo. Se trata de una realidad más general y compleja que la del “dualismo”, fenómeno que ha merecido muchas reflexiones y que tiene que ver especialmente con la típica estructura de una economía de “enclave”, en la cual sobresalen un “foco” exportador “modernizado” y un *hinterland* relativa o absolutamente separado y ajeno del núcleo dinámico (Pinto, 1985a: 164).

Aquí se advierte una contradicción en el planteamiento de Pinto cuando, al final de la cita anterior, asegura que frente al polo exportador perviven regiones (*hinterland*) aisladas, absolutamente separadas y ajenas al núcleo dinámico. Propuesta que coincide con el dualismo estructural y que sólo va a ser superada en el seno de la teoría marxista de la dependencia, cuando se concata el problema del subdesarrollo en el contexto de la expansión del capitalismo mundial.

Si bien Quijano (1989: 40 y ss.) tiene razón cuando descubre la afinidad del dualismo tanto en la retórica funcionalista de la modernización como en la ortodoxia del materialismo histórico —expresado en la mayor parte de los planteamientos teóricos de los partidos comunistas—, al mismo tiempo manifiesta que la superación histórica y teórica de ambas concepciones no anula la heterogeneidad estructural. Sin embargo, parece que retrocede cuando constata que la formación del capitalismo dependiente y subdesarrollado reduce la hetero-

geneidad estructural, según se infiere del texto, al *polo marginal* y a la *economía informal* que se derivan supuestamente del fuerte proceso de descampesinización que ocurrió en la región latinoamericana en la segunda parte del siglo xx. Es esta la misma posición de Rodríguez en el texto citado (octubre de 1998), cuando prácticamente reduce la heterogeneidad a la dicotomía ocupación-desempleo.

Al parecer, aquí se confunden dos dimensiones problemáticas. Por un lado, la que deriva de la falsedad implícita en las teorías de la modernización respecto a la presunta existencia en el propio seno de una misma formación social de estructuras tradicionales y modernas, autárquicas y desconectadas entre sí. Tesis que, en la perspectiva de los representantes ideológicos de los partidos comunistas, fue compartida bajo la fórmula feudalismo-capitalismo (marxismo dogmático) y tradición-modernidad (funcionalismo-estructuralismo).

Por otro lado, el hecho histórico e incontrovertible de la supremacía del capitalismo —y su afirmación dominante en tanto estructura dependiente, atrasada y subdesarrollada— no implicaba, como se desprende de las tesis de Marini y de otros autores dependentistas como Gunder Frank, que las problemáticas articuladas e implícitas en la heterogeneidad estructural quedaran superadas o bien proscritas de la teoría de la dependencia; la cual, según Quijano, sí incorpora los contenidos de la heterogeneidad estructural (1989:30), pero sin identificar a cuál corriente de la teoría de la dependencia se

refiere: si a la vertiente marxista o a la versión socialdemócrata y reformista de la misma.

Con esta aclaración se puede constatar empíricamente el hecho de que fenómenos como la informalidad, la marginalidad social o la descampesinización (que se extendieron vertiginosamente en las décadas de los setenta y ochenta del siglo pasado en función de la inusitada expansión del sistema capitalista) quedaron estructural y políticamente subordinados a la lógica de reproducción del capitalismo dependiente. El objetivo era atender las condiciones estructurales de dicha expansión y engendrar un ampliado ejército industrial de reserva, producir valor y plusvalía, disminuir los salarios reales, aumentar las tasas de explotación del trabajo (incluso con aplicación de tecnología para elevar la productividad) y profundizar y extender la competencia entre los propios trabajadores.

En la actualidad, aún en la fase más avanzada del sistema capitalista universal —el neoliberalismo y la mundialización— esos fenómenos siguen existiendo, incluso con mayor intensidad y amplitud en las sociedades latinoamericanas sin que el Estado o el capital sean capaces de erradicarlos. Por el contrario, los están refuncionalizando en el nuevo contexto de apertura externa, privatización económica y de las necesidades de reproducción del capital social global.

Pero es evidente que las sociedades contemporáneas no son las mismas que cuando esas teorías de la hetero-

geneidad fueron formuladas. Hoy son más complejas, y desiguales. Al respecto, Quijano asegura que:

...aun si se admitiera que las relaciones de producción agotan la anatomía de la sociedad, sería improbable desprender de ello todo el tejido en que ésta consiste, y en particular los patrones tendenciales de agrupamiento social a las que se denomina “clases sociales”. En América Latina ese problema es mucho más complicado si admite que actúa una heterogénea pluralidad de relaciones de producción.

Eso significa que puede admitirse que el sistema de clases sociales del capital es el principal en la sociedad, pero que estarían presentes otros sistemas y/o fragmentos de ellos que no tienen el mismo carácter. Y en tal caso, es imprescindible indagar las relaciones entre esos sistemas, pues el carácter concreto de cada clase o fragmento de ella no procede, no puede proceder, exclusivamente, de la lógica del respectivo patrón, sino de un complejo y contradictorio entrelazamiento entre todos los patrones y sus respectivas lógicas históricas (Quijano, 1989: 44-45).

Para Quijano, captar la nueva realidad social de América Latina a partir de la reestructuración de sus relaciones sociales y de poder ya no puede ser obra de la teoría de la modernización ni del materialismo histórico (este último, indebidamente, identificado con el marxismo en general), ya que en la experiencia latinoamericana dicho materialismo fue predominantemente arrogado por los representantes ideológicos de los partidos comunistas y por el endogenismo. Según él (pp. 47-48), será la (nueva) investigación dirigida al estudio

de los movimientos sociales la que se convertirá en objeto de estudio y de investigación en la década de los ochenta. Pero en lo que no repara el autor es en la respuesta a la siguiente cuestión: con qué instrumentos teóricos, conceptos, sistema de ideas e ideología va a abordar el estudio de los nuevos movimientos sociales que para él es “modalidad de expresión de esas tendencias de la sociedad profunda en la escena de la sociedad civil latinoamericana” (¿?) (1989: 49). No hay respuesta, sólo sobreposición de un concepto (movimientos sociales) y desplazamiento del marxismo sin argumentos sólidos y convincentes.

Supremacía neoliberal y pensamiento social

El pensamiento crítico latinoamericano y las ciencias sociales afines como la filosofía, la antropología, la sociología, la economía y la ciencia política fueron desarticulados en el curso de las décadas de los ochenta y noventa por la acción corrosiva del neoliberalismo en los centros culturales e intelectuales latinoamericanos: universidades, centros e institutos de difusión e investigación de ciencias sociales y humanidades.

El “pensamiento único” anunció con bombo y platillo el “fin de la historia”, la rehabilitación de las “democracias gobernables” bajo las directrices de Washington, y el “fin de las desigualdades sociales y de las contradicciones del capitalismo”. En este contexto, especial men-

ción merecen los efectos ideológicos y políticos del golpe militar chileno de 1973 en las sociedades latinoamericanas y, en especial, en su intelectualidad, ya que dicho golpe:

pasa a sumarse a la cadena de alzamientos militares iniciados en la región en 1964 con el derrocamiento de Joao Goulart, que constituyó un periodo de interrupción y desarticulación tanto de la actividad política como del desarrollo de las ciencias sociales, especialmente del marxismo. Los equipos de trabajo se desarticularon y los centros de estudio e investigaciones sociales fueron cerrados, provocando un fuerte descalabro en la producción teórica que venía desarrollándose con mucha fuerza en el Cono Sur (Gilbert, 1996: 4).

La desarticulación del pensamiento crítico latinoamericano ocurrió en virtud de una serie de acontecimientos, entre los que destacan los siguientes: crisis estructural del capitalismo, derrota de la revolución nicaragüense, pérdida de eficacia política y desgaste de las dictaduras militares, inicio del proceso de democratización formal del poder político del Estado latinoamericano bajo la égida de las “democracias gobernables” y la tutela de Estados Unidos, la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética, la posguerra fría y la implementación del Consenso de Washington (1989).

La crisis estructural que sacudió a América Latina en la década de los ochenta —durante la famosa “década perdida” que estimuló la entrada del neoliberalismo en la región y el apoderamiento de los aparatos produc-

tivos por las gigantescas empresas transnacionales—enfrentó a las ciencias sociales y al pensamiento crítico con los embates del pensamiento eurocéntrico y norteamericano (bajo sus variadas formulaciones posmodernistas). El objetivo de esta incursión ideológica fue desbancar un pensamiento que explicaba y analizaba críticamente la inserción de América Latina en la economía capitalista mundial: el marxismo. Y la forma que iba a asumir ese desplazamiento teórico era mediante la drástica reducción de esa autonomía cognoscitiva, conceptual, metodológica y analítica que se había mantenido en la producción intelectual y científica de la región. Para ello influyó, entre otros factores, la reorientación de los financiamientos educativos y científicos a los centros de promoción del pensamiento neoliberal (éste se analiza en Sotelo, 2000).

A partir de entonces se desplegó un esfuerzo global y sistemático, a través de los medios de comunicación e información, dirigido a “explicar” el acontecer latinoamericano a partir de marcos teóricos de referencia y métodos provenientes de los centros dominantes (como la teoría poscolonial), en medio de un creciente proceso de debilitamiento del pensamiento crítico de la región. El resultado ha sido, en general, un empobrecimiento del pensamiento latinoamericano y el abandono de la teoría y de los métodos de investigación integrales que, con visiones globales y dialécticas, aseguraban su autonomía intelectual frente a los centros académicos e intelectuales de los países imperialistas. Al respecto basta

constatar cómo actualmente en las escuelas de ciencias sociales y de humanidades de las universidades públicas latinoamericanas se enseña masivamente la teoría neoclásica y el funcionalismo sociológico; se representan restringidamente los fenómenos sociales y humanos en simples modelos matemáticos presuntamente científicos, a-históricos y sin ninguna connotación con la realidad social de nuestros pueblos y países. Así, en medio de concurrentes crisis estructurales, de la extendida pobreza en la sociedad y la precarización del mundo del trabajo, el desempleo y la desigualdad del ingreso, en los programas oficiales de estudio se difunde el equilibrio perfecto de la macroeconomía neoclásica y la modernización de la sociedad a través de inexistentes sistemas orgánicos de integración social. Para ello se asumen pasivamente teorías provenientes de los centros hegemónicos intelectuales como la teoría de los juegos, la marginalidad social, la tercera vía, la globalización, el equilibrio de los mercados, el monetarismo, la austeridad, los sujetos sociales, la teoría del capital humano, el posmodernismo o el posoccidentalismo. Se piensa, por ejemplo, en la devastación masiva del medio ambiente de los países latinoamericanos con ideas importadas —e impuestas— por el Banco Mundial. Además, la bibliografía es las más de las veces en inglés y, preferentemente, de autores europeos y norteamericanos, con ausencia de autores latinoamericanos y mexicanos; en particular de los críticos, quienes son

prácticamente ignorados en las cátedras y en los planes y programas de estudio.

A lo anterior contribuyó una sistemática (contrarrevolución) resurrección de conceptos, lenguajes, categorías, símbolos e ideologías que se han empeñado en sobreponerse a los contenidos críticos de las ideas, conceptos, hipótesis, leyes y métodos imaginarios, resultado de la elaboración epistemológica latinoamericana en el periodo anterior. Conceptos como *democracia* ahora sustituye al de *revolución*; *movimientos y sujetos sociales* sustituyen a los de *clase y lucha de clases*; la *tercera vía*, importada de Europa, viene a sustituir a la necesidad que tienen los pueblos y clases sociales de construir sistemas alternativos de vida, trabajo y existencia de naturaleza radicalmente diferente a la del sistema capitalista en tanto modo de producción; el concepto de *Estado* queda sustituido por el concepto metafísico de *sector público* y el *imperialismo* por el ambiguo de *globalización* o imperio, este último, por ejemplo, en la posmoderna y neoconservadora versión de Negri y Hardt (2002; para una crítica a estos autores véase Borón, 2002 y respecto a una variante a tono con la ideología posmoderna, hoy de moda, que niega la necesidad de luchar por la conquista del poder político del Estado, véase Holloway, 2002).

El neoliberalismo se constituyó, así, en ideología dominante en centros culturales y de investigación, en las universidades públicas y en los espacios estatales. En beneficio del proyecto mundial de expansión capi-

talista, ahora se resucitan y hacen pasar por ultramodernas ideas arcaicas provenientes de la economía política clásica, principalmente, de Adam Smith y David Ricardo, retomadas por el pensamiento post-marxista de autores que van desde William Stanley Jevons y Alfred Marshall hasta otros como Böhm-Bawerk, Friedrich von Hayek —ambos del *Círculo de Viena*—, Milton Friedman y Arnold Harberger —estos últimos asesores de las dictaduras militares y del neoliberalismo en América Latina—, para destacar a los más conocidos. Conceptos cimentados en la idea-fuerza, de enorme falsedad, de que el mercado estaba encaminado a constituirse en el mecanismo propulsor del sistema económico y de la humanidad (para este tema véase Frank, 1977: 61-90).¹

En este escenario ni los propios neoliberales asumen sus dogmas inventados. En efecto, preocupados por la reproducción estratégica del capitalismo, ya no creen en sus mercados, cuestión que comprueba el mega especulador George Soros, quien, para impedir el colapso de los mercados financieros y reconocer que éstos son inestables, no vacila en afirmar sin empacho que “la disciplina de mercado debe complementarse con otra disciplina: mantener la estabilidad en los mercados fi-

¹Para una crítica de estas vertientes de la economía marginalista véase el libro de Bujarin (1974), centrada en las dos principales expresiones burguesas del pensamiento antimarxista: la *escuela histórica* y la *escuela austriaca*.

nancieros debe ser un objetivo explícito de la *política pública*” (Soros, 1999: 20, cursivas mías).

Mientras que Gray (2000: 250), otro liberal, expresa:

En la actualidad, los mercados globales provocan la fractura de las sociedades y el debilitamiento de los Estados [...] La historia confirma que los libres mercados no son capaces de autorregularse; son instituciones inherentemente volátiles, proclives a los despegues y a las caídas especulativas. Durante el periodo en el que el pensamiento de Keynes era el dominante, se reconoció que los libres mercados son instituciones muy imperfectas. Para trabajar bien necesitan no sólo una regulación sino también una gestión activa. Durante el periodo de posguerra, la estabilidad de los libres mercados se mantuvo gracias a los gobiernos nacionales y al régimen de cooperación internacional.

El *corpus* de las ideas evangélicas de la ideología neoliberal, predica que:

...la sociedad representa un conjunto de individuos libres e iguales ante la ley, que actúan movidos por su interés personal, egoísta, subordinados tan sólo al movimiento objetivo de las cosas, el cual se expresa en leyes naturales, como las de oferta y demanda. La investigación de los procesos y regularidades que caracterizan un proceso económico dado, objeto de estudio de la economía política, se convierte así en la exaltación apologética de las leyes ciegas del mercado. El liberalismo, expresión doctrinaria de esa nueva postura, alcanza entonces su plenitud (Marini, 1994, p. 20).

De acuerdo con el neoliberalismo, toda intervención extraeconómica encaminada a regular el sistema económico y social es intolerable para las fuerzas del mercado: la intervención de la sociedad, de los sindicatos, de los partidos políticos y, aun del Estado capitalista son fuerzas que estropean la buena marcha de los negocios. En la lógica neoliberal, en su fantástico mundo subliminal, la única intervención racional es la de los empresarios privados: ellos, más que nadie, son los destinados a garantizar y distribuir los beneficios económicos y sociales de su acción, bajo una implacable lógica capitalista neoliberal que obedece a las políticas de privatización del Estado formalmente impulsadas desde la década de los ochenta por los gobiernos mercantilistas latinoamericanos asesorados por organismos internacionales como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la OCDE.

De hecho, la crisis de la década de los setenta fue vista por las burguesías y los ideólogos de las burocracias políticas como resultado del “aprimonamiento” de las fuerzas del mercado por el Estado. En México, esta visión arcaica neoliberal prevalece en el gobierno empresarial de Vicente Fox y en los principales partidos políticos registrados (PRI, PAN y PRD), para quienes la situación de recesión y crisis que priva en la economía mexicana, así como la falta de crecimiento económico, obedece a la ausencia de reformas estructurales; en lenguaje liso y llano, a la postergación de la privatización de la electricidad y del petróleo, así como de la imposi-

ción del impuesto al valor agregado a medicinas y alimentos básicos para la población (reforma fiscal, en el lenguaje de la tecnocracia neoliberal); finalmente, a la imposibilidad de implementar la reforma laboral (conocida como *Ley Abascal*) que introduce los contratos temporales, flexibiliza las relaciones laborales e introduce masivamente la precarización del mundo del trabajo. Se cree que por no haber echado a andar esas reformas neoliberales se mantiene la crisis (para este último tema, véase Sotelo, 2003a), aunque no se reconozca que donde sí se han implementado, como en el Cono Sur, la situación del mundo del trabajo y de la sociedad se ha agravado fatalmente para la población.

Ante la sacrosanta idea de la supremacía del mercado como motor propulsor del progreso humano y social, no había aparentemente condiciones para una réplica por parte del pensamiento crítico, porque éste se había acostumbrado a caracterizar *fácilmente* la fenomenología latinoamericana. En el fondo, no se tenía conciencia de que la crisis del pensamiento latinoamericano, iniciada en la década de los ochenta, era expresión de la inadecuación de postulados, hipótesis, tesis e ideas que se habían elaborado para explicar los problemas generales y los fenómenos económicos y sociopolíticos en el contexto de las transformaciones del modo capitalista de producción en condiciones de dependencia estructural.

Pero una cosa era esta inadecuación y otra muy distinta que las corrientes y teorías latinoamericanas no

tuvieran ya ninguna fuerza explicativa, y que las herramientas teóricas y los métodos de investigación elaborados por las ciencias sociales carecieran de significado y de funcionalidad para comprender y explicar la naturaleza de nuestros países y sociedades, tanto entre sí como en el concierto internacional.

Otros hechos contribuyeron para generar esta impresión, cuya influencia afianzó la ideología de la globalización y el pensamiento único, que esencialmente postula la ineficacia del marxismo y de sus conceptos analíticos: *a)* la victoria de la derecha y la derrota de la izquierda junto con su pensamiento político, *b)* la crisis de los países capitalistas avanzados, y *c)* el uso de nuevas tecnologías, de las comunicaciones y de la informática bajo el control absoluto del capital (Petras, 2000: 35-36).

En América Latina concurren también para evidenciar la incapacidad explicativa del pensamiento latinoamericano factores como la crisis estructural y financiera de 1982, el efecto de la desmilitarización del Estado, la *ilusión óptica* que causaba en amplios sectores de la población y de la intelectualidad el surgimiento de la democracia y, finalmente, el triunfo de la derecha y del empresariado en la conducción política del poder político del Estado capitalista neoliberal.

En suma, si bien es cierto que el resultado de todo este proceso se tradujo en la constitución de la más perversa visión de la ideología neoliberal en el mundo, no es menos cierto que el pensamiento latinoamericano es

capaz de remontar derrotas, reconstituirse y aprovechar creativamente la crisis de los paradigmas neoliberales (con su “eficacia racional”), retomar y reafirmar su autonomía, marcando al mismo tiempo nuevas pautas de análisis y de búsqueda de alternativas radicales —es decir, de raíz— en el plano cultural, social y humano a partir de la superación cualitativa del modo de producción y de vida capitalistas.

La corriente neoestructuralista

Después de la instauración del neoliberalismo en América Latina, con el beneplácito de las fuerzas vivas de las clases dominantes, muchos autores buscaron diferentes alternativas frente a la crisis en que se debatía la mayor parte de los pueblos y países del continente durante la década de los ochenta y principios de los noventa. Fue entonces cuando cristalizó la idea de que la única salida que quedaba frente al neoliberalismo y sus doctrinas de mercado, pero también frente a la derrota y fracaso del estatismo y el socialismo soviético y de los países del bloque, era justamente el neoestructuralismo, que implicaba, en síntesis, articular las políticas de mercado con el intervencionismo estatal para propiciar una nueva vía de industrialización que —a diferencia del pasado— se sustentara en la proyección hacia el exterior.

La génesis teórica del neoestructuralismo es la siguiente: parte de una revisión de las ideas estructuralistas

vigentes en los años cincuenta; enseguida, las contrasta con el proceso concreto de expansión capitalista que se desplegó en las décadas de 1960 y 1970 (balanceando aciertos y fracasos); continúa con el abordaje de la crisis estructural de la década de los ochenta para culminar con una revisión y reinterpretación de las causas y los problemas derivados de dicha crisis. Por último, en función de lo anterior, se hace referencia al análisis de perspectivas y propuestas —supuestamente— encaminadas a superar la crisis capitalista y descubrir nuevas sendas por donde transitar (Sunkel, 1995: 9 y ss.).

El neoestructuralismo es un paradigma teórico dentro de las ciencias sociales que se puede rastrear, por lo menos, desde mediados de la década de los ochenta, de acuerdo con un texto de French-Davis publicado en 1986, así como de otros autores neoestructuralistas (Fajnzyblber, 1983; para una análisis y crítica a este último véase Sotelo 2004, capítulo 4).

Según French-Davis (1986:116), la perspectiva neoestructuralista está cimentada en tres pilares: el económico, la equidad social y la autonomía nacional —cuestiones que hasta la fecha, en el primer quinquenio del siglo XXI, contando a partir del siglo XIX, todavía no se han cumplido en América Latina, ni se cumplirán en el futuro venidero—. Este autor también plantea que el viejo estructuralismo adoleció de dos insuficiencias; por un lado, ignoró las variables *macroeconómicas* de corto plazo (déficit fiscal, liquidez monetaria, etc.) y, por otro, desdeñó políticas de mediano plazo que con-

ciernen a los objetivos nacionales en materia de desarrollo y planificación (French, 1986: 119).

Debido al retroceso que registró el monetarismo de corte neoliberal este autor apunta:

A nuestro juicio corresponde retomar la tradición estructuralista, incorporándole una preocupación sistemática por el diseño de políticas económicas. Los equilibrios macroeconómicos, la coordinación del corto con el largo plazo, la concertación entre sectores públicos y privados, la construcción de estructuras productivas y de gestión que tengan incorporadas en sí una mayor igualdad, y consideraciones respecto de estrategias y políticas que posibiliten una mayor autonomía nacional, son aspectos que poseen gran relevancia. Es lo que puede denominarse “neoestructuralismo” (French, 1986:119).

Otros autores aseguran que, probablemente, el documento fundacional del neoestructuralismo sea *Transformación productiva con equidad*, ya que fue elaborado por la CEPAL en 1990 para revisar su propia teoría. Al respecto Braite-Poplowski (s/f, documento de Internet: <http://tiss.zdv.uni-tuebingen.de/webroot/sp/barrios/themeA3b-sp.html>) plantea que: “El concepto de Transformación Productiva con Equidad de 1990 nació después de una revisión hecha por CEPAL al viejo Modelo del Estructuralismo; y es visto como la base fundamental del Neoestructuralismo”.

En este documento la CEPAL propone el siguiente objetivo:

...la transformación de las estructuras productivas de la región en un marco de progresiva equidad social. Mediante esta transformación, se pretende crear nuevas fuentes de dinamismo que permitan cumplir algunos de los objetivos propios de una concepción actualizada del desarrollo: crecer, mejorar la distribución del ingreso, consolidar los procesos democratizadores, adquirir mayor autonomía, crear condiciones que detengan el deterioro ambiental y mejorar la calidad de la vida de toda la población.

La reflexión crítica sobre la crisis que sacudió a América Latina en la década de los ochenta (“década perdida”), pone de relieve los errores y omisiones que tuvo la CEPAL a lo largo de la aplicación de sus estrategias y propuestas para superar el subdesarrollo y el atraso, pero sin plantear nunca, ni por asomo, modificar las estructuras del modo de producción capitalista en nuestros países, particularmente en lo que concierne a las relaciones de propiedad y a la reforma agraria.

Esta corriente constituyó una respuesta —aunque más de forma que de contenido— a las políticas salvajes del neoliberalismo, que desde un principio produjeron estancamiento económico, pauperización de la sociedad y pobreza extrema, gestionadas fuertemente con las políticas de ajuste estructural y austeridad que adoptaron casi todos los gobiernos latinoamericanos en la década de los ochenta del siglo pasado.

Según Guillén (2000:211), el neoestructuralismo surgió a finales de la década de los ochenta y principios de los noventa y en él se pueden apreciar dos vertientes:

por un lado, la *inicial*, muy cercana al neoliberalismo, con la diferencia de que impulsó programas heterodoxos de ajuste y estabilización, particularmente en la esfera de los circuitos monetarios y financieros. Surgieron así los llamados planes monetaristas de estabilización como el Plan Cruzado en Brasil y el Austral en Argentina.

Una segunda línea del paradigma neoestructuralista apareció con el fracaso de la vertiente ortodoxa y se caracterizó por un *retorno crítico* al pensamiento original de la CEPAL. Lo mejor de su aporte político cristalizó en la propuesta de realizar una síntesis del enfoque neoliberal y del estructuralista de viejo cuño para “responder a las características y exigencias de la época actual, superando las negativas experiencias de las recién pasadas décadas” (Ramos y Sunkel, 1991, cit. por Guillén, 2000: 212).

En esta línea también se ubica el trabajo de Sunkel y Zuleta (1990:35-53), para quienes el neoestructuralismo —derivado del documento *Transformación productiva con equidad*— es una síntesis del pensamiento estructuralista latinoamericano, aunque renovado y reformulado, y de “la contribución neoestructuralista que ha surgido en la última década” (Sunkel y Zuleta, 1990: 36).

Pero cuando se leen entre líneas los planteamientos de estos autores neoestructuralistas —empobrecidos considerablemente respecto a los de los fundadores del estructuralismo latinoamericano original, como Prebisch, Furtado y Pinto— no deja de sorprender su

enorme semejanza con los del neoliberalismo, además de evidenciar su fuerte cariz tecnocrático en el tratamiento de los problemas del desarrollo en la época de la globalización, desde su propuesta para reactivar las tasas de crecimiento económico de los países latinoamericanos, pero sin decir cómo ni quiénes están llamados a realizar esta tarea. En el siguiente pasaje, que plantea las políticas para recuperar y consolidar el desarrollo latinoamericano y que sintetiza la concepción neoestructuralista, se advierte el carácter metafísico, ingenuo, irreal y mecanicista de sus planteamientos:

...en consonancia con el diagnóstico neoestructuralista inicial, ambas alternativas reúnen proposiciones concretas orientadas a configurar una estructura productiva que permita crecer con dinamismo y asegure una inserción eficiente de nuestros países en la economía mundial, incremente la generación de empleo productivo, reduzca la heterogeneidad estructural y, de este modo, mejore la distribución del ingreso y alivie la situación de extrema pobreza en que vive gran parte de la población latinoamericana (Sunkel y Zuleta, 1990:42).

Obsérvese la *mecánica en círculo vicioso* de éste *razonamiento*: la recuperación y consolidación del desarrollo crean una estructura productiva que crece y asegura una “inserción eficiente” en los mercados internacionales, crea más empleos, reduce la heterogeneidad estructural para mejorar la distribución del ingreso y reduce la pobreza extrema. Pregunta: ¿quién

es aquí, en este razonamiento, el “sujeto activo”? Respuesta: ¡la estructura productiva! Además, en su ensayo, estos autores no indican cómo se va a lograr lo anterior; a lo sumo, tal como en el pasado planteó la CEPAL, son nuevamente el capital (nacional y extranjero), así como el Estado (viejos actores ya conocidos), los únicos sujetos en este proceso. Dentro de esta concepción, el pueblo, los trabajadores y las clases sociales, figuran, a lo sumo, como simples *espectadores de última fila*.

Los neoestructuralistas retoman la vieja idea del “desarrollo hacia adentro” —que en esencia significa *endogeneizar* el capitalismo— y reciclan la ilusión en la autonomía del capitalismo, mientras que lo “nuevo” es impulsar la (nueva) industrialización con ayuda del Estado —ahora reducido a simple “sector público”— pero, a diferencia del pasado, fincada en la especialización del mercado mundial, en la exportación de materias primas, de alimentos, productos manufacturados y de masas crecientes de fuerza de trabajo, prácticamente, en todos los países latinoamericanos.

Respecto a la “raíz principal” de las causas de los problemas económicos y, específicamente, del subdesarrollo, la derivan no de contradicciones profundas de las estructuras capitalistas, sino de lo que ellos denominan “distorsiones estructurales” (Sunkel y Zuleta, 1990: 51).

Transcurre así el discurso neoestructuralista: varía en el lenguaje, pero, en esencia, con los mismos argumen-

tos y planteamientos que se asemejan cada vez más al lenguaje y a los postulados ortodoxos y heterodoxos del neoliberalismo. Cristóbal Kay (1998), un neoestructuralista heterodoxo que pretende armonizar el estructuralismo con la teoría de la dependencia (sin aclarar a cuál de sus corrientes teóricas se refiere), reconoce esta similitud con el neoliberalismo cuando expresa que: “El neoestructuralismo ha adoptado ciertos elementos del neoliberalismo a la vez que conserva algunas de las ideas estructuralistas medulares. Aunque hay autores que han rechazado el neoestructuralismo tildándolo de ser la mera cara humana del neoliberalismo y su segunda fase”.

Los neoestructuralistas defienden, así, una serie de principios neoliberales como crear un *Estado eficaz*, privatizar las empresas productivas *no estratégicas* (¿?), inducir *al capital extranjero a invertir*, *reducir* las funciones empresariales del Estado porque *hoy son menos necesarias y despolitizar la gestión pública*; todo el ideario de las políticas estratégicas que el radicalismo neoliberal ha aplicado sin piedad, sistemáticamente, en las dos décadas últimas a todos los pueblos del Tercer Mundo.

En cuanto a las *similitudes* entre neoliberalismo y neoestructuralismo, Sunkel y Zuleta enuncian lo obvio: “tanto los liberales como los neoestructuralistas coinciden en la necesidad impostergable de efectuar profundas transformaciones en la estructura económica de nuestros países” (Sunkel y Zuleta, 1990: 49); pero sin identificar sujetos concretos, medios y políticas rea-

les, ni mucho menos los obstáculos y dificultades que se encuentren en el camino. Pareciera que toda la *diferencia* entre ambos paradigmas radica en el tamaño y dimensión de la intervención del Estado capitalista: mientras que para el primero debe ser nula, para el segundo debe asegurar una cierta “intervención razonable y eficaz”.

En efecto, después de reconocer que el neoestructuralismo es la “única alternativa factible y creíble ante el neoliberalismo en las actuales circunstancias históricas”, Kay (1998) sostiene que: “...el neoestructuralismo atribuye mayor relevancia a las fuerzas del mercado, la empresa privada y las inversiones extranjeras directas en comparación con el estructuralismo”. Pero alega que el Estado debería gobernar el mercado.

Lo demás son minucias respecto a los caminos que hay que seguir para lograr la plenitud del sistema capitalista, pero dependiente, de nuestros países.

Kay (1998), como los demás autores de esta corriente, es todavía más explícito al reconocer sin tapujos la posibilidad de continuidad del modelo neoliberal, y vislumbra la insólita posibilidad de que éste produzca “mejores condiciones sociales y seguridad para los grupos más vulnerables y débiles de la sociedad”, además de que reduzca las “desigualdades” entre los países pobres y los países ricos.

En estos términos se establecen las diferencias entre neoestructuralismo y neoliberalismo en el pensamiento contemporáneo.

La teoría poscolonial: ¿dependencia o poscolonialismo?

Surgida en Inglaterra a finales de la década de los cincuenta del siglo pasado se desarrolló una línea temática articulada en los temas de literatura, cultura y arte que se divulgó como Estudios Culturales. Sus representantes fueron Raymond Williams, William Hoggart, Eduard P. Thompson y Stuart Hall (Fernández, 2003-2004: 94, Pajuelo, 2001 y Castro-Gómez, 1998).

En sus orígenes, esta escuela de Estudios Culturales mantuvo una actitud crítica en el contexto del pensamiento marxista, lo que redundó en una profunda “...crítica sistemática a la visión reductiva y mecánica de los procesos ideológicos y el descubrimiento de la cultura como una esfera provista de una autonomía relativa” (Fernández: 2003-2004: 94).

Pero a finales de la década de los ochenta, tras la caída de la Unión Soviética y la afirmación del neoliberalismo a través del Consenso de Washington (1989), dicha escuela se trasladó a Estados Unidos; ahí se cercenó su contenido crítico y su visión global, con lo que se reformuló una perspectiva fragmentada y posmoderna acorde con la lógica capitalista y neoliberal, dando origen al llamado multiculturalismo —como ideología del capitalismo global (Fernández, 2003-2004:105)— en las universidades norteamericanas. Más tarde esta teoría se trasladó a América Latina (entre sus inspiradores teóricos figura Rawls, 2001, como expo-

nente de esta teoría. Véase también Martín-Barbero, 2001).

Otros autores sugieren que, desde el ángulo latinoamericano, la teoría poscolonial asumió la forma de “posoccidentalismo, como “continuación y profundización de la crítica poscolonial” (Pajuelo, 2001), y cuyas coordenadas geopolíticas son las siguientes: 1) La *posmodernista* (europea y norteamericana con autores como Lyottard y Baudrillard a la cabeza), 2) El *poscolonialismo* con dos vertientes: *a)* la vertiente *hindú*, representada por Guha, Baba, Spivak y los llamados *estudios subalternos* y *b)* la vertiente *posorientalista*, donde se ubica a Edward W. Said; 3) El *posoccidentalismo*, representado por autores como Mignolo, Coronil, Dussel, Quijano, Lander, entre los más representativos (Mignolo, cit. por Pajuelo, 2001).

Según Coronil (2000:87), desde un principio los estudios poscoloniales omitieron dos cuestiones de suma importancia. Por un lado, ponderaron el estudio del colonialismo europeo en Asia y África y omitieron el europeo, que operó en América, desde España, Francia, Portugal, Holanda e Inglaterra, particularmente en el territorio latinoamericano, que se proyectó más tarde hacia África y Asia. La segunda omisión, esencial, es la relativa a una notable ausencia del imperialismo, como categoría analítica, cuando éste último ha sido —y es— fundamental en los estudios y reflexiones de los pensadores latinoamericanos.

En el momento que un grupo de investigadores de origen latinoamericano, dentro de las universidades norteamericanas, utilizó el multiculturalismo para aplicarlo a los estudios latinoamericanos surgió lo que se conoce como estudios subalternos o *teoría poscolonial*. En América Latina dentro de esta última línea, figuran autores como Walter Mignolo, Ileana Rodríguez, Santiago Castro, Eduardo Mendieta, Fernando Coronil y Alberto Moreiras (Fernández, 2003-2004: 95-96); entre sus precursores se mencionan autores latinoamericanos y caribeños como Fernando Ortiz, Franz Fanon, Aimé Césaire, Edouard Glissant y Fernández Retamar.

Pero es sin duda Edward Said, con su libro *Orientalismo*, escrito en 1978 (2002), el inspirador de la teoría poscolonial —aunque no necesariamente poscolonialista y, mucho menos, de derecha— en autores como los hindúes Spivak y Guha (1988), el sudafricano B. Parry y el árabe A. Aijaz.

Es importante señalar que las fuentes primigenias de la teoría poscolonial corresponden a la genealogía de Michel Foucault, al psicoanálisis de Jacques Lacan, a la teoría deconstructivista y metanarrativa de Jacques Derrida (todos enfrascados en la ideología de la posmodernidad y el antioccidentalismo) y a la filosofía existencialista de Martín Heidegger.

La teoría poscolonial, con eje en los países que pertenecieron a la *Commonwealth* —naciones que mantuvieron una real o simbólica adhesión a la corona de Inglaterra—, divide la historia humana en dos perio-

dos: el que corresponde al colonial y al de la descolonización (1950-1970). En éste último se concentra la reflexión de los autores de esta escuela de pensamiento, ya que de aquí extraen sus principales hipótesis y resultados.

Al respecto Robotham (s/f) plantea que:

...el Movimiento de los Países no Alineados vivía sus años de mayor influencia. Corresponde a lo que Samir Amin ha llamado la Era Bandung, cuando el mundo menos desarrollado estaba dominado por figuras como Nehrú, Nasser; Sukarno y Nkrumah. Es el periodo del auge de la Guerra Fría, cuando el imperialismo se enfrentó al desafío del Socialismo Real y al problema de la “vía no capitalista”, y cuando la transición al socialismo dominaba la vida intelectual y política.

El término descolonización es un término adecuado para definir este periodo por lo siguiente: la etapa de oposición de los años setenta se vio a sí misma capaz de llevar a cabo los asuntos económicos y sociales que habían quedado pendientes debido a la limitación del proceso de independencia a temas puramente políticos o constitucionales. No se vio a sí misma como una superación total del marco heredado de Occidente, sino como la posibilidad de ampliar a la esfera de la vida económica y social aquello que se entendía como los preceptos más críticos del pensamiento occidental, a saber, el marxismo y la revolución. Esto permitiría materializar en el mundo menos desarrollado los frutos de la civilización y la modernidad de Occidente. En otras palabras, durante este periodo, se pretendía acabar con la explotación sufrida a manos de Occidente como medida para incorporarse a la corriente de la modernidad occidental sobre la base de una igualdad social y económica.

Para Samir Amin (1995:16), la Era o Proyecto Bandúng (1955-1975), cuya esencia es la lucha contra todas las formas de colonialismo enarbolada por los países del “tercer mundo”, significa:

...el triunfo de la ideología del “desarrollo”, que se fundó en un conjunto de certidumbres aparentes, propias de cada una de las regiones del mundo, aunque todas estuviesen profundamente aclaradas en las opiniones dominantes: el keynesianismo y el mito del crecimiento controlado e indefinido en el oeste, el mito del alcance mediante el “socialismo” de Estado soviético, el mito del alcance en la interdependencia en el Tercer Mundo.

Para Robotham, si bien el proceso de descolonización logró los objetivos de independencia nacional y de la formación del Estado independiente, redundó en un reforzamiento del occidentalismo y el racionalismo que son propios de la etapa previa al periodo poscolonial (la modernidad). Por ello, los autores de esta corriente rechazan tajantemente cualquier vuelta al occidentalismo-modernismo (“por ser parte de las ideologías dominantes colonialistas”), incluyendo sus vías preferentes: la vía capitalista o el socialismo (*razón instrumental*).

Por eso se considera que el poscolonialismo es, esencialmente, una ideología (más que una disciplina científica) de la vertiente posmoderna, como el mismo Robotham reconoce cuando afirma que:

...el periodo poscolonial ha sido muy diferente del periodo de descolonización. Aquí no se ha puesto énfasis en una antropología que amplíe una racionalidad revolucionaria al mundo menos desarrollado sino más bien en un rechazo total de un proyecto racionalista a la manera ya conocida de Nietzsche [...] si la dependencia, la economía política y la teoría de los sistemas mundiales eran rasgos característicos del anticolonialismo, de la Era Bandúng, el periodo poscolonial estaba definido por las diversas imágenes de marca del posmodernismo.

Y concluye señalando que: “por lo tanto, lo poscolonial es una forma de conciencia bastante más extrema que la descolonización, porque considera que los supuestos racionalistas implícitos en ese proyecto carecen de sentido, son engañosos y restrictivos, en suma, un fraude”.

Por otra parte, esta ideología predica la aplicación de los principios y de las historias particulares de los países que fueron excolonias de Francia y de Inglaterra, argumento que en el caso latinoamericano es sumamente problemático y cuestionable. Se plantea así, por ejemplo, que en la medida en que operaba la descolonización de países como la India o África, en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, se habría producido en América Latina una pérdida de identidad, en un continente donde la independencia política se desplegó durante las primeras décadas del siglo XIX.

Criticando este planteamiento, Fernández argumenta que:

El supuesto común del que parte este discurso —el poscolonialismo— sobre lo nuestro es la hipótesis según la cual, en la segunda mitad del siglo xx, se produce en América Latina, como consecuencia de la globalización y los movimientos migratorios concomitantes, un profundo quiebre en la identidad latinoamericana (Fernández: 2003-2004: 96).

Pero lo que ignora el discurso poscolonial es precisamente que “la conciencia latinoamericana ha sido desde hace más de un siglo un espacio heterogéneo en constante transformación, donde ninguna formulación de la identidad es permanente o aceptada de modo general” (Fernández: 2003-2004: 99).

Esta premisa coloca el discurso poscolonial fuera de foco, ya que el problema de la identidad en países que alcanzaron su independencia política hace casi doscientos años quedó práctica e históricamente resuelto, sobre todo desde la perspectiva de las clases subalternas y explotadas que cultivan sus valores, culturas y tradiciones. Los primeros niveles de importancia asumen así nuevas problemáticas contemporáneas, tales como la amenaza de la desintegración nacional por influjo de la privatización económica, del endeudamiento externo, de la pseudointegración desde arriba que dirigen las élites burocráticas y corporativas enclavadas en la estrategia global del imperialismo, o bien el problema de la creciente y extrema pobreza de la gran mayoría de las poblaciones latinoamericanas.

En contraposición con las ideas posmodernas del poscolonialismo y sus variantes (el posoccidentalismo,

el multiculturalismo y la subalternidad), estos problemas nada tienen que ver con el estado de ánimo en cuanto a si se participa o no en un proyecto occidentalista u orientalista. De acuerdo con Achúgar (1998, cit. por Fernández: 2003-2004:96), supone que:

...la aplicación de categorías originadas en países pertenecientes al Commonwealth implica ignorar la memoria latinoamericana, desconocer sus especificidades culturales y asimilar su experiencia histórica a la propia de países africanos y asiáticos anclados en una memoria escrita o dicha en inglés.

Además: “Los lineamientos poscolonialistas, trasladados desde su origen en excolonias británicas hacia América Latina, operan desconociendo la heterogeneidad del pensamiento latinoamericano” (Fernández, 2003-2004:99).

Heterogeneidad que, desde el punto de vista de la epistemología, permitió la producción de ideas, teorías, conceptos, hipótesis e imaginarios, *desde y para* América Latina, y no necesariamente en un contexto orientalista o eurocéntrico. Lo anterior hace evidente que, aún dentro de la modernidad, el pensamiento latinoamericano fue capaz de forjar un sentido crítico, desde abajo, subalterno (en el sentido de Gramsci), anticapitalista y antimperialista (Mariátegui, 1931); tesis que es abiertamente negada por Mires (1993) bajo un disimulado poscolonialismo posmoderno cuando, después de descartar al proletariado y a la clase obrera como suje-

tos activos de la historia, se empecina inútilmente en encontrar al presuntamente nuevo y pluridimensional actor social en América Latina (Mires, 1993:18 y ss.) o lo encuentra en el metafísico y ambiguo actor marginal o sujeto indeterminado (p. 131), que viene a ser exactamente lo mismo.

Al respecto, un autor comprometido con las teorías neocoloniales como Castro-Gómez (1998) reconoce lo anterior al marcar distancia con algunas premisas de esa teoría cuando exclama:

No quedo muy convencido del modo en que los teóricos poscoloniales relacionan el conocimiento social de los expertos (ciencias humanas y sociales) con la racionalidad de los sistemas abstractos en condiciones de globalización. Pareciera que las representaciones colonialistas sobre “América Latina” fuesen generadas únicamente desde los aparatos teórico-instrumentales de los países colonialistas, lo cual dejaría intocado el problema del modo en que tales representaciones, en virtud de la dinámica misma de la globalización, son producidas también en Latinoamérica. Ciertamente, las teorías poscoloniales tienen razón al mostrar que el conocimiento científico de la modernidad se encuentra directamente vinculado con la expansión del colonialismo; pero incurren, a mi juicio, en el mismo gesto colonialista criticado por Bhabha y Spivak: creer que Latinoamérica ha sido una simple “víctima” del occidentalismo, un elemento enteramente *pasivo* en el proceso de globalización. Esto explica por qué Walter Mignolo, retomando la hermenéutica filosófica de la “América profunda” elaborada por Dussell y Kusch en los setenta, quisiera descubrir en el “pensamiento latino-

americano” un ámbito de exterioridad con respecto a las representaciones coloniales modernas.

No en balde esta heterogeneidad que en realidad existe en el pensamiento latinoamericano —y en la que han insistido sistemáticamente la mayoría de los estudiosos en el último medio siglo— es objeto de ataques por parte del imperialismo ideológico, que trata por todos los medios de ignorarla o minusvalidarla en aras de un proyecto homogeneizador y hegemónico que pretende cristalizar la imposición de economías de mercado en todos los países y poblaciones latinoamericanas para garantizar un absoluto control por parte de las empresas transnacionales norteamericanas; esta integración se llevaría a cabo bajo su mando, a través de instrumentos neopanamericanistas como el Tratado de Libre Comercio (TLC) y el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Como si nada tuviera que ver la *formación histórica* específica de América Latina, el imperialismo ideológico y cultural olvida que:

América Latina constituye una unidad no solamente cultural sino histórica, en el sentido más fuerte del término, puesto que está dotada de una misma tradición, un mismo enemigo común y un similar anhelo de liberación; pero aspiramos a ser lo suficientemente dialécticos como para entender que se trata de una unidad no sólo en la adversidad sino también en la diversidad: cada país tiene, como es obvio, sus peculiaridades y un propio ritmo de desarrollo de sus contradicciones, que a no dudarlo imprimen modalidades específicas y tiempos diferenciados a su lucha de clases (Cueva, 1984: 39).

Independientemente de que en el interior de la corriente poscolonial existan distintas posiciones políticas e ideológicas, en términos generales y de acuerdo con sus postulados esenciales:

...el poscolonialismo se revela como una expresión cultural no ajena a los intereses hegemónicos de Estados Unidos: un panamericanismo renovado, que en nombre de los subalternos busca obliterar nuestro americanismo; una agenda que procura reubicar la autoridad y que plantea, como correlato, la necesidad de revisar el pasado y la memoria colectiva (Fernández, 2003-2004:104).

Por otro lado, los problemas nucleares a los que alude el poscolonialismo ya fueron formulados en el pasado —y en el presente se están reformulando— por la mayor parte de los autores y corrientes latinoamericanistas, aunque naturalmente desde distintas perspectivas teórico-políticas. En el fondo, el discurso posmodernista —en sus vertientes de poscolonialismo, subalternidad o posoccidentalismo— ignora el problema de la dependencia (estructural, comercial, financiera, productiva, tecnológica, ideológica, imperial y cultural) y del subdesarrollo, que necesariamente involucran el universo contradictorio de su inserción protocapitalista en la división internacional del trabajo, que los redefine y profundiza: verdaderos enemigos de batalla para los pueblos y trabajadores de los países explotados y oprimidos del mal llamado Tercer Mundo, que los autores de marras prefieren ignorar porque, ase-

guran, la dependencia es un concepto superado que corresponde a la era de la descolonización premoderna.

En todo caso lo fundamental no es si se está en la lógica de un discurso incomprensible antioccidentalista, antinacionalista o posmoderno (los tres inmersos en las sociedades capitalistas de clase); lo esencial radica en articular la comprensión de la realidad global y contradictoria de América Latina en el contexto de la mundialización del capital, con el objeto de (re)encontrar las vías idóneas que rompan y superen las estructuras de la dependencia histórica que ata a nuestros pueblos a la lógica de acumulación y reproducción del imperia-lismo en tanto sistema mundial. De esta forma nuestros países podrán encontrar y construir las rutas y proyectos económicos, sociales, políticos y culturales para superar y trascender al mismo tiempo el modo de producción capitalista.

En el plano de las ideas, tanto desde el punto de vista de las ciencias sociales como del pensamiento teórico-crítico latinoamericano —en particular, la teoría de la dependencia— es preciso definir la especificidad de las formaciones latinoamericanas en tanto *objeto de estudio* en la dinámica de las condiciones cambiantes de las estructuras del capitalismo mundial. Ese estudio tiene como característica aprehender, sistematizar, diagnosticar y construir hipótesis con relación a las similitudes de los países, así como respecto a sus diferencias. Esto último presupone, necesariamente, la introducción del método comparativo integral. Aquí muy bien se pue-

den indagar —sin sobreponer, ni desplazar— las diferencias históricas, epistemológicas, culturales y políticas entre la descolonización de los países del Tercer Mundo después de la Segunda Guerra Mundial y el proceso de descolonización y formación de los Estados nacionales de América Latina en las primeras décadas del siglo XIX. Ello permite desempañar el falso dilema occidentalismo-orientalismo, al estilo de barbarie y civilización de Samuel Huntington, para trasladar e implantar el debate en el acuciante problema del significado que asume hoy —en el siglo XXI— superar por todos los medios la dependencia histórica y estructural que mantiene a nuestros países sumidos en el subdesarrollo y la miseria, así como enclavados en la estructura del capitalismo y el imperialismo que se reproducen a escala global todos los días.

A pesar de su diversidad (política, cultural, lingüística, poblacional, territorial y antropológica), América Latina posee líneas de continuidad y de ruptura que marcan sus grandes rasgos y desafíos históricos. Por eso, nuestra América es una gran construcción macro-histórica —quizá occidentalista, desde el *locus* del poscolonialismo, pero profundamente antimperialista y revolucionaria—, elaborada por José Martí para contraponerla a ese otro gran proyecto geoimperialista y trasgresor de Estados Unidos, cimentado en el panamericanismo y que hoy tiende a reencarnarse en el ALCA. Quizá una forma metodológica de asumir su estudio sea justamente la de proceder a cruzar esas líneas de

ruptura y continuidad (colonialismo-poscolonialismo) con las similitudes y diferencias existentes en cada país, región y localidad. Este procedimiento metodológico permitiría entender, a la par, las diferencias entre un país como Brasil y regiones como Centroamérica y el Caribe, las similitudes entre los tres y con otros conjuntos de Asia o África, sin necesidad de anteponer una falsa dicotomía entre poscolonialismo, descolonización y posoccidentalismo.

En términos generales, se puede suscribir que el pensamiento posmoderno peca:

de posturas y tendencias que combinan una tremenda pedantería con una completa falta de rigor y seriedad [...] en el llamado “posmodernismo” se observa una sorprendente ignorancia respecto a las normas de la práctica científica y el afán, nada pudoroso, de brincarse olímpicamente las exigencias del pensamiento racional (Valenzuela, 2004:19).

En síntesis, resalta que, en su universo cerrado, abstracto y amnésico, el poscolonialismo representa la negación epistémica de las historias, imaginarios y relatos particulares de los países subdesarrollados anteriores al periodo de la segunda posguerra.

La teoría del sistema mundial y de la dependencia: ¿convergencia o divergencia?

Se ha dejado al último *la teoría del sistema mundial* que es, sin duda, una de las más importantes del pensa-

miento contemporáneo; además, de que es la más cercana a la TMD y al mismo tiempo permite discutir y valorar su pertinencia en el siglo XXI.

Fue Dos Santos quien, bajo el influjo de la tendencia de los fenómenos sociales y humanos a proyectarse global y simultáneamente en varios espacios y tiempos, planteó que la actual configuración de la teoría de la dependencia se expresa en su integración-disolución en la teoría del sistema mundial. Su planteamiento es el siguiente:

Las implicaciones de la teoría de la dependencia están todavía por desarrollarse. Su evolución en dirección a una teoría del sistema mundial, buscando reinterpretar la formación y el desarrollo del capitalismo moderno dentro de esa perspectiva, es un paso adelante en este sentido (Dos Santos 2002:52).

Por la importancia que reviste este planteamiento, vale la pena realizar, aunque de manera breve, un balance de la teoría del sistema mundial y sus relaciones con la teoría de la dependencia porque, considerando las raíces de la primera, arraigadas en la perspectiva sistémica y en las concepciones de la Escuela de los Annales dirigida por Braudel (véase Aguirre, 1997 y para la Escuela de los Annales, del mismo autor, 1999), se advierte que son totalmente diferentes en sus principios y planteamientos epistemológicos, sobre todo, en lo que concierne a la TMD. Al respecto Aguirre (2003: 29) postula que:

...no es posible entender los trabajos de Wallerstein sin esa múltiple herencia braudeliana que, en primer lugar, implica la división de todos los fenómenos abordados del presente o del pasado desde una óptica intensamente histórica, que los resitúa de modo permanente dentro de los varios registros temporales de los acontecimientos, de las coyunturas y de las estructuras de la larga duración histórica, para delimitar su verdadera profundidad y sentido, y así otorgarles su real significación histórica específica...

En segundo lugar, es fácil reconocer la presencia de Braudel, y también de los primeros Annales en general, en el esfuerzo wallersteiniano permanente de resituar, una y otra vez, los problemas investigados dentro de una perspectiva *globalizante* o *totalizante*, que en su caso específico ha derivado en la reubicación de dichos temas dentro del horizonte de la ya aludida *dinámica global planetaria* del sistema-mundo capitalista en su conjunto... y en una línea que en este caso remonta a los trabajos de Marc Bloch junto a los del propio Fernand Braudel.

Una de las diferencias más grandes de la teoría del *world-system analysis* respecto a la TMD es el sobredimensionamiento que la primera le otorga al factor mundial por encima de los factores nacionales y locales hasta quedar estos prácticamente asfixiados en la *lógica mundial*:

Así, lo que este segundo perfil de la visión de Wallerstein sobre capitalismo postula es que para entender cualquier problema histórico o presente de los hombres, acontecido en cualquiera de los momentos que abarca el periodo de los siglos XVI a XXI, lo que hace falta es remitirlo y conectarlo

de manera orgánica con esa dinámica y estructura primero semiplanetaria y luego planetaria del sistema-mundo global. Lo que quiere decir que *más allá* de las dinámicas y los marcos de las “sociedades”, de las “naciones”, de los “Estados” y hasta de las “macroregiones” y las “civilizaciones”, existe también una *dinámica-marco* más universal del sistema-mundo como un todo, que no sólo es real y actuante, sino que influye de manera *determinante* en la irrupción, el curso y desenlace específico de dichos acontecimientos, situaciones y procesos que se despliegan de modo constante en su seno (Aguirre, 2003:42).

Una consecuencia equivocada de esta forma de concebir el sistema mundial consiste en calificar sólo a ese sistema como *capitalista*, y no a los países y a las regiones en tanto tales, considerados aisladamente aunque constituyan parte del sistema mundial. Aquí se retrocede respecto a las concepciones de la economía mundial de autores marxistas como el propio Marx, Lenin o Bujarin, que desde un principio establecieron la articulación dialéctica —que no la suma— de las economías nacionales con la economía capitalista mundial.

Pese a las diferencias, algunas de forma y otras de contenido, entre el *world-system analysis* de Wallerstein y la TMD no quiere decir, obviamente, que no puedan establecerse relaciones de debate e intercambio conceptual y hasta de resultados en el análisis contemporáneo de América Latina, especialmente sobre el papel que juega en el actual sistema capitalista mundial. Al contrario, hay que estimularlas para desarrollar y extender el pensamiento teórico-crítico latinoamericano.

El objetivo que se propone Wallerstein en su monumental obra en tres volúmenes (1998 y 1999) es reconstruir la historia global del capitalismo y de la modernidad desde el siglo XVI hasta la fecha, y crear una teoría correspondiente a ese proceso histórico que culminará en la teoría del sistema-mundo capitalista (Aguirre, 2003:37).

En el primer volumen de su obra, Wallerstein (1999 489-502) esboza su concepción de sistema mundial (*word-system analysis*) como un:

...sistema social, un sistema que posee límites, estructuras, grupos, miembros, reglas de legitimación y coherencia. Su vida resulta de las fuerzas conflictivas que lo mantienen unido por tensión y lo desgarran en la medida en que cada uno de los grupos busca eternamente remodelarlo para su beneficio. Tiene las características de un organismo, en cuanto a que tiene un tiempo de vida durante el cual sus características cambian en algunos aspectos y permanecen estables en otros (Wallerstein, 1999: 489).

La perspectiva del sistema mundial posee una concepción analítica —enmarcada en la historia económica y social, más que en la visión económica o cultural— que pondera los procesos sistémicos por *analogía* a los organismos vivos, de donde se deduce que mientras unas partes del sistema cambian, otras permanecen intactas. De aquí la idea de que hasta la fecha existen economías-mundo, pero no imperios-mundo donde prevalece un solo poder político, nublando de esta manera la verdadera dimensión del imperialismo liderado por Es-

tados Unidos, en el centro del bloque imperialista global actual, que ocupa y domina todos los espacios del sistema capitalista incluyendo a la economía-mundo.

Wallerstein considera que las *economías de subsistencia* y los *sistemas mundiales* son formas del *sistema social*. Por su parte, los sistemas mundiales estarían constituidos básicamente por los *imperios-mundo* y las *economías de subsistencia*. Una tercera forma, imaginaria, del sistema mundial, es el *gobierno mundial socialista*. Lo interesante a destacar es que para este autor, después de la era moderna, cuya duración aproximada es de quinientos años hasta la fecha, sólo ha existido una economía-mundo capitalista que se ha visto imposibilitada para transformarse en imperio-mundo, lo que estaría a punto de suceder con la actual crisis de hegemonía de Estados Unidos.

Por otro lado, la economía-mundo posee tres divisiones: los Estados del centro, las áreas periféricas y, por último, las áreas de la semiperiferia.

En la obra citada de Wallerstein, (1999:144), se lee que en el siglo XVI:

La periferia (Europa Oriental y la América española) utilizaba trabajo forzado (esclavitud y trabajo obligado en cultivos para el mercado). El centro, como veremos, utilizaba cada vez más mano de obra libre. La semiperiferia (antiguas áreas centrales en evolución hacia estructuras periféricas) desarrolló una forma intermedia, la *aparcería*, como una alternativa extendida.

Esta visión pareciera acercar la teoría del sistema mundial a la de la dependencia en lo que concierne a esta división tripartita que supera a la propia teoría de la CEPAL, que trabajó con el bipartito teorema centro-periferia.

De la siguiente proposición se pueden extraer dos resultados: “La arena externa de un siglo se convierte a menudo en la periferia —o semiperiferia— del siguiente. Pero también, por otra parte, los Estados del centro pueden convertirse en semiperiféricos y los semiperiféricos en periféricos” (Wallerstein, 1999, t.1: 493):

- a) En primer lugar, la teoría que sería correcta sostiene que de un siglo a otro la “arena externa” de la economía-mundo, los sistemas mundiales con los que esa economía mantiene relaciones comerciales y de intercambio (Wallerstein, 1999: 426 y ss), puede convertirse en periferia o en semiperiferia de una economía-mundo.
- b) En segundo lugar, se esboza una *teoría de la interdependencia* que resulta problemática: postula que un Estado central —por ejemplo, Estados Unidos, Alemania, Francia o Inglaterra— puede trocarse en semiperiferia en el transcurso de un determinado periodo histórico (uno o dos siglos).

Hasta donde se sabe, ninguno de los países centrales históricos (España, Francia, Inglaterra, Estados Unidos) se ha convertido en periferia o semiperiferia, por lo me-

nos hasta hoy y en la perspectiva de la TMD. Lo que se tiene, eso sí, son diferencias estructurales entre esos países capitalistas tanto a nivel regional como internacional: niveles diferenciados de evolución y posiciones en la jerarquía económica y geopolítica del orden imperialista mundial.

Pero lo que se observa, por lo menos a partir de la posguerra fría, es una unión estratégica del bloque imperialista bajo el comando de Estados Unidos (¿unilateralismo imperial?), que dista mucho de suscitar un panorama donde la diferenciación se resuelva en la creación de periferias o semiperiferias en el interior de ese bloque. Más bien, la modernidad y la globalización económica y el capital financiero, desarrolladas en las dos últimas décadas, han profundizado la división internacional del trabajo y del capital en centros y supercentros, periferias, semiperiferias y microperiferias —tal es el caso de lo que sucede con algunas autonomías políticas, territoriales y culturales como Galicia² o la región vasca en el Estado español— que cada vez más se transforman y desdibujan —como Hong Kong o Taiwán— debido a dichos factores y a la crisis estructural de larga duración que prevalece hoy día en la economía mundial.

Hardt y Negri (2002:307) cuestionan esta concepción del sistema mundial y de la economía-mundo, pero con una visión completamente equivocada de la estruc-

²Específicamente para esta región del Estado español véase la página WEB de la Confederación Intersindical Gallega (<http://www.galizacig.com/index.html>).

tura del capitalismo, cuando dicen que esa división *real* en centros, periferias y semiperiferias es insuficiente para dar:

...cuenta de las divisiones globales ni de la distribución de la producción, ni de la acumulación ni de las formas sociales. Mediante la descentralización de la producción y la consolidación del mercado mundial, las divisiones internacionales de las corrientes de mano de obra y de capital llegaron a fracturarse y multiplicarse hasta tal punto que ya no es posible demarcar amplias zonas geográficas como el centro y la periferia, el Norte y el Sur. En regiones geográficas tales como el cono sur de América Latina o el sudeste asiático, todos los estratos de producción, desde los más altos a los más bajos niveles de tecnología, productividad y acumulación, pueden existir simultáneamente uno junto a otro mientras un complejo mecanismo social mantiene la diferenciación y la interacción entre ellos. También en las metrópolis, el trabajo abarca todo un continuo desde las alturas a las profundidades de la producción capitalista: los talleres donde se explota a los obreros de Nueva York o París pueden rivalizar con los de Hong Kong y Manila. Aun cuando el Primer Mundo y el Tercero, el centro y la periferia, el Norte y el Sur, estuvieran realmente separados por líneas nacionales, hoy existe una *clara influencia recíproca* que distribuye las desigualdades y las barreras según múltiples líneas fracturadas [...] la división de la esfera capitalista en centro, periferia y semiperiferia homogeneiza y eclipsa las diferencias reales que existen entre las naciones y las culturas, pero lo hace con el propósito de destacar cierta tendencia a la unidad en cuanto a las formas políticas, sociales y económicas que surgen en los largos procesos

imperialistas de la supeditación formal (Negri y Hardt 2002: 306-307 cursivas mías).

Según estos autores ya no existen diferencias de naturaleza, sino de grado, entre países imperialistas y subdesarrollados. Lo que entonces anula la dependencia e introduce la interdependencia. Así, expresan que: “La geografía de un desarrollo desigual y las líneas de división y jerarquía ya no estarán determinadas por fronteras nacionales o internacionales estables, sino por límites infra y supranacionales” (2002: 307).

Pero, ¿cómo se mantiene esa “clara influencia recíproca”, la interdependencia?

Los autores responden que indirectamente: es a través de las empresas transnacionales, de los organismos hegemónicos como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional y de las políticas neoliberales que de una forma u otra impulsan a todos los gobiernos dependientes en la actualidad. Evidentemente no en beneficio de la segunda parte del argumento de Hardt y Negri: la que “distribuye las desigualdades y las barreras según múltiples líneas fracturadas”, sino en detrimento concreto de los países de la periferia y semiperiferia del capitalismo que siguen existiendo, independientemente de las tendencias homogeneizadoras del imperialismo a escala mundial, y que son muy reales y perjudiciales.

¿De qué manera el petróleo iraquí —apropiado y saqueado por la fuerza de las armas, la represión política y la ocupación neocolonial del Estado imperialista

norteamericano— se reparte actualmente “por igual” para paliar las desigualdades sociales existentes en el pueblo estadounidense, entre los obreros automotrices de ese país y los multimillonarios especuladores, magnates de las finanzas internacionales? ¿No acaso esa influencia es negativa para las masas iraquíes, que se empobrecen cada día más, y es también de absoluto beneficio para la burguesía norteamericana y sus empresas transnacionales?

Como se desprende del párrafo anterior, los autores ignoran que esas similitudes y diferencias, que apuntan como evidencia de lo insuficiente que resulta la división del mundo capitalista en centros y periferias, originó un cúmulo de discusiones, clasificaciones y tipologías —las más de las veces imprecisas— justamente para delimitar esas diferencias y similitudes histórico-estructurales en el interior de los países dependientes, y entre éstos y los capitalistas del centro. Por lo tanto, no hay novedad en ese planteamiento, sino confusión cuando afirman que en zonas geográficas como el Cono Sur — en Argentina que ha experimentado una de las crisis más violentas y profundas de su historia; en Uruguay, Paraguay y Brasil— ya no existe la dependencia, ni el *estatus* de economías periféricas, por el solo hecho de operar allí enclaves avanzados de tecnología, productividad y acumulación de capital (versión cercana a la teoría neoclásica).

En beneficio de la ambigüedad teórica y política, Hardt y Negri olvidan que esas no son las determina-

ciones de raíz del sistema capitalista, sino las relaciones sociales de producción basadas en la propiedad privada de los medios de producción y de consumo, la integración imperialista de los sistemas productivos y de trabajo, de la circulación, del intercambio y el consumo bajo el dominio del capital extranjero y de las empresas transnacionales; factores que se expresan en América Latina mediante la sistemática transferencia de valor y plusvalía a los centros y el concomitante aumento de la deuda externa, que en la actualidad bordea los 800 mil millones de dólares, así como la superexplotación del trabajo, la exclusión social de grandes contingentes de la población y la precariedad laboral en el universo contradictorio del mundo del trabajo.

Otro punto que se destaca brevemente para evaluar las diferencias y rasgos comunes de la TMD con la teoría del sistema mundial es el relativo a las *ondas* o *ciclos largos* que desempeñan un papel importante en ambas teorías.

La teoría del sistema mundial utiliza los *ciclos braudelianos* relativos a la larga duración que caracteriza a la estructura del sistema-mundo. Destaca, en primer lugar, la tendencia estructural de la *expansión progresiva* y la “*consolidación* del sistema-mundo capitalista por todo lo largo y ancho de los espacios del planeta” (Aguirre 2003: 48). En segundo lugar, se describen los *ciclos hegemónicos* que plantean el problema del auge y caída de los grandes imperios, desde el holandés del siglo XVII, pasando por el inglés del XIX, hasta el actual,

el estadounidense en el siglo XX que, según Wallerstein, hoy está en decadencia. Por último, en tercer lugar, se coloca la teoría del *ciclo Kondratiev*, cuya magnitud supone dos fases: una (A), de ascenso, crecimiento y recuperación, con 25 años de duración aproximada y, otra (B) depresiva, de caída, también de aproximadamente 25 años de duración (Aguirre, 2003: 51-54).

Es en este último punto donde existen similitudes y diferencias. Las primeras, debido a que la TMD utiliza la teoría del ciclo de Kondratiev al igual que la teoría del sistema mundial. Las segundas, sin embargo, contienen dos interpretaciones opuestas respecto a la situación estructural del capitalismo contemporáneo. Mientras que autores como Wallerstein, Amin o Theotonio Dos Santos suponen que nos encontramos ante una ola de ascenso que se habría originado en la época de Clinton,³ otros autores como Sotelo, Chesnais,

³En la óptica de la teoría del sistema mundial y del ciclo Kondratiev, por ejemplo, Martins (2003:271) llega a plantear, sorprendentemente, que en América Latina países como México o Chile (ya) se encuentran en la *fase A* del ciclo ascendente Kondratiev, cuando afirma que: “O Brasil é forte candidato a impulsar os níveis de descapitalização da região, pois México e Chile são países que *já ingressam* na *nova fase A do Kondratiev* e estão em melhor situação relativa na região, e a crise na Argentina talvez já tenha atingido seu ponto mais baixo”. Tesis extremadamente polémica, pues si el autor tomara un período amplio, como el del ciclo neoliberal (1981-2001), constataría sin duda que la tasa promedio de crecimiento en América Latina fue de sólo 2.05%, mientras que el producto por habitante fue negativo (- 0.9%) y sólo creció, en los años noventa, a una tasa de 0.15% (Sotelo, 2004:71-72). Cifras que distan mucho de ofrecer un panorama en el que países como México o Chile, y mucho menos regiones como América Latina, estarían internándose en la paradisíaca fase A del ciclo Kondratiev.

Brenner, Beinsein o Valenzuela Feijóo (que no son necesariamente dependentistas), muestran, por el contrario, una serie de indicadores de la economía capitalista actual dentro de un proceso macrohistórico de crisis, recesiones y depresiones. La primera interpretación conduce a una actitud optimista respecto al ciclo histórico de la evolución del sistema capitalista y de las luchas sociales, mientras que la segunda plantea que esas luchas y el futuro de los trabajadores se tendrán que librar en el seno de un proceso capitalista cada vez más parasitario, recesivo y con fuertes tendencias al estancamiento, la descomposición social y la guerra.

A continuación se ofrece una breve síntesis de lo dicho hasta aquí:

La teoría del sistema mundial proporciona elementos muy valiosos al conocimiento de la economía internacional, incluidos los países latinoamericanos, sobre todo, con la retrospectiva histórica de los ciclos largos —de cien o doscientos años—, así como al conocimiento del capitalismo, cuya división internacional del trabajo reproduce y profundiza la relación dialéctica entre centros, periferias y semiperiferias.

Pero dada su naturaleza epistemológica, esta teoría no puede, de ninguna manera, fundirse con la TMD; más bien, tendrían que establecerse entre ambas, relaciones de intercambio, debate y aportes al conocimiento de la fenomenología contemporánea del capitalismo. La teoría de la dependencia tiene que seguir su propia trayectoria cognoscitiva como una singular corriente de

pensamiento teórico y crítico latinoamericano, la cual tiene muchísimos elementos por aportar.

Conclusión

El examen anterior permite concluir que hay alcances y limitaciones de las principales expresiones paradigmáticas del pensamiento social latinoamericano. En la actualidad las dos corrientes más importantes que prometen superar esas limitaciones son la teoría del sistema mundial y la TMD, aunque ambas marchan con sus propios medios y sus caminos, encontrándose en algunos espacios, pero sin fundirse. Lo deseable es que esos encuentros sean cada vez más duraderos con el fin de proseguir con objetos de estudio y objetivos comunes. En el caso de la teoría de la dependencia, tendrá que perfeccionar sus métodos y conceptos, de tal suerte que pueda levantar hipótesis sugestivas, cuya verificación empírica permita comprender la esencia de todo orden de fenómenos que hoy determinan la realidad latinoamericana.

3

Crisis teórica: neoliberalismo y globalización

Introducción

En este capítulo se exponen sucintamente los efectos que el neoliberalismo y la globalización del modo de producción capitalista y de sus formaciones sociales han provocado en el pensamiento latinoamericano por conducto de sus corrientes teóricas. En particular, se evalúa el sitio que ocupa el concepto de dependencia en cada una de estas corrientes.

Tipologías y realidades de la dependencia

Corrientes tan diversas que se enfrentan en sus enfoques teóricos, metodológicos, políticos y analíticos, como el funcionalismo, el estructuralismo y el marxis-

mo —con sus variantes, tales como la teoría de la modernización, el desarrollismo, los estudios ortodoxos de los partidos comunistas o las críticas al pensamiento latinoamericano por parte del poscolonialismo— caracterizan a la dependencia como concepto, hipótesis o teoría en movimiento que guarda un lugar dentro de esas diversas teorizaciones. Si bien, en algún momento de sus reflexiones, todos hablan de dependencia, lo importante, lo que los distingue, es el papel de predominio o subordinación que el concepto *dependencia* ocupa dentro del aparato teórico-conceptual. Por ejemplo, para la CEPAL —pero también para autores como Cardoso y Faletto y, aun, para los partidos comunistas o los neoestructuralistas— esa categoría es coyuntural en la medida en que se puede superar la condición de dependencia por la acción coordinada de las políticas públicas y la aplicación de tecnología, con ciertos ingredientes de planificación. Para otros (Frank, Marini), la dependencia y el subdesarrollo son categorías estructurales, de alcance histórico, que corresponden al modo de producción capitalista e históricamente sólo se pueden superar con su abolición.

Frank (1991: 67-78) capta esta diferencia de principio cuando escribe con relación a Cardoso: “Desde luego que Cardoso insiste en que existen sólo ‘situaciones de dependencia’ pero no una ‘teoría de la dependencia’ [...] por lo tanto, Cardoso es visualizado como quien hace el mejor análisis concreto de la realidad concreta” (Frank, 1991: 74).

En suma, será en la forma como se utilice la noción de dependencia (en sentido coyuntural o estructural), dentro del análisis concreto de las distintas reflexiones, lo que le conferirá el rango que ocupe dentro de una determinada teoría: categoría esencial, auxiliar o completamente marginal.

Generalmente, cuando se aborda la dependencia (ya sea como *enfoque* o como *teoría*) se tiende a identificar autores y corrientes de acuerdo con los siguientes criterios:

- a) Los que niegan explícitamente la posibilidad de que el capitalismo se desarrolle en la periferia, porque este sistema conduce de manera irremediable al subdesarrollo.
- b) Los que ponderan los obstáculos que enfrenta el capitalismo en la periferia, enfatizando por lo regular la tesis del estancamiento estructural (esta última aparece en el trabajo de Furtado, 1966).¹
- c) Los que aceptan la posibilidad del desarrollo capitalista, pero subrayando la *forma* dependiente que adopta con relación al capitalismo de los cen-

¹El enfoque estructuralista de Furtado le permite inferir una *tendencia* hacia el estancamiento económico de América Latina, debido, entre otros factores, al estrangulamiento del crecimiento que provocan tanto la propensión a la concentración del progreso técnico en las unidades productivas más eficientes y rentables como la aguda concentración del ingreso. Es así como concluye Furtado que: “En el caso más general, la declinación en la eficiencia económica provoca directamente el estancamiento económico” (1987:97). Y más adelante asienta: “En este sentido se puede atribuir al problema del estancamiento económico un carácter estructural” (1987: 100).

tros (Marini y Frank; al respecto véase Carcanholo, 2004).

Gabriel Palma (1987)² critica esta clasificación cuando propone otros criterios en su tipología:

- a) Gunder Frank y la Escuela del CESO en Chile. Aquí figuran Dos Santos, Marini, Caputo y Pizarro, además de otros autores como Hinkelammert, del Centro de Estudios de la Realidad Nacional de la Universidad Católica de Chile. El denominador común de este grupo radica en el intento por elaborar una teoría del subdesarrollo.
- b) Investigadores asociados a la CEPAL como Sunkel y Furtado, quienes se caracterizan por analizar y criticar los obstáculos que se interponen al desarrollo nacional.
- c) Por último, los autores que se concentran en el análisis de las situaciones concretas de dependencia, en las *formas* cómo se desarrollan éstas en tanto “...formas específicas en las que la economía y la política de las naciones periféricas se articulan con las de las naciones desarrolladas” (Palma, 1987:49).

En cambio, Sonntag (1989a:57 y ss) elabora un esquema más simplificado que identifica las raíces del

²Esta obra muestra la influencia del dependentismo latinoamericano en las discusiones europeas.

pensamiento de la dependencia en la obra de Baran (1969), en una línea que continúa con Gunder Frank hasta la configuración propiamente dicha del cepalismo para entroncarse con las tesis desarrollistas de Cardoso y Faletto. Según Sonntag, en el curso de la década de los setenta, el pensamiento dependentista se bifurcó en dos corrientes: el *enfoque* (Cardoso y Faletto) y la *teoría* donde, al lado de Dos Santos y Bamberger, Marini elabora el intento más acabado por estructurar las bases objetivas y científicas de la teoría de la dependencia, como se verá más adelante.

La diferencia entre ambas formas (el *enfoque* y la *teoría*), según Sonntag, es que mientras el primero es un método de aproximación a la realidad, la segunda elabora hipótesis y leyes precisas para explicar la naturaleza del capitalismo dependiente en su especificidad, como si la segunda no tuviera también un método de aproximación a la realidad. ¡Curiosa manera de conceptualizar las diferencias!

Estas clasificaciones contrastan con las arbitrarias e inconsistentes de Castañeda y Hett (1988, 5ª ed.) cuando intentan demostrar la inexistencia de las relaciones de dependencia en los países subdesarrollados y, por lo tanto, invalidar la expresión teórica de esas relaciones: el dependentismo. Para estos autores, que interpretan dogmática y confusamente a Lenin (1961: 689-798), el imperialismo genera una *contradicción universal*: todo es imperialismo; por ser capitalistas, hasta países como Nepal, Ecuador y República Dominicana son imperia-

listas: “Afirmamos desde luego que países como México, Brasil, Irán, Corea del Sur, son países imperialistas en el justo sentido del término. Pero no consideramos haberlo demostrado” (Castañeda y Hett, 1988:190). De este modo, dejan abierta la posibilidad de caracterizar también como imperialistas, a países como Guatemala o Haití en el mismo rango que Estados Unidos, Francia o Inglaterra.

En síntesis, se concluye que no debe existir una rigidez que excluya a la *teoría* de la dependencia de los *estudios concretos de dependencia*. Por el contrario, debe haber flexibilidad y articulación; características que, por cierto, no se encuentran ni en Palma, ni en el esquema simplificado de Sonntag, en el sentido que, si bien ambos autores aceptan la existencia de la *teoría* en cuánto tal, ésta no excluye (sino integra) los niveles abstracto y concreto que los críticos no quieren reconocer.

Globalización y crisis teórica: reproyección de la dependencia

La teoría de la dependencia no escapó a las dificultades teóricas y a las contradicciones estructurales del capitalismo del último tercio del siglo xx. Por el contrario, también fue sobredeterminada por las trayectorias y dificultades que experimentó el pensamiento latinoamericano en la segunda mitad de ese siglo: disgregación, rupturas, cuestionamientos y reformulaciones como, por

cierto, ocurrió con otros paradigmas en el ascenso del neoliberalismo como ideología hegemónica. Este será el marco epistemológico para reproducir aquella lógica implacable que marca los comportamientos del pensamiento social en función del predominio, o no, del pensamiento conservador. En efecto:

...en los periodos de predominio conservador, podemos esperar un pensamiento social muy ideologizado y, por lo mismo, deformador de las realidades y procesos sociales objetivos. Al menos, en lo que se refiere a los fundamentos de la formación social. Al revés, en los periodos históricos en que se agudizan los conflictos y se asiste a un auge de los sectores populares (del proletariado industrial en especial), lo que cabe esperar es el desarrollo de un pensamiento social más crítico, más radical y profundo. También más objetivo y certero. Por lo tanto, el avance del saber en materias sociales no es independiente de los movimientos en la correlación política del discurso que sigue el conflicto social (Valenzuela, 2004:14).

Junto a esta fuerza neoliberal, que además se convirtió en ideología de Estado, la desmilitarización y la naciente democracia formal —como uno de los fenómenos más relevantes que iba a ser ponderado por los ideólogos neoliberales y por el Pentágono, pero también por los intelectuales de izquierda— aparentemente anulaban los objetivos estratégicos que había levantado la TMD, tales como la necesidad de la revolución como vía para superar el subdesarrollo y la dependencia, aunque nunca se aclaró de qué tipo de democracia se trataba (¿no aca-

so ya estaban planteados todos los problemas y, más bien, sólo era una cuestión de tiempo resolverlos?).

Tendría que pasar una década para descubrir que dicha democracia (y su correspondiente ideología) de ninguna manera atentaba contra la naturaleza capitalista y rapaz del régimen neoliberal de economía de mercado. Por el contrario, ambos podrían coexistir sin ningún problema —como corroboraría más tarde el Consenso de Washington y su aprobación acrítica por casi todos los gobiernos neoliberales latinoamericanos— en el contexto que imponía un modelo de acumulación de capital dependiente neoliberal y en su consabido régimen político democrático y representativo, pero esencialmente autoritario.

En toda América Latina se instituyeron este tipo de regímenes a mediados de la década de los ochenta (aprovechando la experiencia autoritaria del pasado) una vez derrotado el movimiento obrero y popular, desarticuladas sus dirigencias y los cuadros de las izquierdas revolucionarias, superados los obstáculos que aún representaban las inercias de las políticas populistas a la libre movilidad del capital, en particular, del capital financiero especulativo y volátil que se implantaría en la región en el curso de esa década (véase Chesnais, 1996).

Muchos autores destacaron las causas del surgimiento de la teoría de la dependencia en la segunda mitad de los años sesenta (Bambirra, 1978); también se ventilaron sendas polémicas en la siguiente década, de las que

no nos vamos a ocupar aquí (véase Camacho, 1979; Cueva, 1974; Cardoso y Serra, 1978; Marini, 1978; Johnson, 1986; Cardoso, 1989 y Castañeda y Hett, 1978, entre otros; para una contracrítica, Sotelo 1994, 1999 y 2001).

Pero si bien se reconoció la importancia de la TMD frente al desarrollismo, al marxismo ortodoxo de los partidos comunistas y otras teorías como la de la modernización, no ocurrió lo mismo con sus diagnósticos de futuro porque comprometían una solución radical que, prácticamente, la otrora intelectualidad de izquierda había descartado.

La mayoría de las críticas señalaba los errores de la TMD y los sobredimensionaba, pasando por alto sus contribuciones tanto al pensamiento teórico y crítico latinoamericano como al movimiento popular. El resultado fue la intención declarada de finiquitar su vigencia, pero sin esgrimir fundamentos convincentes y reales, ocultando sus potencialidades creativas.

Es en este contexto que debe plantearse un análisis profundo sobre la pertinencia de dicha teoría en la actualidad, sobre todo de la vertiente marxista que es la que aquí interesa, debido a que es la única teoría y filosofía con capacidad de renovación y trascendencia (Mészáros, 1999), ya que los otros paradigmas se han integrado al sistema.

Se hace necesario sintetizar y evaluar los errores y limitaciones que marcan los críticos para, a partir de

allí, profundizar en el veredicto final respecto a su importancia actual.

En primer lugar, se considera que la TMD detectó y adelantó temas, fenómenos y problemáticas de la mayor importancia aún vigentes en la actualidad y que, de ninguna manera, han sido superados: el desempleo, la marginalidad social (hoy llamada *informalidad*), el agotamiento de las dictaduras, el surgimiento de la etapa democrática y el advenimiento del neoliberalismo.

Pasando por alto estas circunstancias, los medios de comunicación impusieron la moda: temas como globalización —que solamente por ignorancia de los planteamientos de la TMD se percibió como novedad, sin considerar que fue un aspecto metodológico central en el que insistió todo el tiempo dicha teoría—, democracia, gobernabilidad, geopolítica, competitividad, políticas públicas o movimientos sociales saturaron los programas de estudio y los espacios intelectuales y académicos que ahora son presentados como panacea del conocimiento. Se olvidaron, por ejemplo, de las crisis económicas del capitalismo, de la agricultura y de sus *sujetos*, los campesinos; de la problemática rural e indígena, de los factores objetivos y subjetivos que obstaculizan la transición a verdaderos sistemas sociales alternativos de vida y de trabajo. De un plumazo se borró el mundo del trabajo, sustituido por la volátil sociedad del conocimiento bajo la inspiración de las influyentes tesis de Habermas (para una crítica consultar Antunes y Sotelo, 2003:102-120); las clases socia-

les se esfumaron por soplo divino y en su lugar quedó el voluntarismo de *individuos aislados* y de virtuales *sujetos sociales alternativos* que sólo existen, como caricaturas, en los manuales simplificados de sociología.

En cambio, al amparo de conceptos como modo de producción, división internacional del trabajo, mercado mundial, plusvalía, ganancia, acumulación de capital, monopolio, imperialismo, atraso y subdesarrollo, la teoría de la dependencia ventiló —y ventila— fenómenos y problemas latinoamericanos entrelazados dialécticamente con aquéllos que expresaron históricamente la expansión capitalista mundial desde el siglo xvi. De aquí se descendía a planos concretos de la realidad objetiva para abordar cuestiones específicas como el intercambio desigual, la desacumulación de capital, la superexplotación del trabajo, las transferencias de valor, los problemas de realización y los mercados internos, cuestiones relativas a las estructuras de clase y al poder del Estado en distintas fases históricas.

Una gran diferencia que se puede observar, respecto al periodo de auge de la teoría de la dependencia durante la década de los setenta, es la influencia de los aspectos nacionales, delimitados por la dinámica del Estado-nación, en las características del pensamiento y de los conceptos, así como en el método, de lo cual ahora debe ocuparse la globalidad.

Hoy, por el contrario, cuestiones como el acontecer histórico (con proyecciones globales cada vez mayores), la expansión capitalista, la formación de la nuevas

migraciones nacionales, regionales e internacionales, el creciente peso de las remesas enviadas por los trabajadores latinoamericanos indocumentados en la formación del Producto Interno Bruto de naciones subdesarrolladas como México, El Salvador o Guatemala (Sotelo, 2004); a la par de nuevos fenómenos como la revolución informática y de las telecomunicaciones, así como la automatización flexible y la simultaneidad de los ciclos financieros en todo el mundo bajo el fatídico lastre de la *financiarización de la economía mundial* provocan que el pensamiento crítico y la TMD se expresen globalmente sin disolver la perspectiva nacional, regional y local, como pretende la ideología neoliberal y las vertientes poscolonialista y del sistema mundial al encapsular el mundo en sus jaulas de hierro.

Lo anterior conduce a plantear que diluir la noción de dependencia en la ambigüedad de la globalización (para una crítica de este último concepto véase Saxe-Fernández, 1999 y Vilas, 1999) no resuelve el problema de la relación entre la (moderna) teoría de la dependencia (con sus categorías analíticas de valor, plusvalía, intercambio desigual, superexplotación, ciclo del capital, exportaciones, dialéctica, mercados internos y externos o subimperialismo, que dan cuenta de la realidad contemporánea de nuestros países y sociedades) y los procesos de la realidad social mundial que se producen en *oleadas globales*.

Esta disociación entre dependencia y realidad social ha sido el caldo de cultivo para que el pensamiento bur-

gués y conservador pueda argumentar la integración necesaria del pensamiento social latinoamericano al *establishment* epistemológico dominante en los centros académicos e ideológicos del capitalismo central.

Ciertamente, debe reconocerse que hubo deficiencias y limitaciones en el análisis y diagnóstico que elaboraron las distintas corrientes de pensamiento latinoamericano —y no sólo la TMD— respecto a los problemas que generaba la crisis capitalista en el plano económico, social, político y cultural, y su (relativa) solución en el primer momento de la llamada globalización, particularmente después de la caída de la Unión Soviética y la apertura de China al mercado internacional (Gonçalves, 2002).

Si bien lo anterior obedeció a una serie de circunstancias, identificadas más atrás, las cuales posibilitaron el arribo del neoliberalismo como ideología dominante, compaginando su doctrina basada en principios liberales y evolucionistas con las características del nuevo patrón de acumulación y dominación política que se impondría en América Latina en las dos últimas décadas del siglo XX; no obstante, ello se expresó en la crisis teórica de la TMD, que también sacudió al pensamiento latinoamericano en el curso en la década de los ochenta (Marini, 1993: 55-86) teniendo su contrapartida material en la economía, particularmente durante la devastadora crisis del patrón capitalista de reproducción ocurrida en las décadas de los ochenta y noventa que desmanteló la industrialización y orilló a los países lati-

noamericanos a reinsertarse en la economía mundial en condiciones absolutamente desventajosas, pero integralmente benéficas para los países avanzados.

Por fortuna esa crisis (teórica y de paradigmas) despejó el camino para encontrar nuevos conceptos y categorías sin sustituir los precedentes, sino enriqueciéndolos y dotándolos de nuevos significados. Sólo así las crisis del pensamiento social son saludables: siempre y cuando sirvan para revolucionar el conocimiento de los fenómenos sociales y humanos. Coyuntura que en la actualidad no se está aprovechando, entre otras razones debido a la evidente incapacidad mostrada hasta ahora por parte del pensamiento crítico para sobreponerse a las modas intelectuales impuestas desde el exterior (como el posmodernismo, en todas sus versiones).

En este sentido, la evolución del pensamiento crítico latinoamericano tiene dos momentos importantes: el primero abarca desde el término de la Segunda Guerra Mundial hasta finales de los años setenta; en este periodo se abre paso el proceso de industrialización, modernización y urbanización, en tanto las corrientes estructuralista y marxista fortalecen sus hipótesis en cuanto a la intervención del Estado. En particular, la corriente marxista postula elementos concretos para un cambio social radical que trascienda el modo de producción capitalista; por su parte, la estructuralista también lo indica pero sobre todo referido a la integración social y política en el marco del Estado-nación capitalista.

El segundo momento se abre en torno a la crisis estructural y financiera del capitalismo latinoamericano de 1982, cuando comienzan a operar importantes cambios cualitativos en el pensamiento social, el cual no siempre encuentra los conceptos y métodos adecuados para ponerse a la altura de la explicación que reclama la nueva época en que nos encontramos. Con todo, la inadecuación teórica —ya sea por falta de conceptos, por insuficiencia de investigación y de información adecuada o bien por la ausencia de hipótesis respecto al objeto de estudio— tendría que resolverse mediante el esfuerzo que todo investigador, colectivo, clase social o grupo debe hacer para generar instrumentos conceptuales, metodológicos y analíticos del conocimiento con el fin de descubrir las tendencias y las posibilidades de transformación de las sociedades humanas.

Germaná (2001) dice con relación a la sociología que:

...existen indicaciones precisas de que estamos viviendo un extendido proceso de reestructuración del conjunto de la vida social, tanto en sus aspectos materiales como en sus aspectos intersubjetivos, incluyendo las formas del conocimiento, como la Sociología. Nuestra disciplina está atravesada por una profunda crisis en la medida en que las teorías, los conceptos y los fundamentos epistemológicos con los que fue construida y que continúan actuando prácticamente en la investigación sociológica dominante, no pueden ofrecernos en la actualidad una imagen adecuada de una sociedad profundamente renovada en sus aspectos fundamentales. El tipo de problemas planteados y las formas de organizar las respuestas a esas cuestiones no permite elaborar una imagen

global o coherente de la sociedad que dé cuenta de los modos de organización y de las tendencias de cambio de la sociedad contemporánea. En consecuencia la Sociología ha sido afectada en su núcleo básico: su capacidad para comprender y/o explicar la sociedad. Esta angustiosa comprobación ha planteado la perentoria exigencia de reconstruir los supuestos epistemológicos y organizativos de nuestra disciplina (para la sociología en el Perú y, en particular, en la Universidad de San Marcos, véase Ríos, 2001).

Esta cita merece dos comentarios. En primer lugar, sería correcto el juicio que Germaná hace de la sociología siempre y cuando definiera en qué consiste esa renovación profunda de la sociedad que, por cierto, no se refleja del todo en teorías, conceptos y fundamentos epistemológicos. Esta es una cuestión esencial y estratégica que hasta ahora no está resuelta por las ciencias sociales. ¿En qué consiste esa transformación? ¿Es tan profunda como para considerar a las sociedades contemporáneas diametralmente diferentes, tanto en su esencia como en su forma, a las que existieron hace sólo treinta o cuarenta años?

En segundo lugar, el autor utiliza correctamente la palabra *reconstruir* para significar un proceso de recuperación-superación del pensamiento latinoamericano con el objeto de redimensionar, en una escala superior, el desarrollo ascensional del conocimiento dialéctico de la realidad social. No obstante, para reconstruir hay que identificar antes lo que es objeto de reconstrucción, y aquí radica justamente el problema.

Lo anterior hace evidente la crisis teórica del pensamiento latinoamericano —y, por extensión, de la teoría de la dependencia— estimulada por los espectaculares efectos de los acontecimientos sucedidos en Europa del Este, que desmoronaron el bloque socialista a finales de la década de los ochenta con el triunfo absoluto de la ideología neoliberal en la región y en vastas zonas del mundo. Dicha ideología —aprovechando el río revuelto— ha pretendido anular quinientos años de historia latinoamericana, puesto que una de sus misiones ha sido la de predicar que a partir de su triunfo todo es novedad, que lo anterior no existe y que el mundo y la historia tienen que ser reinventados bajo la fría mirada del occidentalismo. Ignorando, de este modo, que lo nuevo no es otra cosa que movimiento histórico dialéctico que transforma continua y contradictoriamente a la sociedad. Por tanto, lo que hoy aparece como eterno, el día de mañana es sólo un punto efímero y una transición de la historia.

Pero además de estas dificultades, las relativas a la epistemología no se resuelven por decreto burocráticamente, por ejemplo, con “reingeniería teórica” (*comenzar de nuevo*); como el caso de los empresarios norteamericanos, cuando la utilizan para reestructurar sus empresas y factorías que, las más de las veces, dejan sin empleo a sus trabajadores.

Estas dificultades se superan rearticulando las líneas maestras del pensamiento social y de las ciencias sociales allí donde sus razonamientos se quedaron durante la

década de los ochenta, para proyectarlas creativamente en el conocimiento de la esencia y la forma de los fenómenos sociales y humanos que se comienza a fraguar al inicio del siglo XXI.

Ligada a lo anterior se encuentra la idea de Marini (1993: 84) cuando se refiere a la necesidad de recuperar el pensamiento crítico latinoamericano para ahondar en el conocimiento de la realidad:

...es necesario retomar el hilo del pensamiento crítico de la izquierda allí donde alcanzó su punto más alto. Se impone, de hecho, empeñarse en la construcción de una teoría marxista de la dependencia, recuperando su primera floración de los años veinte y la que se registró a partir de los sesenta [...] Retomar el hilo de la teoría de la dependencia significa reencontrar lo mejor del pensamiento de izquierda, sin que esto suponga de alguna manera que ella aporte respuesta suficiente a la problemática actual.

En el mismo sentido se expresan Petras y Veltmeyer (2003:95) afirmando que “para entrar en una discusión sobre el capitalismo y el imperialismo en América Latina, el primer paso es descartar el lenguaje eufemístico, impreciso y velado, el discurso que se ha puesto de moda, y regresar a las categorías más precisas y rigurosas del análisis marxista”.

Así, las ciencias sociales latinoamericanas contemporáneas —que de alguna manera fueron perdiendo fuerza cognoscitiva frente a los centros académicos e intelectuales dominantes por la sencilla razón de que

éstos impusieron sus razonamientos y puntos de vista— deben partir de una recuperación crítica de la relación pensamiento social-realidad y social-proceso histórico y, en segundo lugar, afirmar *su* autonomía intelectual y cognoscitiva, única manera de recuperar *lo nuestro* frente a las múltiples formas de la ideología dominante.

Ciertamente que el mundo ha cambiado y también las sociedades, pero ello no imposibilita el esfuerzo para evaluar los aspectos positivos que la investigación latinoamericana realizó en aras de trazar *alternativas* para América Latina: el cepalismo, estimulando la industrialización y la intervención del Estado; el marxismo ortodoxo, buscando solución a través de reformas paulatinas y alianzas antif feudales y antimperialistas con la burguesía; el neoestructuralismo, retomando críticamente los cánones originales del pensamiento estructuralista de la CEPAL y, por último, la teoría de la dependencia, denunciando la imposibilidad de alcanzar la plenitud y autonomía del capitalismo sin romper con la dependencia, planteando una alternativa socialista y democrática simultánea de superación del capitalismo y del sistema imperialista, hoy más poderosos que nunca.

Conclusión

El proceso de globalización del capital opacó el horizonte de las teorías latinoamericanas desde la década

de los ochenta en beneficio del pensamiento único. Pero también incidió en este resultado un conjunto de fenómenos: la crisis estructural y civilizatoria del sistema capitalista mundial, la transnacionalización tecnológica y productiva de las corporaciones multinacionales, la unipolaridad que caracteriza hoy las relaciones internacionales, el surgimiento de nuevas potencias mundiales como China, la Unión Europea y Japón, el baluarte de la lucha contra el terrorismo como justificación de la guerra preventiva declarada unilateralmente por el imperialismo norteamericano para invadir y ocupar territorios y naciones con el objeto de apoderarse de sus recursos naturales, el surgimiento de grandes movimientos mundiales denominados *altermundistas* así como la redefinición y redistribución de continentes y territorios en Asia, África y América Latina a causa de la dinámica regionalista, integracionista y fraccionalista que acarrea proyectos dominantes tipo TLC o ALCA bajo el dominio absoluto de Estados Unidos.

Estos fenómenos, extremadamente complejos, impactaron y opacaron en profundidad las mejores reflexiones teóricas, especialmente las principales corrientes del pensamiento latinoamericano en la segunda mitad del siglo xx. Pero a la vez, y de manera contradictoria crearon pautas para levantarse y asumir críticamente esas limitaciones con el objeto de regenerar la discusión con la idea de encontrar alternativas frente a un orden mundial que se hace pedazos y que arrastra con él a la humanidad.

En definitiva, la TMD tiene mucho que aportar, sobre todo cuando coloca nuevamente su tesis central en estas inmediaciones truculentas: sustituir el subdesarrollo y la dependencia implica derrotar al capitalismo en su forma global (el imperialismo), sin que a largo plazo se vislumbren soluciones intermedias. Éste es el desafío que sencillamente a muchos no convence, pero que tampoco están dispuestos a encarar.

4

Surgimiento y estructura de la TMD

Introducción

En este capítulo se expone el surgimiento y la estructura de la teoría de la dependencia con el fin de ubicar el lugar que ocupa en el pensamiento latinoamericano. Además de valorar su potencial explicativo, se resalta la idea de que dicha teoría no está acabada, como llegaron a divulgar sus detractores y los medios de comunicación, sino que está sujeta a un proceso de construcción que implica relacionar constantemente el método de investigación con el de exposición, así como proveer insumos empíricos que nutran sus conceptos e hipótesis de trabajo.

Etapas y objeto de estudio de la TMD

Como punto de partida, se señalan las siete etapas en que Fornet-Betancourt (2001) divide la recepción filosófica del marxismo en América Latina para mostrar cómo, justamente en la última, valora el significado y la importancia de la TMD.

Estas etapas son:

- a)* Etapa preparatoria o de confusa difusión del marxismo (1881-1883).
- b)* Deslinde ideológico y encuentro entre marxismo y positivismo (1884-1917).
- c)* Recepción del marxismo a través de los partidos comunistas latinoamericanos (1918, 1919-1929).
- d)* Etapa de naturalización del marxismo y del significado de la obra de Mariátegui (1928-1930).
- e)* Etapa de las polémicas filosóficas sobre el marxismo o de su incorporación al movimiento filosófico latinoamericano.
- f)* Etapa stalinista y de estancamiento dogmático del marxismo (1941-1958).
- g)* Fase actual (1959-1991): intentos de naturalizar el marxismo.

Para Betancourt, la última etapa —que se abre con el triunfo de la Revolución cubana y se mantiene vigente en la actualidad— incorpora, como parte del resurgimiento del pensamiento latinoamericano, la vertiente

marxista de la teoría de la dependencia que surgió en el curso de la década de los sesenta, para afirmarse definitivamente en la siguiente década.

El agudo análisis de Fonet-Betancourt (2001:276-277) establece que después de 1965, bajo la influencia de la Revolución cubana y frente al fracaso de la Alianza para el Progreso (ALPRO) —creada por la administración Kennedy para combatir dicha revolución—, se inició una “reorientación del pensamiento político en América Latina” que convirtió al marxismo en un punto obligado de referencia en las ciencias sociales latinoamericanas. Su planteamiento es el siguiente:

Con dicha reorientación se configura además el desarrollo de la ciencia social como el lugar más importante para la transformación teórica de perspectivas de análisis marxista en América Latina. Como se sabe, este desarrollo lleva al surgimiento de la llamada nueva ciencia social latinoamericana que abarca la ciencia política, la economía y, ante todo, la sociología. Desde un punto de vista epistemológico, pero también político, se puede considerar la formulación de la teoría de la dependencia (o de las teorías de la dependencia) como el verdadero eje del desarrollo de esta nueva ciencia social latinoamericana, ya que con ella se introduce un nuevo paradigma para la interpretación de la situación del subcontinente; y también, lógicamente, para la acción política (2001:276).

Obsérvese que el autor valora la teoría de la dependencia como expresión de la nueva ciencia social latinoamericana y destaca el papel que desempeña el

marxismo en dicha reformulación. Una precisión adicional, que generalmente ocultan los críticos y opositores de la TMD, revela la íntima relación existente entre el marxismo y la teoría de la dependencia.

Al respecto, Fonet-Betancourt (2001:277), escribe que:

En el marco del presente trabajo es importante señalar que el planteamiento de la teoría de la dependencia en la nueva ciencia social latinoamericana no se formula como una alternativa ante la teoría marxista-leninista del imperialismo. Se concibe más bien en términos de una visión complementaria y enriquecedora de la marxista, cuya fundamentación específica se debe a la peculiar situación histórica del subcontinente. De aquí que —para resaltar ahora sólo este aspecto— el desarrollo de la teoría de la dependencia signifique al mismo tiempo desarrollo del marxismo como componente esencial de una teoría latinoamericana de la liberación.

Esta acotación era necesaria para delimitar los diferentes orígenes de las dos grandes vertientes de la dependencia. Por un lado, la que surge como continuación de la teoría dominante de la CEPAL, donde comparecen autores como Cardoso, Faletto y Paul Singer. Por otro lado, la referida a la TMD, cuyos orígenes acaba de situar Fonet-Betancourt y que va a la raíz de los problemas latinoamericanos.

Respecto al contexto histórico y teórico-político del surgimiento de la TMD, Bambirra (1978) propone seis aspectos que influyeron en su formación:

- a) Los análisis de Marx y Engels sobre la cuestión colonial.
- b) La polémica de los socialdemócratas rusos y del mismo Lenin con los *narodniki* populistas en Rusia.
- c) La teoría del imperialismo y sus alcances sobre la cuestión colonial en los escritos de Hilferding, Rosa Luxemburgo y Lenin.
- d) La polémica en el interior del Segundo Congreso de la Comintern sobre las tesis de la cuestión colonial.
- e) La aplicación creadora del pensamiento de Mao Tse Tung y, por ende, de la experiencia de la revolución socialista en China después de 1949.
- f) Por último, la obra de Paul Baran, escrita en los años cincuenta sobre el problema del subdesarrollo, sería otra gran fuente de influencia.

Se agrega otro elemento más, que se da en función del debate con el marxismo endogenista y con las tesis de la CEPAL por cuadros de jóvenes intelectuales y militantes de la izquierda revolucionaria identificada con los planteamientos de la Revolución cubana y con los ideales libertarios y justicieros del socialismo. Esta reflexión encontrará su sistematización en la teoría de la dependencia de filiación marxista, en la medida que es ésta doctrina, y no otra, la que le proporciona los elementos teóricos y el método de investigación y de exposición que posibilitan su constitución (para este punto véanse los trabajos reunidos en Marini y Millán, 1994).

En cuanto al contexto histórico, la teoría de la dependencia surgió en Brasil al calor del golpe militar que depuso al gobierno constitucional de Joao Goulart en 1964 y se sistematizó más tarde en Chile, sobre todo, debido a las condiciones favorables que ahí ofreció el triunfo del movimiento popular y la instalación de la Unidad Popular en el gobierno en 1970. Por último, fue en México que experimentó uno de sus más fructíferos periodos.

A diferencia de otros autores ubicados en la teoría de la dependencia (Cardoso, Furtado, Ferrer, Weffort), el intento más acabado para edificar los pilares científicos de esta teoría fue, sin duda, el que desarrolló Ruy Mauro Marini, principalmente en su libro *Dialéctica de la dependencia* publicado por editorial Era en 1973. La obra comenzó a circular de forma clandestina por el continente latinoamericano, lo que revelaba, por otro lado, su importancia para la intelectualidad latinoamericana de aquel entonces.

A continuación se exponen los conceptos sobre dependencia de algunos autores, con el propósito de brindar la clave para comprender en su justa dimensión esta teoría.

Marini (1973:18) define la noción de dependencia como una:

...relación de subordinación entre naciones formalmente independientes, en cuyo marco las relaciones de producción de las naciones subordinadas son modificadas o recreadas

para asegurar la reproducción ampliada de la dependencia. El fruto de la dependencia no puede ser, por ende, sino más dependencia, y su liquidación supone necesariamente la supresión de las relaciones de producción que ella involucra.

Por su parte, Dos Santos (1974:42) considera que:

La dependencia es una situación donde la economía de cierto grupo de países está condicionada por el desarrollo y expansión de otra economía, a la cual se somete aquélla. La relación de interdependencia establecida por dos o más economías, y por éstas y el comercio mundial, adopta la forma de dependencia cuando algunos países (los dominantes) pueden expandirse y autoimpulsarse, en tanto que otros (los dependientes) sólo pueden hacerlo como reflejo de esa expansión, que puede influir positiva y/o negativamente en su desarrollo inmediato. De cualquier manera, la situación básica de dependencia lleva a los países dependientes a una situación global que los mantiene atrasados y bajo la explotación de los países dominantes.

Dos Santos aclara que la dependencia *condiciona* “cierta estructura interna que la redefine en función de las posibilidades estructurales de las diferentes economías nacionales” (1974:44), con lo que confirma su alejamiento, al igual que Marini, de las tesis estancacionistas del desarrollismo.

Para Frank (1974: 13), la dependencia:

...no debe ni puede considerarse como una relación generalmente ‘externa’ impuesta a todos los latinoamericanos des-

de fuera y contra su voluntad, sino que la dependencia es igualmente una condición 'interna' e integral de la sociedad latinoamericana, que determina a la burguesía dominante en Latinoamérica, pero a la vez es consciente y gustosamente aceptada por ella. Si la dependencia fuera solamente 'externa' podría argumentarse que la burguesía 'nacional' tiene condiciones objetivas para ofrecer una salida 'nacionalista' o 'autónoma' del subdesarrollo. Pero esta salida no existe —según nuestro argumento— precisamente porque la dependencia es integral y hace que la propia burguesía sea dependiente.

Con base en estas definiciones, el *objeto de estudio* de la teoría de la dependencia es la formación económico-social latinoamericana a partir de su *integración subordinada* a la economía capitalista mundial. Abarca el periodo colonial y la posindependencia, en la cual la economía exportadora cede paso a la formación de una economía industrial capitalista dependiente que forja su *propio ciclo* de reproducción; mismo que, en el plano del mercado interno, se escinde en *dos esferas*: la *alta*, propia del consumo de las clases burguesas y medias, y la *baja*, que corresponde al consumo de las clases trabajadoras que se reproducen a costa del salario. En la producción surge, así, un *régimen de superexplotación del trabajo* (Sotelo, 1994), en el que, dicho sea de paso, algunos autores ven la contribución más acabada y original del pensamiento de Marini,¹ como contrapartida

¹“El gran aporte de Marini a la teoría de la dependencia fue haber demostrado cómo la superexplotación del trabajo configura una ley de mo-

de la transferencia de valores y de plusvalía que las economías dependientes realizan hacia las industrializadas y cuya síntesis es el tremendo endeudamiento externo de los países latinoamericanos que, de acuerdo con la CEPAL, desde 1999 hasta la fecha, la región ha transferido al exterior 78 mil millones de dólares cada año, que equivalen a 4.6% del producto interno bruto de la región (*La Jornada*, 13 de agosto de 2004).

Es importante destacar que el marco teórico y el método de análisis de la teoría de la dependencia es, justamente el marxismo —afirmación ampliamente respaldada en la obra de Fonet-Betancourt—, la cual parte de la teoría del valor-trabajo de Marx y de otras nociones como ganancia, renta de la tierra y plusvalía. Pero no se limita a ellas, aborda también los problemas sociopolíticos y cuestiones particulares que atañen al debate político, la cultura, la tecnología y la educación.

Para analizar las formaciones sociales latinoamericanas la TMD parte de la circulación mundial del capital:

vimiento propia del capitalismo dependiente” (Bambirra, 1978:69-70). Incorrectamente, Osorio (2004:90,93 y ss) cree advertir una presunta concepción de Marini en la que la superexplotación del trabajo deriva exclusivamente de la “violación de la ley del valor de la fuerza de trabajo” y no de un *régimen* que, al articular la intensificación del trabajo, el aumento de la jornada laboral y la expropiación de parte del consumo del obrero por el capital, *configura* “un modo de producción fundado exclusivamente en la mayor explotación del trabajador, y no en el desarrollo de su capacidad productiva” (Marini, 1973: 40), independientemente —lo que no advierte Osorio— de que se viole o no la ley del valor, lo que, por otra parte, presupone el previo establecimiento de un “valor ideal” que actúe como “modelo”.

del ciclo del capital dinero y el capital mercantil para, posteriormente, abordar la esfera de la producción interna de los países dependientes y, en seguida, plantear el problema de la formación de sus propias esferas de circulación y realización en el plano de la economía interna (Marini, 1979). Como resultado de la unificación de ambos procedimientos es posible pasar al análisis de las situaciones concretas de dependencia y al de los fenómenos sociales y políticos que de ahí se desprenden.²

Además, la teoría de la dependencia, al lado de las ciencias sociales, va diversificando sus líneas temáticas y objetos de estudio³ esforzándose en alcanzar la altura necesaria para comprender los fenómenos contemporáneos.

En otra oportunidad (Sotelo, julio de 1991-diciembre de 1992: 33-37) se señaló que debido al nivel de construcción teórica en que había sido elaborada la *Dialéctica de la dependencia*, su autor consideraba esta obra como un *esbozo* para coronar esa tarea inconclusa. Asimismo, dicha tarea debería ser el fruto genuino de un esfuerzo colectivo de análisis, discusión e investigación

²Mignolo (1997), de la vertiente posoccidentalista de estudios poscoloniales, no entendió este procedimiento del método de Marini cuando al criticar la teoría de la CEPAL y la del marxismo dogmático (cuyos pensadores estaban "autocolonizados", según él), cree encontrar en Marini un recurso para entender América Latina en el siglo XX a partir de "sus historias locales", cuando en realidad Marini plantea exactamente lo contrario.

³En un recuento pormenorizado de la producción intelectual de los últimos veinte años en América Latina, Sosa (febrero de 1984:7-24) observa certeramente la presencia de nuevos temas de investigación, surgidos actualmente y relativos a los problemas de la reestructuración económica, la flexibilidad del trabajo y su imbricación con la tecnología.

(Ouriques, 1995), el cual diera cuenta en el futuro, de mayores capacidades analíticas de la TMD para caracterizar la naturaleza de los fenómenos económico-sociales y políticos que se registran en América Latina dentro del complejo y contradictorio proceso de reestructuración y globalización del mundo, bajo el incontrastable predominio del capital en el transcurso del siglo XXI.

Conclusión

El triunfo de la Revolución cubana abrió una nueva etapa al pensamiento social y crítico en América Latina, la cual se prolonga prácticamente hasta la actualidad. Mientras siga vigente dicha revolución y su ideal libertario, así como las desastrosas condiciones que provocan atraso y subdesarrollo en nuestros países capitalistas dependientes, la TMD tiene también un importante papel que desempeñar tanto en la teoría como, y más relevante aún, en los procesos de transformación social y de liberación.

En este contexto, y al amparo del señalado objeto de estudio de la TMD, es que esta teoría tiene que proyectarse para brindar un horizonte de cambio y transformación dentro de procesos económicos, sociales, políticos y culturales inéditos que están emergiendo en el continente como verdaderos movimientos y fuerzas de resistencia ante la embestida de la globalización del capital y del imperialismo.

5

El horizonte de la teoría de la dependencia en el siglo XXI: crisis, paradigmas y valoraciones

Introducción

En el presente capítulo se valora la pertinencia que tiene en la época actual la TMD para reformularse y constituirse en un sólido soporte teórico, metodológico y analítico que permita analizar y comprender la naturaleza de las sociedades latinoamericanas en el contexto (inédito) de expansión universal del capitalismo. Asimismo, con el afán de vislumbrar vías alternativas para los grandes núcleos humanos y de trabajadores en su constante lucha por alcanzar sistemas de vida y de trabajo exentos de desigualdad, explotación y miseria.

De críticas y valoraciones: la TMD se fortalece

La teoría de la dependencia trabaja con categorías, conceptos, tesis e hipótesis muy diferentes de las utilizadas por los autores del sistema mundial, por el marxismo endogenista o, finalmente, por el neoestructuralismo y el posmodernismo en cualquiera de sus vertientes.

Tanto la concepción de la economía mundial, de los ciclos económicos, de las formas históricas de producción y acumulación de capital como del intercambio comercial desigual y el propio concepto de dependencia y subdesarrollo mantienen su autonomía en un marco epistemológico, metodológico y analítico respecto de aquellas escuelas.

Es posible que se dé un intercambio de ideas —y que, incluso, haya coincidencias— entre la teoría del sistema mundial y la de la dependencia, como se sugirió anteriormente; que genere debate y dudas sobre cuestiones fundamentales del pensamiento social y de la naturaleza de los fenómenos latinoamericanos. Pero ello no implica necesariamente renunciar a su construcción y a su enriquecimiento, como fue en el fondo el deseo de Marini, afirmando —al mismo tiempo— su autonomía frente a los demás paradigmas.

A pesar del cúmulo de críticas que se han hecho para deslegitimar este pensamiento —de la mayor importancia—, articulado a la teoría de la dependencia, la perspectiva teórica mantiene toda su vigencia. Por esto es

que resulta sorprendente un artículo crítico de Katz que a la letra afirma:

...recientemente el dependentismo fue abandonado por sus figuras más renombradas. Dos Santos ya no considera al subdesarrollo como un producto de la dominación de los países centrales y por eso estima que la aplicación de políticas industrializadoras permite superar el atraso, y Marini afirma que este objetivo se logrará conformando bloques regionales.

Se exponen dos observaciones preliminares para evidenciar la inconsistencia y mala fe de este planteamiento.

En primer lugar, Katz comete el mismo error que en el pasado cometieron los que criticaron la teoría de la dependencia: meter en un mismo costal a autores de la más variada gama de concepciones ideológicas, filosóficas, políticas y teóricas. El autor no explica qué es eso que denomina dependentismo. Si por tal entiende, por ejemplo, a todo aquel que pronuncia la palabra *dependencia*, así sea un neoliberal. El problema de este tipo de afirmaciones y críticas tajantes estriba en que flotan en el vacío, puesto que no citan textualmente dónde dichos autores hacen semejantes planteamientos; por lo que tales críticas resultan completamente infundadas. Además, si así fuera, evidentemente los problemas a que alude la TMD no desaparecerían por decreto (puesto que la propia realidad los legitima) como, por otro lado, nunca desaparecieron de las ciencias sociales y del pensamiento latinoamericano, a pesar de la conversión al

neoliberalismo de un sinnúmero de intelectuales marxistas y críticos en la década de los ochenta.

En segundo lugar, releendo el texto de Dos Santos (especialmente la parte en la que alude a Katz: “Los fundamentos teóricos del gobierno de Fernando Henrique Cardoso: nueva etapa de la polémica sobre la teoría de la dependencia”, Dos Santos, 2002: 101-136) no encuentro ninguna afirmación relacionada que justifique el falaz argumento que Katz le atribuye a Dos Santos: ¡que la industrialización supera el atraso!

Por el contrario, una atenta lectura del texto de Dos Santos indica una positiva afirmación de la teoría de la dependencia (que, por cierto, implica atraso y otros menesteres del subdesarrollo) y, por ende, que ésta sigue manteniendo las estructuras de la dependencia y del atraso.

En efecto, refiriéndose a Cardoso, Dos Santos afirma que:

Hace algunos años que sus seguidores hablan sobre el fin de la teoría de la dependencia, en el sentido de negar las tesis que ésta levantó en la década de 1960. Sin embargo, todos los años se publican en el mundo entero nuevos libros sobre la “teoría de la dependencia”, lo que indica que ella no murió (Dos Santos, 2002:123).

Dos Santos reafirma la vigencia de las leyes del capitalismo dependiente, igual que Marini, al señalar que tanto la industrialización como la revolución científico-técnica profundizan las situaciones de super-

explotación del trabajo, de marginalidad social y de desempleo estructural para cada vez más amplios contingentes de trabajadores y de los sujetos participantes en el mundo del trabajo (véase Sotelo, 2003). Pero se debe subrayar que estas leyes, como se desprende de un análisis marxista riguroso, no son inmutables (lo que, por cierto, ningún autor serio en ciencias sociales puede sostener), sino que corresponden a situaciones cambiantes de la lucha de clases, a correlaciones políticas específicas y a crisis capitalistas cada vez más agudas en la fase neoliberal del actual régimen de acumulación y reproducción de capital.

Lo que *sí* ratifica Dos Santos, pero en un contexto que nada tiene que ver con lo que Katz le atribuye, es el hecho de que la situación de dependencia puede cambiar —¡incluso superarse!— si cambian las condiciones políticas, geopolíticas, mundiales, regionales o nacionales. Su planteamiento es el siguiente:

No existe un límite económico absoluto para el pleno desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo dependiente. Los límites son políticos. Y el cambio de las condiciones políticas y geopolíticas mundiales o regionales puede alterar las condiciones políticas nacionales o locales de estos países, superando su condición de dependientes. En 1964, en Brasil, si el enfrentamiento entre los sectores nacional-democráticos y los liberales se hubiera mantenido solamente en el plano interno, el golpe de Estado de 1964 fracasaría claramente, como fracasaron todos los intentos anteriores de golpe. Dos factores desestabilizaron la corre-

lación de fuerzas: la acción conspiradora del gran capital internacional invertido en Brasil, que formó el Instituto de Investigación y Estudios Sociales (IPES), y la amenaza directa de invasión de tropas norteamericanas, hoy plenamente reconocidas con la apertura de los papeles de Lyndon Johnson (Dos Santos, 2002:117).

Es decir, no se trata de ningún abandono de la teoría de la dependencia, sino de las circunstancias en que esa situación se pudo modificar por la acción de un conjunto combinado de factores y fuerzas mundiales, regionales, nacionales y, aun, locales.

Respecto a la injusta atribución que Katz hace a Marini, en el sentido de que éste abandonó la teoría de la dependencia, se puede decir que tanto en textos anteriores (Sotelo, julio-diciembre de 1990) al de Marini, mismo que refiere Katz (Marini, 11 de febrero de 1990), como en otros posteriores (Marini, 1992), en ninguna parte se advierte ese absurdo planteamiento de que presuntos bloques regionales permitirían acabar con el atraso y el subdesarrollo. Muy lejos de ese planteamiento, en dicho libro Marini propone efectivamente que es:

...necesario retomar el hilo del pensamiento crítico de izquierda en aquel punto en que él alcanzó su nivel más alto y que corresponde a la teoría de la dependencia. Se impone, de hecho, un empeño en la *construcción de una teoría marxista de la dependencia*, recuperando su primera floración

de los años veinte y la que se registró a partir de mediados de los años sesenta (Marini, 1992:100-101, cursivas más).¹

Se aprecia, pues, que Marini nunca abandonó la teoría de la dependencia (véase Sotelo, 2002), por el contrario, la reafirma prácticamente en todos sus textos desde el momento que reclama su *marxistización*; planteamiento que autores como Katz —no se sabe con qué fin— prefieren ignorar.

En efecto, en otra parte Marini afirma que:

Es así como en la medida en que se desarrolla la teoría de la dependencia va a necesitar más y más elementos marxistas para entender esa realidad compleja que trata de analizar. Es ahí precisamente donde, a partir de un cierto momento, algunos se van quedando en el camino, porque a medida que se avanza en la incorporación del marxismo, autores que habían utilizado cuestiones de marxismo, mezclando todavía un instrumental funcional-desarrollista, se quedan por el camino. Dicen: ‘por ahí no seguimos, eso lleva ya a una posición radical, a una posición revolucionaria y nosotros no somos revolucionarios’.

¹En el mismo tenor se expresa Coggiola (25 de agosto de 2004) cuando, sin fundamentos y sin citar los lugares concretos en que funda sus falsedades, argumenta en viejo tono trotskista que en “textos recientes” —que nunca identifica— Marini supuestamente profesa una “fascinación por el impulso del capital y por su capacidad de poner fin a la crisis”, siendo que ese planteamiento es totalmente ajeno a Marini; en todo caso, Coggiola no entendió un ápice de la teoría marxista de la dependencia en la versión de Marini, al confundir el ciclo del capital (que en algún momento supone, según Marx, recuperación) con el intercambio desigual y la superexplotación del trabajo.

Pero en sus expresiones más avanzadas, la teoría de la dependencia llega realmente a plantearse, fundamentalmente en el campo del marxismo, y se convierte así, en una corriente marxista [...] no nace como pensamiento marxista, incorpora instrumentos marxistas, pero cuanto más avanza en sus planteamientos más necesidad tiene del marxismo, hasta finalmente plantearse enteramente en el plano del marxismo [...] para comprender a cabalidad, plenamente, la dependencia sólo el marxismo lo podía hacer y, por lo tanto, había que superar a la teoría de la dependencia tal y como había surgido, y dar lugar a una teoría marxista de la dependencia (Sotelo, julio-diciembre de 1990, p. 53).

Son otros autores, como Cardoso (véase la entrevista que concede a Pompeu de Toledo, 1998), Singer (2000), Goldenstein (1994), Bresser (1997) o Mantega (1997)²—que mezclan cómoda e irresponsablemente el marxismo con el funcionalismo y la teoría neoclásica— quienes abandonaron la teoría de la dependencia para asumir los planteamientos del campo neoliberal. Lo mismo ocurrió con corrientes como el funcionalismo, el estructuralismo y el weberianismo que habían mantenido un relativo y subjetivo compromiso social en la década de los setenta, pero lo abandonaron definitivamente durante las décadas subsecuentes del siglo pasado.

Dentro del marxismo, autores evidentemente no dependencistas ligados a los partidos comunistas ortodoxos (trotskistas y maoístas) o a la socialdemocracia nunca asumieron planteamientos de la teoría de la de-

²Para una crítica de estos autores véase Martins y Sotelo, 1998.

pendencia; más bien los criticaron o prefirieron francamente ignorarlos, como es el caso de Coggiola.

Surge entonces una cuestión distinta: si por un momento aceptamos que la TMD efectivamente desaparece y cede su lugar epistemológico, metodológico y analítico, ¿qué queda en su lugar? Éste sería ocupado por corrientes eclécticas como el neoestructuralismo y el neoliberalismo, teorías ideológicas comprometidas en diferentes profundidades y extensiones con el orden capitalista existente; la primera, planteando reformas para conferirle un rostro más humano a ese sistema, y el segundo, hoy dominante, privatizando todas las dimensiones públicas y sociales de ese sistema para favorecer el libre juego de las leyes de mercado, completamente del lado de los intereses estratégicos de las empresas transnacionales, del capital extranjero y de los pedazos de burguesías locales que todavía perviven en los países dependientes.

Pero, afortunadamente, este no es el caso. En la trayectoria que marcó Marini, la de su *marxistización*, la TMD es la única que puede plantearse en serio, contra viento y marea y en perspectiva histórica de largo plazo, la superación no sólo del universo ideológico neoliberal (hoy dominante), a través de su crítica sistemática, sino del capitalismo dependiente en su fase neoliberal, mientras que las posiciones dominantes, como el neoestructuralismo y el posmodernismo y sus subproductos (el poscolonialismo o el occidentalismo), se preocupan —implícita o explícitamente— por su

reproducción a través de la implementación de reformas estructurales y de alianzas con las clases dominantes y el Estado.

En una entrevista concedida a Natanson, (19 de julio de 2003), Dos Santos apunta tres elementos que explican la actualidad de la teoría de la dependencia. En primer lugar, concebir a América Latina en el marco de la expansión del capitalismo mundial. En segundo lugar, considera correctamente a la teoría de la dependencia como “una conquista del pensamiento social latinoamericano”, al tiempo que es una herencia a la que no podemos renunciar, más aún, frente a las tendencias eurocéntricas y de predominio norteamericano que tienden a disgregar toda forma de pensamiento crítico y autónomo que escape de los horizontes del pensamiento dominante.

Por último, el tercer elemento considera que la teoría de la dependencia integró a las ciencias sociales y permitió unir lo político con lo económico y lo social, contrario al reduccionismo que actualmente procesan las ideas y las ciencias sociales inspiradas en el neoliberalismo en los campos de la sociología, la economía y la ciencia política bajo un equivocado recurso que delimita el objeto de estudio, lo que no conduce, como dice Marx, a ocultar el bosque para mirar el árbol y a producir conocimientos que nublan y oscurecen la realidad social (enajenación).

Por lo tanto, el papel actual de la TMD no puede ser otro más que el de cumplir con: *a*) la crítica sistemática

del nuevo orden mundial capitalista dominado por el bloque imperialista encabezado por Estados Unidos, y *b*) la búsqueda de *alternativas* que vayan *más allá del capital*, trascendiendo ese orden en la era de la guerra preventiva encabezada por Bush y sus halcones del pentágono.

La TMD no puede reducirse, como quieren algunos, a desempeñar un rol funcional y accesorio (de comparsa) dentro de ese orden, alternativo entre el neoliberalismo y el socialismo: una suerte de “tercera vía”, hoy de moda, y que asumen personajes neoliberales y proimperialistas tan disímiles como Tony Blair, Sharon, Clinton, Reagan, Aznar, Cardoso, Jacques Chirac, Berlusconi o Fox. Para eso está la socialdemocracia y sus partidos políticos de la derecha en todo el mundo.

La TMD no puede convertirse tampoco en un recetario de propuestas de políticas públicas que hoy se acostumbran entre la burocracia ilustrada para tratar de corregir los desvíos, desvaríos y contradicciones estructurales del sistema; por ejemplo, elaborando y recomendando reformas estructurales (privatización del sector público, recorte de pensiones y flexibilidad laboral) que en el fondo coinciden con los intereses geoestratégicos del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial, de las empresas transnacionales, así como del tesoro norteamericano.

En este sentido se dirigen las reclamaciones de Lichtensztejn a la TMD:

...esta clase de enfoque —se refiere a la teoría de la dependencia— no era un cuerpo de ideas uniforme ni coherente, ya que se basaba en grandes principios contestatarios *sin propuestas operativas*, las cuales fueron surgiendo en cada caso sin seguir un mismo patrón teórico o ideológico (Lichtensztejn, 2001:97 acotación del autor).

Sería bueno saber qué se entiende por *propuestas operativas*, si ellas significan encaminarse a reformar el sistema *sin* transformarlo. Para esa labor funcional e ideológica están el neokeynesianismo y el neoestructuralismo o su síntesis metodológica en el moderno eclecticismo riguroso (teoría poscolonial, posoccidentalismo o subalternidad).

Las leyes del capitalismo dependiente generan fenómenos como el endeudamiento externo público y privado de América Latina, la especialización productiva, la desindustrialización y la conversión de las economías subdesarrolladas en exportadoras de productos primarios y de fuerza de trabajo; el intercambio comercial históricamente desfavorable para la región, tanto en el plano de los precios como del valor y en beneficio de los países centrales del capitalismo avanzado; el creciente desempleo y subempleo estructural, la superexplotación del trabajo que hoy, en la “era del toyotismo universal”, se manifiesta en el incremento colectivo y universal de la intensidad del trabajo, en el aumento de la jornada laboral y en la caída sistemática de los salarios reales, a lo que concurre la elevación de la productividad del trabajo mediante la aplicación de tecnología

—como también, por su parte, demostró Marini— todos estos fenómenos, a diferencia de los postulados neoliberales y neoestructuralistas (que los aprecian como si fueran leyes eternas), pueden ser modificados en función de los cambios en las situaciones de clases, de sus luchas, de las crisis interimperialistas y civilizatorias, y de la forma que asuman las contradicciones del modo capitalista de producción en escala global a mediano y largo plazo.

La TMD ciertamente tiene que adecuarse a los tiempos que estamos viviendo: una crisis global del capitalismo que, incluso, pudiera derivar en la Tercera Guerra Mundial; la reafirmación de la división internacional del trabajo y del capital que profundiza la brecha entre países capitalistas centrales, dependientes y subdesarrollados; la existencia de una democracia política reducida en la mayor parte del mundo al simple juego electoral controlado por clases dominantes y burocracias corporativas, que reproducen un sistema político neoliberal en el que se excluye a la mayor parte de la sociedad y sirve, al mismo tiempo, como válvula de escape a sus contradicciones económicas, sociales y políticas; la extensión de la pobreza, el desempleo y la marginalidad social.

Como lo hizo en su tiempo, hoy la función de la TMD no puede ser otra que la de someter a una crítica profunda todos los postulados doctrinarios, epistemológicos, metodológicos, analíticos y políticos del neoliberalismo.

En este punto, y guardando la respectiva distancia histórica, la idea de Georg Lukács (1981: 22) es elocuente:

En toda ciencia desempeña un papel importante la confrontación con los antecesores; también tuvo la mayor importancia entre los clásicos en la economía y la filosofía. Pero para éstos, la confrontación con los antecesores era sólo una ocasión entre muchas de ahondar en la realidad y considerarla desde diferentes puntos de vista. Sólo con los eclécticos de la glorificación de lo existente se aísla la doctrina científica de la vida que debe reflejar; y ciertamente tanto más cuanto más fuerte es el empeño de los apologistas en falsear la realidad.

En sus orígenes la TMD combatió contra las viejas ideas de las clases oligárquicas y terratenientes que privilegiaban un patrón de acumulación primario-exportador amoldado a sus intereses de clase; más tarde evidenció, sin miramientos, las limitaciones y contradicciones del desarrollismo y el neodesarrollismo plasmados en la convicción de que era posible cristalizar en América Latina un capitalismo autónomo por influjo de la industrialización, los mercados internos, la modernización y la urbanización. Con ese espíritu de pugna y creciente superación epistemológica, hoy la TMD debe desplegar su tarea central en el terreno del combate de las ideas, hipótesis, premisas y resultados de las corrientes neoestructuralista y neoliberal, que definden cada una a su manera, con diversos tonos y matices, la vigencia del capitalismo neoliberal en condiciones

de dependencia estructural. La primera, recurriendo al artificio de subsanar las lagunas dejadas por el pensamiento estructuralista original (como se vio más atrás), pero mezclándolo con las premisas de la libertad de mercado capitalista que debe existir para que no se contamine el sistema. La segunda, extendiendo *ad infinitum* la idea de que el *único camino* que le queda a la humanidad es defender el sistema como un todo, extendiendo y profundizando sus categorías fundamentales (valor, precios, plusvalía, ganancia, competencia, productividad, desempleo y régimen salarial) a través de la imposición de relaciones de mercado y de explotación en la esfera de la producción y de la acumulación de capital.

En el plano de las ideas, lo anterior significa forjar instrumentos conceptuales, analíticos, metodológicos e hipótesis encaminados a demostrar la posibilidad de encontrar y construir rutas de transición hacia el establecimiento de modos de producción, de vida y de trabajo, sistemas sociales, políticos y culturales superiores al capitalismo global que está hoy inmerso en una crisis civilizatoria de impredecibles consecuencias y desencadenamientos.

El nuevo marco epistemológico de la teoría de la dependencia no puede ser otro que el que compagine el marxismo renovado y resurgido de la crisis que experimentó en las décadas de los ochenta y noventa del siglo xx con la investigación y el análisis de las características del ciclo de capital a escala mundial, y de las nuevas *formas* que en la segunda mitad del siglo xx y en los primeros

años del XXI están asumiendo las sociedades, los Estados y los países dependientes en el contexto de un capitalismo cada vez más contradictorio, globalizado y rapaz.

Pero tampoco se puede (re)construir la teoría de la dependencia ignorando sus raíces teóricas e históricas y con argumentos eurocentristas, como hace Muñoz (2004:56-67) al pretender una “formulación teórica contemporánea de los procesos de dependencia”, sin mencionar —y sin conocer— el contexto, los autores y debates que dieron origen a la teoría de la dependencia en la segunda parte del siglo veinte.

Por ello, la tarea de forjar la (nueva) teoría de la dependencia debe ser obra de latinoamericanistas, independientemente de que radiquen en otros continentes, y reflejarse en conceptos, categorías y tesis que den cuenta de la crítica sistemática de las teorías y escuelas dominantes de pensamiento incrustadas en el paradigma neoliberal, y de los obstáculos y condiciones de la transición y superación del capitalismo en tanto formación económico-social dominante en el mundo.

Porque la trayectoria histórica de ese sistema bien puede derivar, ya sea en la afirmación del capitalismo en tanto sistema global o bien, como es la convicción del autor, en un mortífero estado de decadencia y de crisis civilizatoria sistémica de larga duración que finalmente plantea, para los trabajadores y la humanidad, el dilema luxemburguiano de *socialismo* o *barbarie*.

La embestida neoliberal y la respuesta de Marini

México, como la mayor parte de los países latinoamericanos, no quedó al margen de la embestida ideológica del neoliberalismo durante la década de los ochenta, provocando lo que Valenzuela Feijóo llama enajenamiento a gran escala (2004:15).

Diversas corrientes teóricas fueron marginadas o desplazadas del escenario discursivo formal de las ciencias sociales, entre las que destaca el marxismo y la teoría de la dependencia que desarrollaba Marini. Otras corrientes, como el neodesarrollismo y el endogenismo —arraigado este último en la tradición de los partidos comunistas latinoamericanos, más tarde reconvertidos a la socialdemocracia— fueron desplazados también por el pensamiento conservador, el cual rearticuló el funcionalismo sociológico, el neoestructuralismo y diversos enfoques de la teoría económica neoclásica en un molde ecléctico y de sentido común, cuya señal era —y es— *subsumir* pueblos, economías y sociedades a los imperativos de las férreas leyes del mercado capitalista y de las empresas privadas con la mínima o nula intromisión del Estado en la regulación de la economía y de la propiedad.

La TMD, por conducto de Marini y de otros autores como Gunder Frank, Vania Bambirra, Orlando Caputo o Luis Vitale, enfrentó el dilema neoliberal rearticulando la dialéctica y la teoría de Marx en una visión global,

que ponía al desnudo las contradicciones y obstáculos del modo capitalista de producción, que los modelos macro y microeconómicos, formalizados y matematisados, pretendían ocultar.

A pesar de las críticas avasalladoras a la teoría de la dependencia en su vertiente marxista, que afloraron en las décadas de los ochenta y noventa, éstas surtieron un efecto contrario: al reasumir su papel crítico, la TMD salió fortalecida de la profunda crisis que el capitalismo latinoamericano experimentó durante la “década perdida”, cuestión que de alguna forma se expresa en la diversificación de la literatura en materia de estudios sobre dependencia.³

Se equivocaron rotundamente quiénes desde las desvencijadas cavernas ideológicas del eclecticismo y el revisionismo predijeron la muerte de la TMD porque es éste un pensamiento vivo. Así lo describe Marini en su *Memoria* (s/f, versión en disquete): “...retomar el hilo de la teoría de la dependencia como punto de partida significa reencontrar lo mejor del pensamiento de la izquierda...” Aunque, ciertamente, como el mismo autor advierte, ello no signifique dar una respuesta absoluta a la actual problemática latinoamericana y mundial. Esto último, en su momento, será una tarea general del pensamiento teórico-crítico latinoamericano en su conjunto y no obra individual, como se cree, de algunos intelectuales iluminados.

³Dos Santos incluye una lista exhaustiva de autores interesados en la teoría de la dependencia (2000), así como de él mismo, 1994:64-63.

Por ello, Marini siempre defendió a capa y espada la tesis de que la teoría de la dependencia no era una teoría acabada, como tantos de sus detractores sostuvieron erróneamente, sino un *esbozo* y un *proyecto* político-académico que es necesario desarrollar. Por eso podemos considerar que Marini forjó los cimientos de un pensamiento y una teoría críticos que dieran cuenta, por primera vez, de la naturaleza del capitalismo dependiente de nuestros tiempos sin la disonante interferencia de las teorías euronorteamericanas.

En la parte final de su *Memoria*, Marini asevera que:

Cabe concluir insistiendo en un trazo peculiar de la teoría de la dependencia, cualquiera que sea el juicio que de ella se haga: su contribución decisiva para alentar el estudio de la América Latina por los propios latinoamericanos y su capacidad para, invirtiendo por primera vez el sentido de las relaciones entre la región y los grandes centros capitalistas, hacer que, al revés de receptor, el pensamiento latinoamericano pase a influir sobre las corrientes progresistas de Europa y de los Estados Unidos (*Memoria*, s/f, versión en disquete:70).

Esta tarea se impone más urgente que nunca en el despuntar del siglo XXI para las universidades, institutos y centros de educación superior y de posgrado ya que la ideología del autonombreado pensamiento único (es decir, la ideología dominante que pretende enjaular la realidad total —ciencia, naturaleza, pensamiento y sociedad— con los parámetros y las señales que impo-

ne el mercado) se pretende erigir en el tótem del pensamiento humano para subordinarlo y orientarlo hacia sus intereses estratégicos y de clase.

Felizmente, Ruy Mauro Marini escribió su autobiografía intelectual, que recorre su vida hasta 1990, donde el lector puede apreciar la génesis de su pensamiento, así como su trayectoria política e individual y una relación pormenorizada de sus trabajos publicados e inéditos. (Se puede consultar la página WEB: <http://www.marini-escritos.unam.mx/>, donde se encuentran sus principales textos.)

Además, su *Memoria* es un valioso expediente para (re)construir una importante etapa de la izquierda revolucionaria latinoamericana, particularmente de aquellos países que albergaron a Marini en sus distintos exilios: Panamá, México y Chile. En ella, aprehendemos cómo la formación marxista y el uso de la dialéctica llevaron a Marini a desnudar la esencia conservadora y burguesa de las teorías neoclásicas del desarrollo latinoamericano y las corrientes desarrollistas y neodesarrollistas que florecieron en el continente, así como la crítica radical al endogenismo y al neoliberalismo.

A diferencia de muchos autores —y contra la creencia de otros— Marini rompió de raíz con la ideología de la CEPAL, pero también con la de los partidos comunistas de su época, a la par que aclara el origen de la TMD:

...contrariando interpretaciones corrientes que la ven como un subproducto y alternativa académica a la teoría desarrollista de la CEPAL, la teoría de la dependencia tiene sus raíces en las concepciones que la nueva izquierda —particularmente en Brasil, aunque su desarrollo político fuese mayor en Cuba, en Venezuela y en Perú— elaboró, para hacer frente a la ideología de los partidos comunistas (*Memoria*: 9).

Sólo un discurso mal intencionado o francamente ignorante sobre las distintas y hasta opuestas corrientes de la teoría de la dependencia, como el de Mires (1993:55 y ss.), puede ubicar a ésta en términos generales como una de las “cuatro ramas del desarrollismo”, por supuesto, de la CEPAL. Este autor, por cierto, niega la existencia del imperialismo gringo, al que prefiere bautizar como superpotencia a la que no se tiene que criticar (Mires, s/f).

Asimismo, después de acusar injustificadamente de “economicismo cepalismo” a la —presunta e inexistente— “teoría de la revolución” de Marini y de Gunder Frank —hecho que sólo puede evidenciar una mala y superficial lectura de los textos de Marini—, este autor asevera que “aunque en su contenido esencial las tesis de Marini no se diferenciaban mayormente de las de Frank, ni de las de la CEPAL, fue evidente que el autor intentó [¿?] fundar una nueva teoría (Mires, 1993: 57)”.

Resalta que Mires ni siquiera se toma la molestia de explicar en todo su libro ese “contenido esencial de las tesis de Marini”, quizá sea más por incapacidad de com-

presión de las *tesis marxistas* de Marini —¡y no cepalinas!— que por falta de disposición o de tiempo.

De cualquier forma, más allá de esa labor ideológicamente destructiva y sistemática de críticos como Mires, la TMD caminará con sus propios medios buscando sus categorías y conceptos en la compleja trama de la realidad contradictoria de la región.

Esta tarea comenzó con la innovación de conceptos como *superexplotación del trabajo* (que es el eje el pensamiento de Marini); *intercambio desigual*, *Estado de contrainsurgencia* y *subimperialismo*, *multidependencia*, *burguesía integrada* y *Estado del cuarto poder*. Sin olvidar importantes contribuciones teóricas y políticas a la teoría del Estado, la democracia y el socialismo.

Dichos conceptos constituyen la arquitectura de la dependencia en el pensamiento marinista elaborado con el método y el marco teórico de un marxismo vivo, ortodoxo y antidogmático que, partiendo de los escritos de Marx, Engels y de Lenin y aplicados al estudio concreto de las economías y las formaciones históricosociales de América Latina e incluso de otros países dependientes y subdesarrollados de la economía mundial como los africanos o Corea del Sur, permitieron comprender la dinámica oculta y contradictoria del capitalismo en tanto modo universal de producción a la vez que su *especificidad* respecto a los países capitalistas avanzados.

En última instancia, lo anterior explica por qué dichos países en el siglo xx fueron, y siguen siendo, inca-

paces de superar las condiciones históricas y estructurales de dependencia, subdesarrollo y atraso, que al iniciar el siglo XXI, lejos de haberse erradicado (como pontificaban los críticos y los ideólogos del sistema), se están profundizando como nunca en la historia de la humanidad.

En un ensayo denominado “Subdesarrollo y revolución en América Latina”, escrito en 1967, Marini proyectó lo que será una de sus tesis centrales cuando dice:

Ese ensayo, que refleja lo esencial de las investigaciones que yo venía realizando, desde fines de 1965, resume su contenido en la declaración inicial: “*la historia del subdesarrollo latinoamericano es la historia del desarrollo del sistema capitalista mundial*”, y se dedica a demostrar que ese subdesarrollo es simplemente la forma particular que asumió la región al integrarse al capitalismo mundial (*Memoria*:18).

Y no solamente la región asumió la forma del subdesarrollo. En contraposición a quienes plantean lo opuesto, esa fue la vía capitalista de países *emergentes* o de los llamados *nuevos países industrializados*, tales como los tigres asiáticos con Corea del Sur a la cabeza.

La tesis del desarrollo y del subdesarrollo, como genuino producto del capitalismo mundial, mantiene toda su vigencia al postular que los problemas contemporáneos de América Latina, Asia y África son esencialmente producto de la inusitada expansión del capitalismo industrializado y urbanizado de los siglos XIX y XX, así

como al poner al desnudo una realidad despiadada y contradictoria que se nos impone todos los días en la vida económica, social, política, cultural, en nuestros deteriorados salarios y condiciones de vida y de trabajo.

En un nivel general y macroeconómico hay que denunciar el monstruoso endeudamiento externo —que, ¿acaso no es producto de la dependencia?— de las economías subdesarrolladas para ilustrar un proceso eficiente, moderno, de naturaleza financiera y especulativa que opera como mecanismo estructural (Chesnais y Plihon, 2003) y que “subdesarrolla” a nuestros países, al mismo tiempo que coadyuva a la ampliación de la concentración y centralización de capital en los países imperialistas.

Esta tesis, que en su momento fue combatida por griegos y troyanos, explica la reestructuración de la economía mundial de la década de los ochenta y la configuración de nuevos protagonistas hegemónicos en el mundo como Japón, la Unión Europea y Estados Unidos, quienes monopolizan —como decía Marini— las franjas de punta del proceso productivo y tecnológico, mientras que en los países dependientes se provoca endeudamiento externo —con las consecuentes transferencias de valor y plusvalía que genera— así como desindustrialización, particularmente, en los que más se “desarrollaron” como México, Brasil, Argentina y Chile (al respecto véase Sotelo, 2004).

En este contexto, al decir de Marini, *Dialéctica de la dependencia* era un texto “inegablemente original” que

contribuyó a abrir nuevos caminos a los estudios marxistas y latinoamericanos para ubicar en otra perspectiva el estudio de la realidad en la región.

Al revés de seguir ese raciocinio y fiel a mi principio de que el subdesarrollo es la otra cara del desarrollo, yo analizaba en qué condiciones la América Latina se había integrado al mercado mundial y cómo esa integración: *a)* funcionaba para la economía capitalista mundial y *b)* alteraba la economía latinoamericana. La economía exportadora, que surge a mediados del siglo XIX en los países pioneros (Chile y Brasil), generalizándose después, aparecía, en esa perspectiva, como el proceso y el resultado de una transición al capitalismo y como la forma que asume ese capitalismo, en el marco de una determinada división internacional del trabajo. Aceptado esto, las transferencias de valor que de allí surgían no podían ser vistas como una anomalía o un estorbo, sino antes como la consecuencia de la legalidad propia del mercado mundial y como un acicate al desarrollo de la producción capitalista latinoamericana, sobre la base de dos premisas: abundancia de recursos naturales y la superexplotación del trabajo (la cual presuponía abundancia de mano de obra). La primera premisa daba como resultado la monoproducción; la segunda, los indicadores propios de las economías subdesarrolladas. La industrialización operada posteriormente estaría determinada por las relaciones internas y externas de producción, constituidas sobre la base de esas premisas. Resuelta así, a mi entender, la cuestión fundamental, esto es, el modo como el capitalismo afectaba la esencia de la economía latinoamericana, la formación de plusvalía, yo pasaba a preocuparme con la transformación de ésta en ganancia y con las especificidades que esa metamorfosis encerraba. Algunas indicaciones, referentes al punto

al que llegó mi investigación están contenidas en el texto y en otros trabajos escritos en esa época, pero yo sólo resolvería el problema algunos años después, en México.

Y efectivamente los resolvió en escritos posteriores, donde descubre y afina las causas de las recurrentes crisis de la economía latinoamericana. Dice Marini:

En relación con las cuestiones teóricas colocadas por la *Dialéctica de la dependencia*, yo las retomé, en ese tercer exilio, en tres niveles: *el ciclo del capital en la economía dependiente, la transformación de la plusvalía en ganancia y el subimperialismo*. En lo que se refiere al ciclo del capital, la investigación partió de la relación circulación-producción-circulación, aplicándola, primero, a los cambios de la economía brasileña, a partir del primer choque del petróleo; objeto de intervención en el II Congreso Nacional de Economistas de México, en 1977, que consta en la *Memoria* del evento, el texto evolucionó para el ensayo “Estado y crisis en Brasil”, publicado por *Cuadernos Políticos*. Y, en seguida, en el plano de la teoría general, analicé, a la luz de esa relación, el movimiento de la economía dependiente en el contexto del ciclo del capital-dinero; ese fue el tema de la conferencia pronunciada en seminario sobre la cuestión agraria y su relación con el mercado, cuyo texto se incluyó en *Mercado y dependencia*, un *reading* publicado en 1979. (Cursivas del autor.)

En 1979, la revista mexicana *Cuadernos Políticos* publicó un enriquecedor y complejo ensayo de Marini titulado: “Plusvalía extraordinaria y acumulación de capital” (abril-junio de 1979:19-39), el que preparó para

un concurso de oposición abierto con el fin de obtener una plaza de profesor titular de la Facultad de Economía de la UNAM),

...dividido en tres secciones. En la primera, expongo los esquemas (de reproducción de Marx: ASV) y entrando en la polémica que suscitara en diferentes momentos de la historia del marxismo, busco mostrar la finalidad específica que cumplen en la construcción teórica de Marx: la de la necesaria compatibilidad de las magnitudes de valor producidas en los distintos departamentos de la economía y analizo las tres premisas que tanta discusión causaran: *a)* la exclusión del mercado mundial, *b)* la existencia de apenas dos clases y *c)* la consideración del grado de explotación del trabajo como factor constante. En la segunda, parto de la variación de ese último factor, examinando los efectos de los cambios en la jornada, en la intensidad y en la productividad sobre la relación del valor de uso-valor y sobre la distribución. En la tercera sección, verifico el uso de los esquemas por tres autores: Maria da Conceição Tavares, Francisco de Oliveira y Gilberto Mathias, mostrando que la primera, además de no romper de hecho con el esquema tradicional cepalino (agricultura-industria-Estado), confunde el valor de uso con el valor; los segundos, captando con agudeza la contradicción moneda nacional-dinero mundial, acaban por fijarse sólo en el movimiento de la circulación; y el tercero, que nos brinda un brillante análisis sobre el papel del Estado en la determinación de la tasa de ganancia, se olvida de considerar la relación lucro-plusvalía (retomamos esa discusión en México, en aquel año, ocasión en que Mathias admitió haberse equivocado en la crítica que me hacía, en su trabajo, al respecto de la superexplotación del trabajo). *Ese ensayo*, probablemente, el menos conocido de mis escritos es un *com-*

plemento indispensable a Dialéctica de la dependencia, en la medida en que expresa el resultado de las investigaciones que yo comenzara en Chile, sobre el efecto de la superexplotación del trabajo en la fijación de la plusvalía extraordinaria (*Memoria*: 53-55).

Se ha incluido esta extensa cita para mostrar cómo había una continuidad lógica y dialéctica en los escritos de Marini, articulada a las nociones fundamentales que originalmente levantara en *Dialéctica de la dependencia* y que, definitivamente, nada tenían que ver con el estructuralismo (como erróneamente afirma Mires, entre otros detractores de la TMD) o con la funcionalista teoría de la modernización.

A mi parecer esta imbricación, debe constituir un *eje rector* de la TMD en el marco general del pensamiento marxista del siglo XXI, como la única doctrina y metodología críticas del capitalismo en todas sus modalidades y extensiones.

En segundo lugar, el método de análisis de *Dialéctica de la dependencia* —que siempre confrontó al del endogenismo y al de las corrientes desarrollistas y neodesarrollistas— parte de la economía mundial (globalización) para despuntar en los problemas internos de la producción, el intercambio y el consumo de los países dependientes. Método que debe ser retomado a la luz de los cambios recientes en los ciclos capitalistas de la economía mundial que, tal y como Marini la vislumbrara, hoy se proyecta como una verdadera economía global —aunque reestructurada— capaz de

articular jerárquicamente a las economías nacionales en bloques comerciales y de poder, y sobredeterminarlas.

Al respecto, Marini concibe la globalización como un:

...proceso mundial al que ingresamos a partir de la década de 1980, y que se ha dado en llamar de *globalización*, se caracteriza por la superación progresiva de las fronteras nacionales en el marco del mercado mundial, en lo que se refiere a las estructuras de producción, circulación y consumo de bienes y servicios, así como por alterar la geografía política y las relaciones internacionales, la organización social, las escalas de valores y las configuraciones ideológicas propias de cada país. Se trata, sin duda, de la transición a una nueva etapa histórica, cuyos resultados apenas empiezan a ser vislumbrados y de modo ciertamente insuficiente, con más razón dado que apenas comienza, dejando todavía fuera de alcance a la mayoría de la población de África, porciones considerables de Asia e incluso parte de nuestra América Latina. Pero, en su movimiento envolvente, ha establecido ya avanzadas en todo el planeta (Marini, 1996:49).

Estas avanzadas globales del proceso de globalización constituyen una necesidad histórica del capital, ya que este “funciona como un todo estructurado, tanto a nivel económico como en la esfera política, por más que entre cada uno de sus eslabones haya cierto nivel de discontinuidad, marcado por particularidades nacionales que sería necio desconocer (Cueva, 1984:34)”.

Sin embargo, en América Latina esta globalización de vocación planetaria, no acarrió —ni ha acarreado— la autonomía del capitalismo que garantice su continuidad en términos de alcanzar etapas más complejas y maduras del proceso de industrialización a escala global. Por el contrario, a lo que estamos asistiendo, en cierto modo, es a la resurrección de la vieja economía exportadora del siglo XIX, pero sobre bases más modernas (capitalistas e informatizadas), con eje en el sistema financiero especulativo y en la importación de tecnología de punta, pero a cambio de profundizar la desindustrialización y deprimir los mercados internos de consumo y de trabajo en la población.

Marini expone esta idea en su libro *América Latina: dependência e integração* (1992). Debemos extraer de ella todas sus consecuencias teóricas en materia de expansión del crecimiento económico y social, así como de los problemas más concretos que acarrea, como sus efectos en el empleo, en los salarios y en la calificación de la fuerza de trabajo que, como subproducto de ese proceso de reestructuración capitalista, se precariza cada vez más, configurando una auténtica extensión de la superexplotación que exige en todas partes —por extensión, en el centro del capitalismo avanzado— cambios políticos radicales, jurídicos, ideológicos e institucionales en las relaciones laborales, así como desregulación, flexibilización y segmentación del mundo del trabajo.

En su versión más radical, la TMD no admite reformar el capitalismo como estrategia política de libera-

ción y superación de las desigualdades sociales y de la explotación capitalista. Plantea, por el contrario, su superación hacia un nuevo orden económico, social y político cualitativamente distinto de ese sistema.

La *línea reformista* —derrotada en el pasado— que privilegia el marco electoral, ha sido establecida como *estrategia permanente* por los gobiernos de “izquierda”, generalmente de corte socialdemócrata, ligados a la llamada “tercera vía” (ni Estado ni mercado: todo lo contrario), los cuales prácticamente han renunciado a luchar por el socialismo y en contra del neoliberalismo. Tal es el caso ejemplar del gobierno de Lula en Brasil, que ha continuado con la política económica neoliberal, incluso, más radical que su antecesor, (Petras, 16 de abril de 2003 y 21 de diciembre de 2003, y Stédile, 4 de agosto de 2004).

Por ello, hoy más que nunca, es necesario asumir esta tarea, pero en el entendido de que cualquier estrategia que no se plantee superar el régimen de propiedad privada de los medios de producción, de explotación de la fuerza de trabajo por el capital y el sistema de dominación imperialista que tiene en el Estado a su principal aliado y promotor está de antemano condenada al fracaso.

Ello no descarta la implementación de reformas, pero dentro de la estrategia señalada, que implica replantear necesariamente las luchas populares y de los trabajadores latinoamericanos en un marco contradictorio y conflictivo donde el capital les ha asestado duros e irreversibles golpes en los últimos años.

Conclusión

Si bien las ciencias sociales y la TMD han mantenido estrechas relaciones a lo largo de su historia, su evolución es marcadamente distinta. En efecto, mientras las primeras dependen de instituciones como universidades, institutos y centros de investigación, la segunda —que también puede desenvolverse dentro de esas instituciones— es más bien producto de la acción deliberada y creativa de individuos y colectividades que la aplican críticamente en el conocimiento profundo de la naturaleza y dinámica de las sociedades latinoamericanas.

A diferencia de las primeras, el horizonte de la TMD en este contexto no puede ser otro que el que trascienda el cerrado y frío universo del sistema capitalista y de sus categorías conceptuales, metodológicas y analíticas. De otro modo, se estará en perfecta armonía con el pensamiento dominante y no se diferenciará esencialmente de él.

Respecto a las críticas —algunas justas y otras francamente irresponsables e injustificadas— que se han hecho hasta el momento a la TMD, ciertamente es preciso reconocer limitaciones, asumir las sugerencias y desarrollarlas, pero de ninguna manera para negar su vigencia.

En el plano del conocimiento, estos problemas se derivaron las más de las veces de la complejidad del análisis de la realidad social, económica, política y cul-

tural. Ésta se agudizó conforme las sociedades se diversificaban cuantitativa y cualitativamente, en la medida en que el capital imponía la globalización y perduraban las crisis del capitalismo imponiendo su lógica devastadora a las sociedades contemporáneas.

Se debe reconocer que lo anterior no era solamente un atributo de la TMD, también afectó otras disciplinas sociales (economía, filosofía, ciencia política, sociología y antropología) tanto en el método, como en los conceptos y, sobre todo, en la capacidad de elaboración de hipótesis que estuvieran a la altura del conocimiento profundo que demanda el proceso histórico actual. Ello afectó indefectiblemente la capacidad de prospección y la de inferir las tendencias de mediano y largo plazo que permitieran comprender la trayectoria histórica de las sociedades latinoamericanas en el contexto mundial.

En resumen por todo lo anterior, aquí se considera que es necesario y urgente readecuar e innovar conceptos e hipótesis de trabajo, así como *elevantar* a categoría científica el *objeto de estudio* (América Latina) para que la TMD esté en condiciones realmente viables de comprender, en esencia, las características, estructuras y dinámicas que hoy asumen la dependencia, el atraso y el subdesarrollo dentro del proceso de globalización del capital en el siglo XXI.



Conclusiones

Una de las consecuencias que ha ocasionado la globalización del capital ha sido la de acelerar la velocidad de la historia. Si antes los imperios tardaban cientos de años para desarrollarse y caer, hoy la velocidad de ese tiempo histórico se ha reducido drásticamente.

Es así como Estados Unidos, en tanto “imperio hegemónico” (o, más bien, imperialismo dominante) surgido tras la Segunda Guerra Mundial, en menos de 60 años ya presenta síntomas de desgaste y agotamiento en el contexto de emergencia de nuevas potencias como la Unión Europea y China en el Oriente (para una discusión al respecto, en particular con las tesis gramscianas de Arrighi, véase Veraza, 2004, cuarta parte 237-324, aunque este autor niega enfáticamente la teoría del imperialismo de Lenin).

Del examen anterior se puede deducir que estos cambios estructurales y macrohistóricos también han influido y afectado enormemente todas las formas del

pensamiento humano, así como su capacidad para aprehender los fenómenos de la realidad a través de conceptos, categorías y formulación de hipótesis certeras que den cuenta de los procesos sociales e históricos en marcha.

Si bien, como se ha mostrado, en el pasado hubo cierta articulación entre teoría y práctica en la mayor parte de las corrientes teóricas y políticas del pensamiento latinoamericano, a partir de la década de los ochenta dichas corrientes presentaron serias dificultades y obstáculos para estar en condiciones de analizar y diagnosticar la realidad y elaborar, así, alternativas de cambio y transformación radical del sistema imperante.

Junto a la aceleración del proceso histórico, también se vio afectada la capacidad de predicción y prospectiva del pensamiento teórico para inferir las tendencias que dibujaban los fenómenos sociales, económicos, políticos y culturales, cuestión que provocó entre otras consecuencias un reduccionismo fatal del pensamiento social a niveles extremadamente empíricos y apriorísticos, por no decir enajenantes y decadentes.

La llegada del neoliberalismo como ideología dominante en el pensamiento latinoamericano provocó, paralelamente, una reducción de la autonomía cognoscitiva de las corrientes que habían despuntado, sobre todo, en la segunda mitad del siglo xx. Ello afectó también al marxismo y a la teoría de la dependencia, los cuales compartieron, por las razones señaladas en este libro, la llamada crisis teórica que se expresó en una insuficiencia en la elaboración de categorías, conceptos e hipótesis

CONCLUSIONES

para explicar la realidad histórica de desenvolvimiento de nuestros países y sociedades en el contexto de la globalización del capital, de la revolución científico-técnica y de los nuevos métodos productivos y de organización del trabajo en prácticamente todo el mundo.

En la década de los noventa y en el primer lustro del siglo XXI, el panorama es tremendamente desconsolador: las disciplinas sociales se han fundido en el discurso neoliberal de libre mercado y del individualismo metodológico exacerbado, muestran impotencia para formular diagnósticos e hipótesis de investigación autónomos, que reflejen genuinamente la esencia de los fenómenos estudiados *sin* interferencia de los paradigmas eurocentristas y de los elaborados por la ideología norteamericana. Son éstos los que han tomado la batuta y los que marcan las pautas de investigación y los contenidos académicos, utilizando para ello la influencia que ejercen a través del poder político, de los sistemas de becas a los estudiantes, del financiamiento de las instituciones de educación superior y de posgrado, así como de institutos y centros de investigación.

Por eso es urgente recuperar la autonomía y la capacidad crítica del pensamiento latinoamericano para crear marcos epistemológicos propios y cuadros teóricos, así como métodos de investigación, en un esfuerzo que dé por resultado la elaboración de conceptos y categorías particulares que, a la par, sean fiel reflejo del metabolismo esencial de los fenómenos sociales y humanos que discurren en América Latina en este despuntar del siglo.

Dentro de este contexto epistemológico la tarea del marxismo, en particular de la TMD, debe tomar la delantera y, para ello, no hay más camino que retornar al punto donde se quebró la consistencia del pensamiento teórico y crítico latinoamericano (finales de los años setenta y principios de los ochenta) para analizar críticamente y establecer un balance tanto de sus limitaciones como de sus aportaciones esenciales.

Nos encontramos en la etapa que Fonet-Betancourt caracterizó correctamente como de resurgimiento de la nueva ciencia social latinoamericana (véase capítulo 4) —cuya vigencia se suscribe ampliamente— en el seno de la cual se desarrolló la teoría de la dependencia “como el verdadero eje del desarrollo de esta nueva ciencia social latinoamericana”. Esta etapa permite recuperar y reformular el pensamiento teórico y crítico latinoamericano para actualizar el conocimiento que caracterizará la fase en que los países y las sociedades de este continente se encuentran —sobredeterminados— al influjo de la expansión mundial del capital, de la profundización y redefinición del subdesarrollo, así como de la dependencia en todos los planos de su existencia: económica, comercial, financiera, tecnológica, cultural y psicológica.

Además, la tarea central de la TMD debe ser la búsqueda dentro del análisis profundo de nuestras sociedades latinoamericanas, de las formas, vías, métodos e instrumentos de acción y de lucha que conduzcan a encontrar y formular propuestas alternativas de nuevos mo-

CONCLUSIONES

dos de producción, comunitarias y humanas, frente a la evidente y larga crisis del capitalismo en su fase actual neoliberal, y del neoimperialismo como sistema global cuyo centro dominante todavía encabeza Estados Unidos.

Ello significa que más que ser un paradigma comprometido con el sistema —como sugirieron en el pasado algunos de sus críticos— la TMD debe, en función de su propia autocrítica y de la recuperación de las líneas maestras del pensamiento social latinoamericano del siglo xx, darse a la tarea de crear una base teórica nueva y alternativa para construir una estrategia global que vislumbre y caracterice el momento histórico —y las tendencias— en que se encuentran en la actualidad los pueblos y las sociedades de nuestra América.

En síntesis, esa elaboración es urgente “para que se abran nuevas vías a la toma de conciencia de las peculiaridades y perspectivas de la realidad actual de América Latina y, más aún, de su capacidad de transitar a una etapa superior de desarrollo, a un socialismo original, democrático y libertario” (Marini, 1992:102).

La fuerza de la teoría renovada y puesta al servicio de los pueblos y de la ciencia es el único camino que permite construir colectivamente un nuevo orden económico, social y humano mundial, sin explotación ni regímenes de dominación correspondientes a las sociedades de clase; basado, por primera vez en la historia, en la democracia, la libertad, en relaciones de igualdad entre los hombres, las sociedades y las comunidades.

Referencias bibliográficas

- Aguirre Rojas, Carlos Antonio (1997), *Braudel a debate*, México, JGH Editores.
- (1999), *La Escuela de los Annales*, Madrid, Montesinos.
- (2003), *Immanuel Wallerstein, crítica del sistema-mundo capitalista*, México, Era.
- Alarcón, Luis (septiembre de 2001), *Perspectivas de la sociología latinoamericana: retos y desafíos para el presente siglo (Excursión sobre la sociología de la alteridad)*, Utopía y Praxis Latinoamericana, año 6, núm. 14, pp. 58-79 (documento en Internet: <http://www.filonenos.org/utopia/utopia14/UTOPIA614/PDF/Luis%20Alarc%F3n.pdf>).
- Althusser, Louis y Etienne Balibar (1974), *Para leer el capital*, México, Siglo XXI.
- Amin, Samir (1995), “Mundialización y acumulación capitalista”, en *La nueva organización capitalista mundial vista desde el Sur*, vol. 1, Barcelona, Anthropos-UNAM, pp. 11-50.

- Anderson, Perry, julio-septiembre de 1977, “Las antinomias de Antonio Gramsci” México, *Cuadernos Políticos*, núm. 13. pp. 5-57.
- Antunes, Ricardo y Adrián Sotelo, “A crise da sociedade do trabalho, entre a perenidade y a superfluidade” en José Eustáquio Romao y José Eduardo de Oliveira (coord.), *Quesotes do século XXI*, edicao especial, núm. 100, tomo II, São Paulo, Cortez Editora, 2003, pp. 102-120.
- Apter, David (1970), *Política de la modernización*, Buenos Aires, Paidós.
- (1974), *Una teoría política del desarrollo*, México, FCE.
- Arauco, Fernando, otoño de 1974, “Observaciones en torno a dialéctica de la dependencia”, en revista *Historia y Sociedad*, núm. 3, México.
- Arenas Posadas, Carlos (2003), *Historia económica del trabajo (siglo XIX y XX)*, Madrid, Tecnos.
- Arrighi, Giovanni y Beverly, J. Silver (2001), *Caos e governabilidade no moderno sistema mundial*, UFRJ, Río de Janeiro, Contraponto-Editora, primera edición.
- Assadourian *et al.*, (1973), “Modos de producción en América Latina”, en *Cuadernos de Pasado y Presente*, núm. 40, Córdoba.
- Bagú, Sergio (1971), *Tiempo, realidad social y conocimiento*, México, Siglo XXI.
- Bambirra, Vania (1974), *El capitalismo dependiente latinoamericano*, México, Siglo XXI.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bambirra, Vania (1978), *Teoría de la dependencia: una anticrítica*, México, Era.
- Barán, Paul (1969), *La economía política del crecimiento*, México, FCE.
- Bartra, Roger (1974), *Estructura agraria y clases sociales en México*, México, Era.
- Bauer, P.T.(1985), *Crítica de la teoría del desarrollo*, Barcelona, Ediciones Orbis.
- Boils, Guillermo y Antonio Murga (1979), *Las ciencias sociales en América Latina*, México, UNAM.
- Borón, Atilio (2002), *Imperio e imperialismo, una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*, Buenos Aires, CLACSO.
- Braite-Poplowski, Lucimara (s/f), “Diferencias y homogeneidades entre el Estructuralismo y el Neoestructuralismo”, documento en internet: <http://tiss.zdv.uni-tuebingen.de/webroot /sp/barrios /themeA3b-sp.html>UT.
- Brenner, Robert (2004), “Um novo imperialismo?”, en *Globalização. Dimensões e alternativas*, Sao Paulo, PUC-Ediciones Loyola-REGEM, pp. 19-36.
- Bresser Pereira, Carlos (1997), “Interpretações sobre o Brasil”, en Maria Rita Loureiro, *50 anos de ciência econômica no Brasil, pensamento, institucoes, depoimentos*, Petrópolis, FINE-Editora Vozes, pp. 17-69.
- Bujarin, Nikolai (1974), *Economía política del rentista*, Barcelona, LAIA.

- Camacho, Daniel, eol. (1979), *Debates sobre la teoría de la dependencia y la sociología latinoamericana*, San José, Educa.
- Carcanholo, Marcelo, Marcelo Dias Carcanholo (2004), *Dialética do desenvolvimento periférico: dependência, superexploração da força de trabalho e alternativas de desenvolvimento*, ponencia presentada en el Seminario Internacional de la REDEM, Barcelona, España, 4 de noviembre de 2005 (En internet: [http://www.redem.buap.mx/word/2004\(5\)](http://www.redem.buap.mx/word/2004(5))).
- Cardoso, Ciro F.S. y Héctor Pérez Brignoli, (1979) *Historia económica de América Latina, 2. Economías de exportación y desarrollo capitalista*, Barcelona, Crítica.
- Cardoso, F.H. (1975), *Autoritarismo e democratizacáo*, Río de Janeiro, Paz y Tierra.
- y José Serra (1978), “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, en *Revista Mexicana de Sociología*, año XL, vol. XL, núm. extraordinario (E), IIS-UNAM, pp. 9-55.
- Cardoso, Fernando Henrique (1989), “La originalidad de la copia: la CEPAL y la idea de desarrollo”, en René Villarreal, *Economía internacional*, vol. II, México, FCE, primera reimpresión, pp. 175-215.
- y Enzo Faletto (1969), *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI.
- y Francisco Weffort (1979), “Ciencia y conciencia social”, en Boils y Murga, *Las ciencias sociales en América Latina*, México, UNAM, pp. 55-76.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Castañeda, Jorge y Enrique Hett (1988), *El economismo dependientista*, México, Siglo XXI, quinta edición.
- Castro-Gómez, Santiago (1998), “Latinoamericanismo, modernidad, globalización. Prolegómenos a una crítica poscolonial de la razón”, en *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*, edición de Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta, México, Miguel Ángel Porrúa. (Disponible en Internet: <http://ensayo.rom.uga.edu/critica/teoria/castro/>.)
- CEPAL (1969), *El pensamiento de la CEPAL*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria.
- (1998), *Cincuenta años de pensamiento de la CEPAL*, dos volúmenes, México, FCE.
- Chesnais, François (1996), *A Mundialização do capital*, São Paulo, Xama.
- y Dominique Plihon, (Coord.), *Las trampas de las finanzas mundiales*, Madrid, AKAL, 2003.
- Coggiola, Osvaldo (25 de agosto de 2004), “Ideología brasileña e crítica latinoamericana: as raízes históricas de uma agonia”, en <http://www.rebelion.org/docs/3721.pdf>
- Córdova, Armando y Héctor Silva Michelena (1977), *Aspectos teóricos del subdesarrollo*, Caracas, Época, cuarta edición.
- Coriat, Benjamín (1985), *El Taller y el cronómetro*, México, Siglo XXI.
- Coronil, Fernando (2000), “Naturaleza de poscolonialismo: del eurocentismo al globocentrismo”, en

- Edgardo Lander (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectiva americana*, Buenos Aires, CLACSO-UNESCO.
- Cueva, Agustín, enero-marzo 1984, “El fetichismo de la hegemonía y el imperialismo”, México, *Cuadernos Políticos*, núm. 39, pp. 31-39.
- (1986), “Itinerario del marxismo latinoamericano”, en *Nexos*, núm. 102, México, pp. 25-37.
- (1993), *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, México, Siglo XXI, 14ª edición.
- otoño de 1974, “Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia”, en revista *Historia y Sociedad*, núm. 3, México, pp. 55-77.
- De la Peña, Sergio (1999), *El antidesarrollo de América Latina*, México, Siglo XXI, 13ª edición.
- Dos Santos, Theotônio (1974), *Dependencia y cambio social*, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1994), “Fernando Henrique Cardoso e a Teoria da dependencia”, en *Revista Política e Administração*, núm. 4, FESP, Río Janeiro, pp. 63-64.
- (2000), *A teoria da dependencia, balanço e perspectivas*, Río de Janeiro, Civilización Brasileño.
- (2002), *La teoría de la dependencia, balance y perspectivas*, México, Plaza & Janés.
- (1969), “El nuevo carácter de la dependencia”, en Dos Santos *et al.*, *La nueva dependencia*, Lima, Moncloa-Campodonico, pp. 11-133.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Fajnzylber, Fernando (1983), *La industrialización trunca de América Latina*, Centro de Economía Transnacional-Editorial Nueva Imagen.
- Fernández Nadal, Estela (2003-2004), “Los estudios poscoloniales y la agenda de la filosofía latinoamericana actual”, en *Herramienta*, núm. 24, Buenos Aires, pp. 93-113.
- Flores Olea, Víctor y Abelardo Mariña Flores (1999), *Crítica de la globalidad. Dominación y liberación en nuestro tiempo*, México, FCE.
- Fornet-Betancourt, Raúl (2001), *Transformación del marxismo, historia del marxismo en América Latina*, México, Plaza y Valdés-Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Frank, André Gunder (1974), *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (1991), *El subdesarrollo del desarrollo. Un ensayo autobiográfico*, Caracas, Nueva Sociedad.
- enero-marzo de 1977, “Carta abierta acerca de Chile a Arnold Harberger y Milton Friedman”, Bogotá, *Ideología y Sociedad*, pp. 61-90.
- French-Davis, Ricardo (1986), “Neoestructuralismo e inserción externa”, en Enzo Faletto y Gonzálo Martner, *Pensar el futuro, estilos de desarrollo*, Caracas, Nueva Sociedad, pp. 115-125.
- From, Erich *et al.* (1987), *La sociedad industrial contemporánea*, México, Siglo XXI, 15ª edición.
- Furtado, Celso (1966), *Subdesarrollo y estancamiento en América Latina*, Buenos Aires, Eudeba.

- García, Pío, Agustín Cueva, Ruy Mauro Marini y Theotônio Dos Santos “La cuestión de fascismo en América Latina”, en *Cuadernos Políticos*, núm. 18, México, octubre-diciembre de 1978.
- Germaná, César, 29 de octubre -2 de noviembre de 2001, “Los dilemas de la sociología en el Perú”, en revista electrónica de ALAS, Guatemala.
- Germani Gino (1968), *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós.
- (1964), *La sociología en la América Latina*, Buenos Aires, Eudeba.
- Germani, Gino (1969), *Sociología de la modernización*, Buenos Aires, Paidós.
- Gilbert, Jorge (1996), *La obra de Tomás Amadeo Vasconi*, trabajo en homenaje al catedrático e investigador social argentino, Tomás Amadeo Vasconi, presentado durante la reunión del Centro de Estudios de América (CEA), La Habana, Cuba, del 12 al 4 de febrero de 1996, (documento en PDF: <http://academic.evergreen.edu/g/gilbertj/tav.pdf>).
- Goldenstein, Lidia, *Repensando a dependencia* (1994), Sao Paulo, Paz e Terra.
- Gonçalves, Reinaldo (2002), *O vagão descarrilhado. O brasil e o futuro da economia global*, Rio de Janeiro, Editora Record.
- Gramsci, Antonio (1975), *Los intelectuales y la organización de la cultura*, México, Juan Pablos.
- Gray, John (2000), *Falso amanecer, los engaños del capitalismo global*, Barcelona, Paidós.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Guadarrama, Pablo (1986), *El pensamiento filosófico de Enrique José Varona*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Guha, Ranajit (1988), “On Some Aspects of the Historiography of Colonial India”, en Ranajit Guha y Gayatri Spivak (eds.), *Selected Subaltern Studies*, Nueva York, Oxford University Press, pp. 37-43.
- Guillén, Héctor (2000), *La contrarrevolución neoliberal en México*, México, Era.
- Halperin Donghi, Tulio (1972), *Hispanoamérica después de la independencia*, Buenos Aires, Paidós.
- (1993), *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, 14ª edición.
- Hardt, Michael y Antonio Negri (2002), *Imperio*, Buenos Aires, Paidós.
- Harvey, David (2004), *El nuevo imperialismo*, Madrid, AKAL.
- Holloway, John (2002), *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Buenos Aires, Herramienta-UAP.
- Jaguaribe, Helio (1992), “Experiencias y perspectivas del desarrollo”, tomo II: *Las Américas en el horizonte del cambio*, México, UNAM-CONACULTA-FCE.
- Jessop, Bob (1999), *La crisis del Estado del bienestar, hacia una nueva teoría del Estado y sus consecuencias sociales*, Colombia, Siglo del Hombre, Universidad Nacional de Colombia.
- Johnson, Carlos (1986), *La teoría de la dependencia*, México, edición propia.

- Kahl, Joseph (1986), *Tres sociólogos latinoamericanos*, México, ENEP-Acatlán.
- Kaplan, Marcos (1985), *Sociedad, política y planificación en América Latina*, segunda edición (documento en internet: <http://www.bibliojuridica.org/libros/libro.htm>).
- Katz, Claudio (s/f), “Nueva colonización en América Latina”, documento en Internet: <http://www.mas.org.ar/revista/sob7/nuevacolonizacion.htm>
- Kay, Cristóbal, noviembre-diciembre de 1998, pp. 110-119. “Estructuralismo y teoría de la dependencia en el periodo neoliberal”, en *Nueva Sociedad*, núm. 158, Caracas (Internet: http://www.nuevasoc.org.ve/upload/articulos/2728_1.pdf).
- La Jornada* “América Latina exporta más capitales de los que recibe: CEPAL”, 13 de agosto de 2004.
- Laclau, Ernesto (1978), “Feudalismo y capitalismo”, en *Política e ideología en la teoría marxista*, Madrid, Siglo XXI.
- Lambert, Jacques (1970), *América Latina, estructuras sociales e instituciones políticas*, Barcelona, Ariel, 2ª edición.
- Laurin-Frenette, Nicole (1985), *Las teorías funcionalistas de las clases sociales, sociología e ideología burguesa*, Madrid, Siglo XXI, 2ª edición.
- Lechner, Norbert (1986), “De la revolución a la democracia”, en *La ciudad futura*, núm. 2, pp. 33-35.
- Lenin, V.I. (1961), *El imperialismo: fase superior del capitalismo*, Moscú, vol. I, Obras escogidas, pp. 689-798.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Lichtensztein, Samuel (febrero de 2001), “Pensamiento económico que influyó en el desarrollo latinoamericano en la segunda mitad del siglo xx”, en *Comercio Exterior*, núm. 2, México, pp. 91-99.
- Lipset Seymour, Martin (2000), *El excepcionalismo norteamericano*, México, FCE.
- Lukács, Georg (1969) *Historia y conciencia de clase*, México, Grijalbo.
- (1981), *Marx y el problema de la decadencia ideológica*, México, Siglo XXI.
- Mantega, Guido (1997), “O pensamento econômico brasileiro de 60 a 80: os anos rebeldes”, en Maria Rita Loureiro, *50 anos de ciência econômica no Brasil, pensamento, instituições, depoimentos*, Petrópolis, FIPE-Editora Vozes, pp. 107-157.
- Marcuse, Herbert (1998), *Razón y revolución*, Barcelona, Altaya.
- Mariátegui, José Carlos (octubre de 1931), “Punto de vista antimperialista”, *Frente* núm. 1, Lima.
- (1959), *En defensa del marxismo*, Lima, Amauta.
- (1976), *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Barcelona, Crítica.
- Marini, Ruy Mauro (1973), *Dialéctica de la dependencia*, México, Era.
- (1976), *El reformismo y la contrarrevolución. Estudios sobre Chile*, México, Era.
- (1977), “Estado y crisis en Brasil”, en *Cuadernos Políticos*, núm. 13, México, julio-septiembre.

- Marini, Ruy Mauro (1978), “Las razones del neodesarrollismo” (respuesta a Fernando Enrique Cardoso y José Serra), *Revista Mexicana de Sociología*, Año XL/vol. XL, núm. extraordinario, México, IIS-UNAM, pp. 57-106.
- 1979, “Plusvalía extraordinaria y acumulación de capital”, en *Cuadernos Políticos*, núm. 20, México, abril-junio, pp. 19-39.
- (1979), “El ciclo del capital en la economía dependiente”, en Úrsula Oswald (coord.), *Mercado y dependencia*, México, Nueva Imagen.
- (1992), *América Latina: dependência e integração*, Sao Paulo, Brasil Urgente.
- (1993), *América Latina: democracia e integración*, Caracas, Nueva Sociedad.
- (1994), “Las raíces del pensamiento latinoamericano”, en Marini y Millán (coord.), *La teoría social latinoamericana*, vol. 1, México, Ediciones El Caballito, pp. 17-35.
- (1995), “La década de 1970 revisitada”, en Marini y Millán (coord.), *La teoría social latinoamericana*, vol. III, México, Ediciones El Caballito, pp. 17-41.
- (1996), “Proceso y tendencias de la globalización capitalista”, en Marini y Millán (coord.), *La teoría social latinoamericana*, tomo IV, *Cuestiones contemporáneas*, México, Ediciones El Caballito.
- (s/f), *Memoria*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Marini, Ruy Mauro y Mária Millán (coord.), *La teoría social latinoamericana*, vol. II, *Subdesarrollo y dependencia*, México, Ediciones el Caballito, 1994.
- (1990), “La izquierda y las nuevas dependencias”, en *Las palabras y las cosas*, Buenos Aires, 11 de febrero.
- (1994a), “La crisis del desarrollismo”, en Marini y Millán, *La Teoría Social Latinoamericana*, Vol. II, *Subdesarrollo y dependencia*, México, Ediciones el Caballito, pp. 135-154.
- Martín-Barbero, Jesús (2001), *Al sur de la modernidad. Comunicación, globalización y multiculturalidad*, Pittsburg, Universidad de Pittsburg.
- Martins, Carlos Eduardo (2003), *Globalização, dependência e neoliberalismo na América Latina, Tesis de Doctorado en Sociología*, São Paulo, Departamento de Sociología, Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas dae la Universidad de São Paulo.
- y Adrián Sotelo Valencia (1998), “La teoría de la dependencia y el pensamiento crítico brasileño, crítica a Luiz Carlos Bresser y a Guido Mantega”, en *Aportes*, núm. 7, México, Universidad Autónoma de Puebla, enero-abril, pp. 73-93.
- Medina Echavarría, José (1969), *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico de América Latina*, Buenos Aires, Solar-Hachette.
- Mészáros, István (1999), *Más allá del capital*, Caracas, Vadell Hermanos.

- Mignolo, D., Walter (1997), “Espacios geográficos y localizaciones epistemológicas: la ratio entre la localización geográfica y la subalternización de conocimientos”, en *Dissens*, núm. 3, Bogotá, Instituto de Estudios Sociales Pensar, Pontificia Universidad Javeiana (<http://www.javeriana.edu.co/pensar/Rev3.html>).
- Mires, Fernando (1993), *El discurso de la miseria o la crisis de la Sociología en América Latina*, Caracas, Nueva Sociedad.
- (s/f), *El imperialismo norteamericano no existe (una revisión)*; en <http://www.nuevasoc.org.ve/upload/anexos/t202>.
- Muñoz López, Blanca (2004), “Los nuevos procesos de dependencia y su formulación teórica contemporánea: hacia una perspectiva de síntesis”, México, *Paideia*, núm.6, segunda parte, pp. 56-67.
- Natanson, José (2003), “Argentina puede negociar hoy mejor que Brasil” (entrevista a Theotônio Dos Santos en *Página/12* (Internet: <http://www.pagina12web.com.ar/diario/elmundo/4-22914.html>, 9 de julio).
- Nun, José (2001), *Marginalidad y exclusión social*, México, FCE.
- Osorio, Jaime (2004), *Crítica de la economía vulgar. Reproducción del capital y dependencia*, México, Miguel Ángel Porrúa-Universidad Autónoma de Zacatecas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ouriques, Nildo Domingos (1995), *La Teoría Marxista de la Dependencia: una Historia Crítica*, tesis de doctorado, México, Facultad de Economía-UNAM.
- Pajuelo, Teves, Ramón (2001), “Del ‘poscolonialismo’ al ‘posoccidentalismo’: una lectura desde la historicidad latinoamericana y andina”, en *Comentario Internacional*, núm. 2, Universidad Andina Simón Bolívar, Quito (disponible en internet: www.cholonautas.edu.pe/pdf/epram.pdf).
- Palma, Gabriel (1987), “Dependencia y desarrollo: una visión crítica”, en Dudley Seers (comp.), *La teoría de la dependencia: una evaluación crítica*, México, FCE, pp. 21-89.
- Pereyra, Carlos (1995), “Estado y sociedad civil”, en *La teoría social latinoamericana, textos escogidos*, tomo III: *La centralidad del marxismo*, México, UNAM-FCPYS-Coordinación de Estudios Latinoamericanos, pp. 277-288.
- Petras, James (2000), *Globaloney*, Buenos Aires, Herramienta-Contrapunto.
- (2000), *La izquierda contraataca*, Madrid, AKAL.
- (2003), “Brasil y Lula: Año Cero”, en *El Caballero de la Esperanza*, www.rebellion.org, 21 de diciembre.
- y Henry Veltmeyer (2003), “¿A dónde va Brasil?”, en la página de James Petras www.rebellion.org, 16 de abril.

- Petras, James y Henry Veltmeyer (2003), *La globalización desenmascarada, el imperialismo en el siglo XXI*, México, UNAM-Miguel Ángel Porrúa.
- Pinto, Aníbal (1985), “Concentración del progreso técnico y de sus frutos en el desarrollo latinoamericano”, en *Inflación: raíces estructurales*, México, Serie Lecturas del FCE, pp. 39-40.
- (1985a), “Factores estructurales y modalidades del desarrollo, su incidencia sobre la distribución del ingreso”, en *Inflación: raíces estructurales*, México, Serie Lecturas del FCE, pp. 162-184.
- PNUD, *Informe Mundial sobre Desarrollo Humano 2004*, Naciones Unidas.
- Pompeu de Toledo, Roberto (1998), *O presidente segundo o sociólogo*, São Paulo, Companhia das Letras.
- Portantiero, Juan Carlos (1995), “¿Por qué Gramsci?, o las luchas sociales en la situación de dependencia”, en: *La teoría social latinoamericana, textos escogidos*, tomo III: *La centralidad del marxismo*, México, UNAM-FCPYS-Coordinación de Estudios Latinoamericanos, pp. 261-275.
- Poulanzas, Nicos (1985), *Poder político en que sociales en el estado capitalista*, México, Siglo XXI.
- Quijano, Aníbal (1989), “La nueva heterogeneidad estructural de América Latina”, en Heinz R. Sonntag, *¿Nuevos temas, nuevos contenidos?*, Caracas, UNESCO-Nueva Sociedad, pp. 29-51.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Rajchenberg, Enrique (1995), “Gramsci en México, el caso Pereyra”, en Marini y Millán, *La Teoría Social Latinoamericana*, vol. III, *La centralidad el marxismo*, México, Ediciones el Caballito, pp. 279-289.
- Ramos, Joseph y Osvaldo Sunkel (1991), “Hacia una síntesis neoestructuralista”, en Osvaldo Sunkel (comp.), *El desarrollo desde dentro. Un enfoque neoestructuralista para la América Latina*, México, FCE.
- Rawls, John (2001), *El espejo, el mosaico y el crisol. Modelos políticos para el multiculturalismo*, Barcelona, Anthropos.
- Ribeiro, Darcy (1975), *Los brasileños*, México, Siglo XXI.
- (1976), *El proceso civilizatorio*, México, Quinto Sol.
- Ríos Burga (2001), *La sociología en San Marcos, hacia una nueva revolución teórica del quehacer sociológico*, Lima, Perú.
- Robotham, Don (s/f), *El poscolonialismo: el desafío de las nuevas modernidades* (documento en formato PDF en Internet: <http://www.unesco.org/issj/rics153/robothamspace/html>).
- Rodríguez, Octavio (1993), *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*, México, Siglo XXI, 8ª edición.
- (1998), “Heterogeneidad estructural y empleo”, en *Revista de la Cepal*, número extraordinario, Santiago (versión Internet: <http://www.eclac.cl/publica->

- ciones/Secretaria Ejecutiva/7/lcg2037/rodrig.htm), octubre.
- Rostow, Walt Whitman, (1974), *Las etapas del crecimiento económico, un manifiesto no comunista*, México, FCE.
- Said, Edward, (2002), *Orientalismo*, Barcelona, Debate.
- Sarmiento, Domingo Faustino (1970), *Facundo. Civilización y Barbarie*, Madrid, Alianza Editorial.
- Saxe-Fernández, John (1999), “Globalización e imperialismo”, en John Saxe-Fernández, *Globalización: crítica a un paradigma*, México UNAM-Plaza & Janés, pp. 9-68.
- Semo, Enrique (1975), *La crisis actual del capitalismo*, México, Ediciones de Cultura Popular.
- Singer, Paul (2000), *Globalização e desemprego, diagnóstico e alternativas*, São Paulo, Contexto.
- Sonntag, Heinz R., (1989a) *Duda, certeza y crisis*, Caracas, UNESCO-Nueva Sociedad, 2ª edición.
- (1989), “Los desafíos de las sociedades y clases sociales de América Latina y el Caribe hacia el próximo milenio”, en Heinz Sonntag, *¿Nuevos temas, nuevos contenidos?*, Caracas, UNESCO-Nueva Sociedad, 2ª edición, pp. 9-27.
- Soros, George (1999), *La crisis del capitalismo global, la sociedad abierta en peligro*, México, Plaza & Janés.
- Sosa, Raquel (1984), “Evolución de las ciencias sociales en América Latina” (1973-1992), en *Estudios Latinoamericanos*, núm. 1, Nueva Época, México, CELA-FCPYS.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Sotelo Valencia, Adrián (1993), “Neoeurocentrismo: el desafío de la modernidad y las identidades nacionales de América Latina”, en Lilia Granillo (coord.), *Identidades y nacionalismos* México, Editorial GERNIKA-UNAM, pp. 323-344.
- (1993a), *México: dependencia y modernización*, México, Ediciones el Caballito.
- (2000), *Neoliberalismo y educación. La huelga de la UNAM a finales de siglo*, México, El Caballito.
- (2001), “Dos torres, un terrorismo: la crisis de la invulnerabilidad del imperio norteamericano”, México, *Trabajadores*, núm. 26, UOM, septiembre-octubre.
- (2004), “A tres años del 11 de septiembre: crece y se generaliza la resistencia en Irak, en [www.rebelion.org](http://www.rebelion.org/noticia.php?id=5151UT) (<http://www.rebelion.org/noticia.php?id=5151UT>), 24 de septiembre.
- (2004), “Irak: a un año de la invasión, el imperio desconcertado”, www.rebelion.org (<http://www.rebelion.org/imperio/040412sotelo.htm>), 12 de abril.
- (2003), *La reestructuración del mundo del trabajo, superexplotación y nuevos paradigmas de la organización del trabajo*, México, Itaca-UOM-ENAT.
- (2004), *Desindustrialización y crisis del neoliberalismo, maquiladoras y telecomunicaciones*, México, Plaza y Valdés-UOM-ENAT.

- Sotelo Valencia, Adrián (1991-1992), “Génesis y actualidad de la teoría marxista de la dependencia”, en *Estudios Latinoamericanos*, núm. 11, 12 y 13, México, CELA-FCPYS, julio 1991-dic. 1992, pp. 33-37.
- (2003a), “La reforma laboral: La ley Abascal”, en *Trabajadores*, núm. 37, México, Universidad Obrera de México, y julio-agosto.
- (1990), “Las perspectivas de la teoría de la dependencia en la década de los noventa” (entrevista a Ruy Mauro Marini), en *Estudios Latinoamericanos*, núm. 9, México, CELA-FCPYS, julio-diciembre, pp. 49-58.
- (2001), “Teoria da dependencia, neoliberalismo e desenvolvimento: Reflexoes para os 30 anos da teoria”, en *Lutas Sociais*, núm. 7, São Paulo, Programa de Estudos Pós-graduados em Ciências Sociais da PUCSP-Edições EP Pulsar, primer semestre de 2001, pp. 115-129.
- (1999), “Maquiando a teoria da dependencia”, *Praga*, núm. 7, Estudios Marxista núm. 7, São Paulo, Editora Hucitec, marzo, pp. 143-149.
- (2002), “La vigencia del pensamiento marxista de Ruy Mauro Marini y la teoría de la dependencia”, en *Tareas*, núm. 111, Panamá, Centro de Estudios Latinoamericanos “Justo Arosamena”, mayo-agosto, pp. 75-87.
- (1994), “Dependencia y superexplotación”, en *La teoría Social Latinoamericana*, vol. 2, México, Ediciones El Caballito, pp. 289-318.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Spivak y Guha (1988), *Select subaltern studies*, Nueva York, Oxford University Press.
- Stédile, João Pedro (2004), “Los desafíos actuales de la izquierda brasileña”, en www.rebelion.org (<http://www.rebelion.org/noticia.php?id=4188>), 4 de agosto.
- Sunkel, Osvaldo (1995) (comp.), *El desarrollo desde dentro. Un enfoque neoestructuralista para la América Latina*, México, Serie Lecturas del Fondo núm. 71, Fondo de Cultura Económica.
- y Gustavo Zuleta (1990), “Neoestructuralismo versus neoliberalismo en los años noventa”, en *Revista de la CEPAL*, núm. 42, Naciones Unidas, Santiago, pp. 36-53.
- Valenzuela Feijóo, José (2004), *Las ciencias sociales: Sinrazón y filosofía romántica*, México, Universidad Autónoma de Zacatecas-LVII Legislatura del Estado de Zacatecas-Plaza y Valdés.
- Veraza, Jorge (2004), *El siglo de la hegemonía mundial de Estados Unidos*, México, Ítaca.
- Vilas, Carlos (1999), “Seis ideas falsas sobre globalización”, en John Saxe-Fernández, *Globalización: crítica a un paradigma*, México UNAM-Plaza & Janés, pp. 69-101.
- Wallerstein, Immanuel (1999), *El moderno sistema mundial*, vol. 1, *La agricultura capitalista y los orígenes de la economía*, México, Siglo XXI, 9ª edición.
- (1999), *El moderno sistema mundial*, vol. 2, *El mercantilismo y la consolidación de la economía*

- mundo europea 1600-1750*, México, Siglo XXI, 4^a edición.
- Wallerstein, Immanuel (1998), *El moderno sistema mundial*, vol. 3, *La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista 1730-1850*, México, Siglo XXI.
- Weber, Max (1964), *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México, FCE.
- Yoichi, Itagaki (1968), “A review of the concept of the ‘dual economy’”, en *The Developing Economies*, vol. VI, núm. 2, junio.
- Weffort, Francisco (1992), “Los nuevos movimientos sociales: la restructuración de la política y el Estado”, tomo II: *Las Américas en el horizonte del cambio*, México, UNAM-CONACULTA-FCE, pp. 98-105.
- Zea, Leopoldo (1984), *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, México, FCE, 4^a reimpresión.

América Latina: de crisis y paradigmas.
La teoría de la dependencia en el siglo XXI
se terminó de imprimir en febrero de 2005.
Tiraje: mil ejemplares.

